

# BOIRAS

---

NARRACIONES, POESIAS Y

COMENTARIOS HISTORICOS

EN TORNO DE RONCESVALLES

POR

José María de Luzaide



1922

Imprenta de Higinio Coronas

PAMPLONA

Se autoriza la copia para la investigación.  
www.ub.edu/ubarr

BND

**ES PROPIEDAD DEL AUTOR**

BND

BND

## PRÓLOGO

---

Es inenarrable el encanto de las montañas, perennes testigos inmóviles entre tantas mutaciones; el cantarlas es alta empresa, empresa que sube de punto cuando, como las nuestras, guardan recuerdos imperecederos.

Ellas, jamás dominadas por gentes extrañas, se han coronado mil y mil veces con el sol de las victorias; ellas han presenciado la caída de nuestros enemigos; ellas vibran en las cuerdas de la lírica vasca; ellas cobijan un pueblo hidalgo; el alzamiento de nuestros primeros reyes, en las montañas se realizó; las chispas arrancadas a los pedernales por los caballos árabes al huir, en nuestras montañas brillaron; el sonido metálico de las cadenas en las Navas, en nuestras montañas repercutió, y el incienso ofrendado al cielo, se elevó de San Zacarías, de Leyre, de Iruzu y de Roncesvalles.

¡Roncesvalles! Mágico nombre que trae a la memoria tantos recuerdos que, a no estar comprobados por

## II

la historia, pareciéranos invenciones de una desatada imaginación.

«En el erguido Aztobiscar,  
en ese monte soberbio,  
un sordo rumor se escucha  
repetido por cien ecos».

ha cantado el poeta de nuestra raza.

Esos «cien ecos» repiten el nombre de Carlo Magno, de Roldán el esforzado, cuyas palabras «oh hermosísima espada, oh espada siempre brillante, de longitud y anchura proporcionadas, de buen temple, candidísima por tu guarnición de marfil, resplandeciente por tu cruz de oro, adornada con el nombre de Dios, *alfa* y *omega*, conveniente por lo agudo de tu punta, rodeada de la virtud de Dios, ¿qué uso se hará en lo futuro de tus excelentes dotes? ¿Quién te poseerá? ¿En qué manos caerás?» escuchó la fuente de su nombre, y el de Sancho, el vencedor en las Navas, y cantarán con el coro de Angeles la dulcísima *Salve* a la que es Reina y Señora de ellos; las ruinas de Ibañeta suspiran por el abandono en que yacen, y aún más que estas ruinas materiales, suspiran las espirituales por ser restauradas en su pristina armazón y belleza.

Algo de todo esto ha recogido el autor de este libro en sus páginas, impregnadas de sencillez, de ingenuidad, ingenuidad y sencillez que quizá suenen mal en

### III

los oídos hechos a escuchar el rudo y estridente martilleo de las llameantes pasiones que enrojecen casi toda la producción literaria actual, pero que tintinean con el dulce son de las esquilas en las almas que saben sentir y que saben querer.

Enamorado el autor de Roncesvalles y sus alrededores, como mariposa en torno de la luz, revolotea y describe en sus giros, ya tiernos idilios ya íntimas tragedias, teniendo siempre un fondo de realidad.



En tres partes se divide el libro: (lo digo refiriéndome a la forma), poética novelesca, e histórica.

Breve la poética, es fácil en el verso y sentida en el fondo; dos sonetos son oscuros para quienes no conozcan nuestra historia; la novelesca es un delicioso mosaico en el que se puede admirar el odio de los extraños a cuanto huela a vasco, la sencillez de nuestras muchachas engarzada con la entereza, la hospitalidad de nuestro pueblo, la hermosura de un corazón al que un ambiente de hostilidad había exteriormente endurecido, y la noble independencia de nuestro carácter; en la histórica, el autor, influido por el maestro D. Arturo

#### IV

Campión, a quien rinde el tributo que los navarros deben rendirle, glosa, con ánimo de contribuir con pequeños detalles al esclarecimiento de algunos puntos controvertibles, afirmaciones y comentarios esparcidos en algunas obras, en tono siempre de tentativas no desprovistas de observaciones personales; y nos da traducido en estrofas monorrimas (las del original) el precioso poema sobre Roncesvalles, que el sabio P. Fita atribuye al Arzobispo de Toledo, D. Rodrigo Jiménez de Rada.

Este libro viene a aumentar el cúmulo de la literatura navarra, y merece ser leído por quienes sienten vivir en el corazón y agitarse en el alma las características de nuestro pueblo.

JOSE ZALBA



# Recuerdos de un escolar

BND

**L**A reluciente calva del señor maestro, expuesta a la admiración de sus treinta discípulos, tenía algo de obsesionante. Sobre la plataforma, instalada en uno de los dos frentes estrechos de la clase, solía estar el ilustre pedagogo del no menos ilustre lugar de Gorosgarai, sentado en un desvencijado fraileroy ante una mesa coja, —que no daba para más el mísero erario municipal de aquel entonces— y desde aquel trono, dominaba por entero el menguado salón, con sus tres ventanitas que dejaban ver el verde de los campos y, en lontananza, las cumbres nevadas del Pirineo. Las paredes aparecían llenas de *mapas* que la humedad dibujaba a su antojo. De los otros, había uno, casi tan inútil como los citados, representando la Península Ibérica, recargado hasta la exageración de nombres ilegibles. Los pequeños perdimos la fé en él, al comprobar los mayores que, no obstante su prolijidad, no contenía el preclaro nombre de Gorosgarai. Dos carteles con el abecedario y un encerado, que ya no lo era, completaban el material de enseñanza. El resto

## JOSÉ MARÍA DE LUZAIDE

del ajuar lo componían nuestros pupitres, y ocupaba el sitio de honor, sobre el señor maestro, un Santo Cristo de talla, con dosel de peluche rojo apollado; y a derecha e izquierda las oraciones con que pedíamos nos fueran prestadas las luces del Espíritu Santo para nuestro trabajo:

«Iluminad, Señor, nuestra inteligencia  
y moved nuestra voluntad,  
para que....»

O dábamos las gracias por la divina ayuda y asistencia:

«Gracias os damos Señor  
por habernos asistido  
con vuestras luces....»

al entrar y al salir respectivamente.

Tenía nuestro señor maestro la costumbre—sobre todo después de comer—de clavarse de codos en su carpeta, y abstraerse completamente en la lectura de cualquier libro, sosteniendo con entrambas manos el peso de la ciencia que encerraba su respetable y calvo melón; para nosotros archivo inmenso y fuente inagotable del saber humano.

En tal postura, estaba largamente cuando quiera, si algún ruidillo importuno no venía a sacarle de su inal-

## RECUERDOS DE UN ESCOLAR

terable quietud. Y digo inalterable porque ni siquiera se movía para volver las hojas de su libro; solamente se le observaba, un ligero cabeceo, una lenta y gradual aproximación de sus narices a lo escrito, como si le fuera faltando la luz, o se achicaran las letras.

Entonces, todos nosotros, aprovechando la favorable coyuntura, nos poníamos a cuchichear, cazar moscas o enredar con cualquier cosa, y aun llegábamos a abandonar nuestros puestos muy callandito.

No faltaba malicioso, que atribuyera a Morfeo mejor que a Minerva, tan profunda absorción; pero la hipótesis a más de no ser nunca debidamente comprobada, no era admisible por castigar el profesor severamente a quien tuviese la debilidad de dormirse en clase, y no ser lógico que llevara su inconsecuencia hasta el punto de dar él mismo tan pernicioso ejemplo. Además, una voz no moderada, el ruido de un pupitre que se cierra... eran causa suficiente para volverlo a la realidad. Otras veces una mosca, que paseándose por su monda coronilla, le hacía darse una palmada e incorporarse, mirándonos con ojos recelosos.

Entonces éramos nosotros los que bajábamos las narices, hasta mancharlas con la tinta de las planas o encajarlas entre dos páginas de la cartilla, sin dejar,

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

por eso, de mirar con el rabillo del ojo, aquella dichosa calva a sazón en cuarto menguante, y esperando el momento de ver la luna llena para volver a las andadas, por supuesto sin perderla de vista y prontos a formalizarnos como por arte de encantamiento a la primera alarma.

Recordando la influencia sugestiva de aquella bola de billar, sobre todos nosotros, encuentro que las teorías de Braid tratando del auto-hipnotismo merced a la visión concentrada y continua de una esfera brillante, son muy verosímiles.

\* \* \*

¡Qué lejos están aquellas mañanitas frescas, en las que con mi hatillo en la mano bajaba alegremente del caserío al pueblo! Despedíame mi madre en la puerta, y yo bajaba saltando por nuestro hermoso maizal, después por el prado; atravesaba la cerca de piedra descolgándome por ella, —pues me faltaban fuerzas para abrir la pesada y rústica «sheila»— cruzaba un bosque de castaños, siempre bajando, otros campos, otros setos, un arroyuelo y llegaba al pueblo.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## RECUERDOS DE UN ESCOLAR

Mi bagaje consistía siempre en un morralillo, conteniendo un par de libros y la comida, —pues no regresaba hasta la caída de la tarde,— es decir que llevaba «ad subsidium animæ et corporis» y ¡cuántos días no llegué a la escuela con los libros solamente! En cambio ahora no hay aperitivo capaz de sacar mi estómago de su desmayada atonía, ni digestión que no reclame imperiosa la ayuda del bicarbonato... ¡los años! Pero volvamos a aquellos tiempos, la edad de piedra, que yo así los llamo, por haber podido entonces digerirlas seguramente; y porque la de oro, vino después gracias a Dios, como premio a mi trabajo allende los mares... Pero esta ya es otra historia y para personas mayores.

De una casita cercana a la nuestra, y quizá, más humilde que Andikoberri—así se llama mi rincón amado—bajaba todos los días a la escuela una niña de mi edad, con algunas otras compañeras que venían de más lejos y se le unían. Recuerdo perfectamente que jamás me agregué al femenino grupo, que yo miraba con cierto desdeñoso temor.

A los siete años, son por regla general más desarrolladas las niñas que los niños, y confieso que no era solo por galantería por lo que yo evitaba un trato con peligro de degenerar en cuestiones personales, dado

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

el geniecillo que nos gastábamos. Verdaderamente eran temibles sus pellizcos, mojicones, puntapiés y tirones de pelo, amén de arañazos y de otras muchas argucias bélicas, más o menos lícitas, de las que se valían cuando llegaba la ocasión; y mi adorable vecinita, una grandullona marimacho y pelirroja, era la maestra de sus amigas en tales lides.

Yo sabía, que ella me miraba por entonces con bastante peores ojos que lo hiciera diez años después; teniendo la culpa de su desvío un malhadado peral de su finca, que tuvo la desgracia de crecer al borde del camino que yo diariamente pasaba. Sobre él tendía sus ramas, y al alcance de cualquier palo se ofrecían tentadores los sazonados frutos. Yo tenía la certeza, de que el primer chiquillo que acertara a cruzar la senda, los haría víctimas de su rapiña, y así me creía en la obligación de ponerlos en lugar seguro, cual era mi estómago; bastando para desvanecer un resto de escrúpulos, mi derecho de vecindad, y hasta un si es no es de parentesco que me unía con sus legítimos propietarios.

Fuera de mi radio de acción, había en la misma heredad unos cerezos, y en cuanto ví caer la blanca flor precursora, decidí reconciliarme sinceramente con mi enemiga. La ocasión pareció presentarse propicia.



## RECUERDOS DE UN ESCOLAR

Mikela —ella,— estaba en la escuela del pueblo aquella mañana; y yo, en la borda, junto a nuestra casa, ayudaba a mi padre en sus faenas y desgranaba el maíz. Operación es ésta de mujeres, pero nuestra dueña hallábase en un vecino caserío, entretenida en menesteres igualmente femeninos pero más urgentes, caritativos y trascendentales que el desgrane en cuestión. Cuando a medio día volvió mi madre, le oí contar que la de Mikela había tenido dos criaturas...

¡Esta es la mía! pensé yo. Y a la tarde corrí a apostarme en el castañal en espera de la ninfa.

Pronto la ví subir, deteniéndose a coger moras en una pareduca que bordeaba el bosque, y marchando derecho hacia ella, le dije poniendo en mi voz y en mis ademanes cuanto pude de amabilidad y congratulación:

—Vete corriendo a casa Mikelita, que tu madrecita te ha traído dos hermanitos...

—¡Mentiroso! —me dijo encajándome un pellizco retorcido— ¡si no esperamos más que uno!

Yo le aticé un puñetazo sin pensarlo más; ella se me vino encima hecha una furia y me arañó la cara... A mi vez empecé a tirar de su coleta como de la soga de un campanario en día de procesión, y después de una lar-

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

ga serie de golpes, mordiscos, tirones y arañazos por ambas partes, quedé al fin dueño del campo, y perseguí al enemigo a pedrada limpia hasta sus cuarteles. Por esta vez el castañal vió lo que no viera la mitológica selva: la Diana montaraz, domeñada y perseguida por Acteón.

Ya entraba en su casa, saltando como una corza y llorando a grito herido, cuando le acerté con una peladilla en la sesera, y con ello me creí el más feliz de los mortales. Tal fué mi tentativa de reconciliación con vistas a los cerezos.

No me ocurrió por entonces, pero ahora considero el efecto que haría a la recién parida, «etcheko-andre» de Echezar y madre de la dulce Mikela, verse en un mismo día con un par de gemelitos y la hija mayor descalabrada.

\* \* \*

Don Nicolás se llamaba el anciano maestro de Gorosgarai, y con los mismos rutinarios principios y la misma levita raída educó dos generaciones. Tenía don Nicolás, además de la reverenda calva, que ya cono-

## RECUERDOS DE UN ESCOLAR

ceмос, una cara larga y angulosa, unos ojillos claros y pequeños, y una nariz mas que mediana de tamaño y rojez. No usaba gafas a pesar de su edad, y se conservaba ágil y sano.

La escuela—si es que tal nombre merecía aquel zaquizamí—no era un edificio independiente. La vieja sala que ya hemos visto, formaba parte de la casa-posada del pueblo, así como la secretaría, si bien ambas tenían su correspondiente entrada particular. Las tres ventanitas de clase estaban orientadas al Norte, así que quien no las pescase allí, bien podía considerarse inmune a las pulmonías para el resto de su vida.

Por el lado opuesto a las ventanas, tan solo nos separaba de la taberna, carnicería, y no sé qué otra dependencia de la posada, un delgado tabique; el de los *mapas*.

Por eso diariamente y sobre todo en<sup>o</sup> determinados días de la semana, oíamos las discusiones de los carreteros y de los trabajadores del monte, leñadores y carboneros; de los que había una gran cuadrilla, valencianos en su mayor parte. Concurrían también los jugadores de mús del lugar.

Cuando se armaba alguna pendencia en la taberna

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

inmediata, con su inevitable coro de palabrotas y blasfemias, el bueno de don Nicolás nos hacía cantar a voz en cuello las *tablas*; y antes de que las supiéramos, la serie de los números hasta cien.

Nuestras voces ahogaban el barullo, y no solamente dejábamos de oír sus tacos, sino que ellos mismos se veían obligados a salir a la calle si querían entenderse y dirimir sus cuestiones.

Entonces don Nicolás sonreía satisfecho, y a veces venía sigiloso y se arrimaba discretamente a la ventana para ver en qué paraba aquello.

Con todo, recuerdo un día en que después de haber berreado números de lo lindo, por la misma causa, y cuando la tormenta parecía alejada, se nos mandó callar, y al punto soltaron del otro lado del tabique, un disparate de los gordos, dirigido a nosotros, pobres inocentes, o mejor a nuestras aún más inocentes familias. Como no entendimos cosa mayor, dudaba en darse por ofendida la infantil dignidad de los alumnos, cuando vimos a nuestro prudente y sabio profesor salir como un cohete de clase.

Enseguida se oyeron su voccecita chillona lanzando reproches con mucha acritud y autoridad, y otras graves y no menos airadas de los contendientes.

## RECUERDOS DE UN ESCOLAR

Ya nos vimos a don Nicolás pulverizado por los carboneros que gozaban justa fama de bárbaros, y entrando por nosotros en cuanto acabaran con él. Uno de los mayercitos, con el oído en la pared escuchaba atento; todos le mirábamos con ojos de ansiedad y espanto, cuando nos dijo muy compungido:

—¡Ya lo han matado!

En efecto; no se oía ahora mas que un ligero rumor de charla y el chocar cristalino de unos vasos. Sin duda los infames asesinos celebraban su hazaña ante el cadáver aún caliente de la pobre víctima... ¡Horror! Todos gritamos a la vez, con el pelo erizado; yo recuerdo muy bien que recogí mis libros para irme, e iba a hacer lo propio con los chocles o zuecos que junto a los demás estaban en un rincón de clase, como una esquadra en bahía. Ya llegaba con mi equipo, a la puerta cuando ví que se abría empujada de fuera... Me quedé clavado en mi sitio, y grité loco de terror:

—¡¡Los carboneros!!

Entró don Nicolás, es decir, el muerto, muy satisfecho y carraspeando... También creo que me pareció su nariz algo más enrojecida que de ordinario, si bien no podría asegurarlo bajo juramento, dada mi turbación en aquel instante y el tiempo transcurrido. Ocupó su

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

sitial con gran prosopopeya y nos dijo apenas tranquilizados:

—No solamente les he afeado su conducta y lenguaje, sino que les he sacado la cuenta por la cual disputaban.

Todos, reflejando la admiración en nuestras miradas estábamos pendientes de los labios de nuestro Pitágoras, pero él percatándose de tal expectación, carraspeó antes de añadir:

—Veinte cargas de carbón, de cinco sacos la carga, a cuatro pesetas saco... ¿cuántas pesetas son?

Nos miramos unos a otros, boquiabiertos, como si nos preguntaran la cuadratura del círculo, pongo por dificultad.

—Pues la he sacado sin lápiz ni pluma—terminó modestamente don Nicolás—son ochenta duros justos.

Y muy contento de sí mismo, se pasó por los labios el revés de su huesuda mano.

\* \* \*

La única salida de la clase, era una estrecha puerta que existía en el lado de las tres ventanas, al fondo. Y como al exterior venía a un par de metros sobre el

## RECUERDOS DE UN ESCOLAR

suelo, para hacerla accesible había una murallita en forma de pirámide y cuyo truncamiento formaba el pequeño dintel, del que nacían dos escaleritas a derecha e izquierda, adosadas al muro, sin barandilla alguna y por las que muy escasamente se podía pasar de dos en dos. En el suelo, al pie de la reducida plataforma de la puerta, había un charco que duraba todo el invierno, alimentado por una incorregible gotera, las filtraciones del cercano canalillo y también por nosotros: por los modestos medios que la Naturaleza puso a nuestra disposición.

La tal escalerilla, ¡cosa rara! nos parecía mil veces más peligrosa de subir, que de bajar: tanto, que por no arriesgarnos a ello, éramos capaces incluso de perder la clase y las provechosas lecciones, marchando en tales casos hacia los bosques de Arrobi para subir a los árboles en busca de nidos, ejercicio a todas luces menos peligroso que la subida de la escalerita. En cambio a la salida nos atropellábamos unos a otros, que era una bendición.

Cuando vencido el miedo a los inolvidables peldaños, con el morralillo al hombro y los claveteados chicles en la mano, entrábamos en clase, allí nos esperaba en su frailerito don Nicolás, invitándonos a dejar la

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

boina en su mesa a falta de colgador, y él, a quien sin duda estorbaban en tal sitio, las cogía a su vez y las plantaba bonitamente en el asiento una sobre otra; después, como quien no quiere la cosa se sentaba encima del improvisado mullido. Y así siempre.

Rezada la oración y ocupados los mayores, quién con una cuenta, quién con una plana—sobre la que intentaba primores caligráficos, sacando la lengua a cada rasgo—nos adelantábamos una docena de chiquitines para bregar con la tabla de adición. Recuerdo mi primer triunfo.

Iba el señor maestro preguntando y nosotros respondiéndole a trancas y barrancas, cuando acertó a decir:

—¿Cuántas son ocho y nueve?

Nadie chistó... ¡Pues no tenía malicia que digamos la preguntita! ¡ocho y nueve! Aún ocho y ocho... —pensaba yo—y también nueve y nueve... sería más fácil, porque son dos *dieces* menos uno y uno de cada nueve... Quizá si quito uno más..., pero me pierdo... ¡Ocho y nueve! ¿podía darse combinación más diabólica de dificultades?

—Vamos a ver quién me lo dice: ¿cuántas son ocho y nueve?—repitió don Nicolás.



## RECUERDOS DE UN ESCOLAR

Entonces yo comprendí que por deducciones no salía y decidíme a hacer un esfuerzo de imaginación. Cerré los ojos y como en una constelación de brillantes estrellas primero, y como en una ficha de dominó después, logré *ver*, los dos cuatros del ocho; y así, fui contando a partir de nueve: diez, once, doce... quince, dieciséis... y ¡diecisiete!! Este último lo conté en voz alta, sin abrir los ojos, con todas las fuerzas de mí mente concentradas en el árduo problema...

Los compañeros se volvieron hacia mí admirados; el propio don Nicolás me miró benévolo, y me prometió un caramelo que no me ha pagado todavía.

\* \* \*

Data lo que voy a referir de mis últimos tiempos de escolar, de cuando ya tenía bien sabidas las cuatro reglas, leía de corrido y estaba en posesión de una hermosa letra española. Tenía igualmente conocimientos geográficos e históricos que me permitían decir sin asomos de vacilación aquello de: «Limita al Norte con el mar Cantábrico...»; mientras arañaba con un puntero el mapa de marras. O también:

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

«Libre España, feliz, e independiente,  
Se abrió al Cartaginés incautamente»

Yo me preguntaba que más me podía quedar por aprender, cuando oía a mis padres, aconsejados por alguien —párroco o maestro,— hablar de enviarme a un internado de la capital y no sé qué de bachillerato... Además no acertaba a concebir mejor profesor ni hombre más docto que mi don Nicolás.

Sin embargo, éste, con los años iba perdiendo las especies y, quizá quizá, su buen carácter y su paciencia, siendo a pesar de todo para mí un verdadero oráculo, digno, por todos conceptos, de respeto.

Ya no lucía su calva marfileña, pues la resguardaba cuidadosamente de algún aire colado, con un gorro negro bordado en gris. Su indumentaria fué también aumentada por un pañuelo de seda al cuello sin cuyo abrigo no le volví a ver.

Seguía sentándose sobre las boinas de sus discípulos y no habían sufrido variación ni progreso alguno el régimen y reglamento escolar. Digo mal: habíase puesto en vigor una inspirada disposición por la cual quedaba prohibido a los niños hablar en la misma lengua en que lo hacían sus padres. Atinado y justo precepto peda-

## RECUERDOS DE UN ESCOLAR

gógico llamado a dar grandes resultados prácticos y a marcar una nueva era de civilización.

Quedaba pues, desterrado el vascuence de las escuelas del país, como dialecto, que no idioma, inculto y bajo, bueno solo para arrear a las bestias.

En la escuela circulaba de mano en mano una monedita, que el accidental depositario tenía buen cuidado de endosar al primero que chistase en su lengua propia. Al salir de clase, el que la tuviese era castigado «ad magistri libitum» según sus reincidencias.

Tenía yo aquel día la dichosa monedita, como otros muchos aconteciera, al final de la jornada; y le daba vueltas y más vueltas entre mis manos, con fuertes tentaciones de tirarla por la ventana, o de quedármela para mí, sino fuera falsa por ambos lados.

—¿Quién de vosotros tiene la peseta?

—Martín de Andikoberri—dijeron algunos, preparándose para salir.

—Mañana estudiarás tu lección de rodillas—dijo el dómine.

—Mañana voy con mi padre a cortar helecho—contesté con firmeza..

—Pues entonces pasado; es igual.

—Pasado tenemos que hacer las metas—le repliqué.

## JÓSE MARÍA DE LUZAIDE

Don Nicolás me puso una cara de perro, que soporté muy digno y con un espíritu de rebeldía del que no me creía capaz. Con todo, yo estaba visiblemente turbado, tanto, que cuando me entregó la boina de un compañero en lugar de la mía, le dije:

—«Au ezta ene boneta...»<sup>1</sup>

No había acabado de decirlo cuando me plantó una bofetada que me dejó patitieso; una bofetada que aún me duele y como no he vuelto a recibir ninguna otra, ni espero recibirla en los días que me queden de vida.

No lloré, pero Dios sabe a costa de qué esfuerzos y qué tempestad de odios tenía en mí. Con la mano en la mejilla me encaminé a la puerta, y allí esperé la salida de los demás, en el dintelillo; echando escupitinas a mi propia imagen reflejada en el charco y amalgamando en reflexiones absurdas lo triste de mi situación y los círculos concéntricos que veía formarse.

De pronto toda la chiquillería se me vino encima, comentando el caso y condoliéndose lealmente. Tantos quisieron acercárseme que me ví empujado al borde de la plataforma con riesgo de caer abajo. Con mayor

---

<sup>1</sup> Esta no es mi boina.

## RECUERDOS DE UN ESCOLAR

horror que mirara Hero las encrespadas olas del Helesponto, miré yo la inmundada charca en que iba a dar con mi cuerpo; traté de afianzarme y era tarde...; un segundo más y caía de cabeza llevando en la mano girones de un delantal a que quise agarrarme...

– ¡Plaff!...

Me levanté sin avería grave, pero con careta de lodo, escupiendo barro y mojado y sucio de pies a cabeza.

Al verme de tal facha, todos los diablillos soltaron el trapo y parecían encantados. Yo sentí el peso del ridículo y estallaron entonces mis contenidos furiosos. Empecé a coger puñados de aquel barro maloliente y los arrojaba sobre ellos. Cuando se iniciaba la desbandada, me ocurrió dejar en la puerta de la escuela, las huellas de mi indignación y el testimonio de mi desprecio, y formando una pelota de cieno la lancé contra ella, en el preciso instante en que don Nicolás, alarmado por el barullo, acudía a inquirir la causa, y recibía la delicada flor en mitad de las narices.

\* \* \*

Cuando varios años después, dejé el comercio en que servía en la capital, en Iruña, para ir a América en busca de fortuna, y al marchar al pueblo para despedirme de mis padres, tuve el gusto de ver a mi querido don Nicolás.

Parecióme lo que aquel personaje del padre Coloma: la raíz cuadrada del don Nicolás que conocí, no obstante haberlo visto ya viejo. Y es que yo venía lo menos elevado a la segunda potencia, muy fuerte y muy hombre.

—Vosotros para arriba y nosotros para abajo...— dijo con mucho acierto ya que no con originalidad.

Yo le dije que lo encontraba muy bien y —perdóname Dios la mentira en gracia de la intención,— ¡igualito que cuando me fui!

Sonrió un poco incrédulo y me dió las gracias. Luego como oyera a mi santa madre aconsejarme, un poquito machacona, le interrumpió diciendo:

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## RECUERDOS DE UN ESCOLAR

—Puede usted estar tranquila, señora, que el mozo es de ley; seguirá siendo bueno y trabajador, y no se olvidará de su Dios, ni de sus padres, ni de su pueblo, ni de su lengua nativa... ¡Si lo he educado yo!... Y luego volverá hecho un americanito, con mucha plata, que es cosa linda...

—¿Y cómo no?— le repliqué riendo.

El también se reía. Pero de la risa pasó el pobre viejo a una tos convulsiva que hacía estremecer en violentas sacudidas la corbata de seda, y el gorro negro bordado de gris. Es la última vez que le ví.

Al volver de América hacía ya muchos años que don Nicolás descansaba bajo la tierra; y en lugar de la miserable casucha en que ejerció su labor, se levantaba un bonito edificio en el mejor sitio del pueblo; debido, mitad a la venta de un monte por el municipio, mitad a las dádivas que desde el Nuevo Mundo enviaba un hijo de Gorosgarai...

Tenía la nueva escuela, de niños y niñas, salas espaciosas, ventiladas y al abrigo del Norte, tan duro en nuestro país; un material completo de enseñanza y maestro y maestra vascongados por expresa condición que impuso el *americano*.

J O S E   M A R I A   D E   L U Z A I D E

En su frente rezaba un cartel:

Escuelas Municipales

y debajo una pequeña lápida en vascuence,

A Martín de Andikoberri

Su pueblo agradecido.

BND



BND  
Contrabando....

BND

**V**AMO a vé: ¿qué me contestas, Ana María? — preguntó Marchena, el carabinero, esforzándose en ocultar su impaciencia tras de una sonrisa amable— Que sí... ¿verdá presiosa? ¿verdá capuyo?

—Lo que le digo y le repito a V., es que haga el favor de dejarme en paz. ¡El demonio del hombre!

—¡No seas así, mujé...! Parese mentira que con una cara que es una rosita e mayo, tengas tan remalísima entraña... Escucha niña: ¿eres pa tóos iguá?

—Puede que no.

—¿Que nó? ¡mardita sea! Pero ya te calé: lo que tú quieres es darme achares...

—No sé tampoco lo que es eso. A mí, claro claro me gusta hablar y...

—Mira chiquiya: si tú quisieras quererme un poco, que ar fin y ar cabo, y aunque me esté mal el desirlo... ¡vaya! que no es uno costal de paja...

—«¡Fantestikua!»

—Era un desir. Digo que si tú quisiera ya estaba

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

tóo arreglao; porque con mi paga y lo que te diera tu padre, poco o mucho..., nos íbamos a dá una vidita... ¡de chipén!

—Si, eso es; «¡ago ixtan bat!»—interrumpióle airada a muchacha; y de atreverse hubiera proseguido: —Demasiado vefa yo tu intención: como mi padre lleva fama de rico...!—Se contentó con decir:

—Oiga V. Marchena. Va V. a saber lo que a nadie he dicho todavía. A ver si no me fastidia más—Y luego con cierta vergüenza, bajando la vista a su labor de costura: —Yo, a Yoanés he dado palabra; con qué... ¡ya lo sabe V.!

—¡A Yoanés!—exclamó ridículamente indignado el carabinero—¿Y tú te dejas camelá de ese esaborío? Yoanés ni es ni será en su siyetera vía mas que un destripaterrones, un desgrasiao. Mientras que yo asenderé, y con mi paga...

—Y lo que me dé mi padre ¿no es eso?

—¡Digo! Y luego ¿adónde quiés tú compará?—decía irguiendo el busto y estirándose la guerrera con disimulo—que Yoanés, ni ilustración, ni lertura, ni físico ni náa. En cambio uno, ha corrió mundo...

—¡Eso si que no!—protestó Ana Mari con fuego—

## C O N T R A B A N D O . . . .

Yoanés es muy listo y muy bueno, y muy buen mozo... Y eso sin la fachenda que gastan otros... ¡comparación tiene...!

—Niña; ¿lo dises por este cura?

—«Seurki, maizopil»

—No te entiendo mujé, habla en cristiano. Te digo que Yoanés como tóos estos brutos de montañese, es un esaborío, un mal ange, un... asaúra, mientras que menda...

—«Asto andía» cálese y deje en paz a Yoanés, que si aquí estaría él... ¿Y eso que V. se habla es cristiano?

—Pos claro que es —dijo Marchena amainando y sin recoger mas que la pregunta,— yo te le vi a enseñá y si tú te animas a vení conmigo a Andalusía... jasta chanelarás caló...

—No me gusta el calor, prefiero el frío de mi tierra.

—¡Grasiosa!... No desía eso, pero has dao en er clavo. ¡Chiquiyal aqueyo es tierra y aqueyas son vegas y aqueyas son flores y aquel es sol alegre; que no estos montes y barrancos de lobos, y estas nieblas. ¡Digo!... ¿y cuando le da por yové? ¡bueno! ¿Y cuando le da por nevá? ¡vaya!... Y cuando...

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

—¿Y cuando le da a V. por fastidiar? ¡«Ené» que hombre! ¿Por qué vienen ustedes aquí, pues?

— Porque nos mandan, hija.

—Sí: todos dicen lo mismo. Primero mucho despreciar lo nuestro y alabar lo suyo, y luego aunque puedan marcharse a su país, no se van ni a tiros... ¡este rato! Ahí están la mar de retirados que se quedaron: Sánchez un valenciano, Linares, Garrido y del Río andaluces como V., y Pérez castellano que es.

—Ese no es castellano.

—¿Pues, de dónde?

—De la provincia de Santander.

—¡Bien hecho! ¿y V. es el que ha corrido mundo?

—A vé. Pero lo que desía ahora: que como aqueyas tierras de Andalusía... en nenguna parte y menos aquí. Esos no saben lo que se pescan, porque aqueyo... es la gloria.

—Ya lo hemos oído, ya.

—¿Quiés compará, náa más que las huertas de ayá... ¡núa más que las frutas! Aquí no hay mas que beyota pa los cochinos, y ayí... ¡digo! ¡bueno! la uva, los melocotones, los melones...

—Ya sabía sí, yo, que en la tierra de V. se criaban muchos melones.

## C O N T R A B A N D O . : . . .

—¿De veras lo sabías?—preguntó Marchena cándidamente.

—«¡Ené!» Los mayores y todo, por aquí nos mandan pues...

—Oye niña: ¿eso es chufía? porque ¡no hay derecho!

—Eso mismo dígo yo. ¡Buenas tardes!

Y recogiendo con rápido ademán la cestita de costura, Ana Mari entró de un brinco en la casa, dejando estupefacto y boquiabierto al gallardo carabinero con quien departía en el corral.

Era ella la más garrida neskacha que vieron las montañas praderas, hija del viejo Beñat, un acomodado ganadero y labrador de Orreaga; y era él un carabineero recién llegado o poco menos a la compañía; un chulillo presumido y fátuo, tenorio empedernido, que prontamente informado de la situación y campo de sus operaciones, resolvió conquistar a la chica del propietario, abriéndose de este modo camino recto y seguro a las talegas del padre.

Pero mal iban sus desinteresados proyectos. Aquel mastuerzo de Yoanés, grande y soso, mira por donde había de adelantársele; a él, al mozo más bonito y más castizo de Almejigar de la Comadreja, provincia de Sevilla.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

—Nos ha reventao er gachó der arpa...!--decía entre maldiciones y amenazas Marchena al abandonar el corral—¡marditos sean los reaños der mengue!

Y siguió lentamente hacia el cuartel, establecido en la histórica y en tiempos más dichosa casa de Itzandegüa,<sup>1</sup> rumiando las burlonas respuestas dadas por Ana Mari a sus impertinentes requerimientos, y sin comprender cómo había niña aldeana para la cual verlo y enamorarse no fueran una misma cosa. Tal era el concepto que de sí mismo tenía.

Pero como viera, allí, junto a la fuente de la Posada, a la Anthoni, otra moza del lugar, y no la más fea, atenuose su enfado prontamente. Echó el cuerpo hacia atrás, ladeó el gorro, se arregló el cinturón...; y de esta suerte, atusándose el bigote con la diestra y con la capa terciada en el siniestro brazo se dirigió hacia ella:

—¡Vaya lo bueno! ¡la grasia e Dió andando! ¡bendita sea la mare...!

---

<sup>1</sup> En donde primitivamente se veneró a la Virgen de Roncesvalles.



\* \* \*

Hormiguero en plena actividad parecía aquella tarde Orreaga, desde las alturas que lo guardan del Norte. Atardecía, y un vientecillo cálido traía del valle, el perfume del retoño recién segado o las notas melancólicas de alguna canción vasca. Por entre el claro verdor de los prados y aun por los caminos que cruzan el bosque, discurrían las carretas de vacas o bueyes, abarrotadas de fino hierbn. Terminaba ya la jornada y estaban haciendo el último viaje.

Entre todas aquellas manchitas oscuras que avanzaban lentamente convergiendo al pueblo, allá en Bala-degui, el Paseo de los Canónigos, distinguíase una que se destacaba de las demás por su extraordinario tamaño. La carreta desaparecía bajo la hierba casi por completo. Era arrastrada penosamente por dos robustas vacas rojas, pirenaicas,

de cuyos bezos charolados cuelgan  
ténues hilos de baba transparente  
que el manso andar no quiebra;

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

aquel pausado y firme  
posar de sus pezuñas gigantescas;

. . . . .

Como dijo un poeta digno de haber nacido en tierras menos áridas.

Acompañaban al carro dos mozos altos y fornidos, que en sus facciones rectas y varoniles llevaban marcado el sello de su raza. Uno de ellos, tan pronto recogía con el «sarde» los girones de bien oliente «soro», que iban quedando prendidos en espinos y fresnos, como acudía a sostener la carga que por su excesivo volúmen se inclinaba a un lado, tambaleándose y amenazando volcar con las sacudidas de la carreta. Para evitarlas sorteando las piedras y otros obstáculos del camino, el otro mutil andaba de espaldas, dando frente a las vacas, a las cuales dirigía con la voz y hostigaba con el «acullu»:

— «¡Aida gorri! ¡alo, alo!»

De pronto, a éste del «acullu» dijo el del «sarde»:

— Escucha Yoanés: ¿sabes que he vuelto a verlo requebrándola?

— ¿De veras Chomín? Maldito bigotazos «¡arrayo!»

— ¿Y qué piensas hacer?

— Me parece que yo a ese... dijo el boyero, y con

## C O N T R A B A N D O . . . . .

la rabia reflejada en el curtido rostro, blandió el palo sobre su cabeza en un ademán tan expresivo como belicoso. Las vacas creyéndose amenazadas avivaron el paso.

—No hombre no, eso ni lo harás ni le gustaría a ella que lo hicieras.

—Pues no va a haber otro remedio.

—¿Por qué?

— «¡Arrayol!» Porque no me gusta que me ronden la novia.

—¡Bah! —dijo tranquilamente Chomín— con que tu se lo indiques nada más, a ella, estoy seguro que dejaba hasta de contestarle al saludo.

—¿Tú crees?

—¡Pues no he de creer? ¿pues no es tu novia? ¿Endemás si estás celoso de ese «kasko-arín» presumido y «tartarro»?

—No no, yo ya sé que Ana Mari...

—Lo que hace es, burlarse de él y reirse en grande continuó diciendo Chomín— Ayer yo pasé junto a ellos, y ¿qué te parece que le decía la chica?

—No sé.

—Pues que los hombres «fardeles» le hacen gustar

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

más que los «pinchos»; y a los que se perfuman como señoritas, sayas que les debían poner...

Una sonrisa iluminó el poco antes nublado semblante de Yoanés quien preguntó con regocijo:

—Bueno se pondría ¿eh?

—Así al pronto, más «gorri gorri» se puso que la tira esa de su pantalón; pero como tiene bastante poca vergüenza...

Un barquinazo tremendo hizo estremecer toda la carga que por un momento pareció se derrumbaba. La rueda había caído en una profunda rodada, una estría de las que abrieron en invierno las carretadas de leña. Acudieron los hombres al peligro, apuntalando el peso con los «sardes», y los animales a un grito de Yoanés, humillaron los testuces preparando el esfuerzo, tendieron los robustos cuellos, afianzaron las sólidas patas musculosas y el carro salió adelante rechinando los ejes, crujiendo el yugo y bamboleándose la verde montaña.

—¡Eh! —dijo burlescamente Chomín.— Ese boyero que se duerme... Lo que es...; no se puede hacer carrera con estos enamorados.

Y era verdad. Yoanés por aquellos días estaba desconocido. Su clara inteligencia ofuscada por celos ri-

## C O N T R A B A N D O . . . . .

dículos; su natural bondad y pacífico carácter oscurecidos por enojos y arrebatos de ira. Hasta el diestro boyero parecía un inexperto novato. Pero aún había más: Yoanés era expansivo y jovial, tenía *sus cosas*, y era muy dado a la broma; pero ahora tornado serio y poco comunicativo —excepto para su entrañable Chomín,— no daba a nadie ocasión de celebrar sus graciosas ocurrencias.

Franqueada la pequeña verja que cierra el paso a Baladegui, entraban ya en Orreaga. El boyero silencioso, e impaciente por llegar, atendía al paso del ganado y escarmentado, a los tropiezos. Poco después saltaban las ruedas y oscilaba la mole sobre un mal empedrado corral. Tras el cristal de una ventana apareció la gentil silueta de una neskacha que saludó graciosamente a los mutiles. Yoanés contestó a riesgo de no ser oído:

—«¡Atsalde on, Ana-Mail!»

Y el simpático Chomín dijo entonces a su amigo:

—Mira, quédate con ella, que ya descargaré yo solo —y clavando el «sarde» en la zaga se aprestó a tomar el «acullu» de manos de Yoanés.

—De ningún modo —dijo éste.

—No seas «ergela» —replicó deteniendo resuelta-

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

mente las vacas; — no hay más que hablar: tú te quedas aquí en buena compañía.

—Bien, me quedo; pero siento que te molestes por mí. «Mila esker».

—«¡Ago ixilik gizonal!» Si no es nada: en cinco minutos acabo. Algo más haría por verte de otro humor, porque fueras el Yoanés de antes...

—¿Sí? Pues te cojo la palabra; esta noche te espero después de cenar. Espero que podrás...

—Seguro que sí.

—«Ederki». ¿Decías de mi temple? ya verás. Te confieso que me molesta ese fanfarrón de Marchena, pero no me preocupa en serio ni mucho menos. En fin, algo he de hacer.

—Que no sea un disparate.

—No tengas cuidado, no vale la pena... ¡Oye! Suelta las vacas para que vayan al agua y ese yugo que es de los de Iñarrea...

—Lo llevaré, descuida.

—«Adió» Chomín.

—«Gero arte» Yoanés—y señalando la ventana que se abría hizo a su compañero un malicioso guiño— «Pasatu ongi».

Y mientras el uno iba hacia su amada, el otro con el

## C O N T R A B A N D O . . . . .

carro se perdía bajo los amplios portales de la Colegiata, donde aun resonaban con mayor fuerza los traqueteos del eje, el chirrido estridente de las ruedas y las voces de Chomín.

—«¡Aida! ¡aida gorri! ¡eup!»

\*  
\*  
\*

No bien había terminado Yoanés de cenar en la monumental cocina de su casa—Aritzpea—cuando ya Chomín se presentaba en la puerta de la estancia y deteniéndose allí, erguido como un poste, exclamaba por vía de saludo:

—«Emen niagok»; aquí estoy yo.

Recibióle Yoanés con cariñosa confianza y le invitó a sentarse junto a él y a echar un trago.

Una mujer de bastante edad, y bondadoso aspecto, la madre de Yoanés, daba órdenes a una criada aezcoana, de ajustado corpiño y larga trenza; ambas trajinaban junto al fuego encendido en el suelo, bajo la chimenea de campana y alimentado por enormes troncos. Cuando la muchacha desapareció en la contigua

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

fregadera, llevándose el gran caldero que pendía del llar, Chomín aventuró una pregunta:

—Bueno.. ¿y qué?

—Pues verás—dijo Yoanés bajando la voz y dirigiendo a la puerta de la recocina una rápida mirada—  
Tenemos viaje para esta noche...

—¿Contrabando?— preguntó Chomín en el mismo tono.

—Es claro: no te llamaría para dar un paseo *de vacío* y sobre todo en valde.

—Me lo figuro, pero.. ¡me extraña!

—¿Por qué?

—Porque ni es ese tu oficio ni son esas tus aficiones..

—Es verdad pero te lo explicaré. Marchena está de puesto en Lindux, en la caseta del collado... y tengo especial empeño en burlar su vigilancia; veremos quien es el más listo. Al otro lado de la frontera nos esperan los paquetes que debemos traer.

Chomín que escuchaba atentamente a su amigo, no pudo menos de mirarle como dudando de su sano juicio. Quiso hacerle diferentes objeciones, pero Yoanés aproximando aun más su silla, le habló larga y confiden-



## C O N T R A B A N D O . . . . .

cialmente. Cuando acabó, todos los detalles de la nocturna expedición quedaban ultimados, y el adicto Chomín se mostraba más que convencido encantado con ella.

Las dos mujeres cruzaron la cocina camino de sus habitaciones, dando las buenas noches.

Los amigos continuaron en animada charla amenizada por frecuentes «pochokos», hasta que sonaron las once en el reloj de la cercana Colegiata. A esa hora, clara luna iluminaba montes y valles, contrariando el plan ideado por Yoanés, y así decidieron esperar un rato más, hablando de distintas cosas junto al muriente fuego.

Muy cerca de las doce se acercó Yoanés a una ventana orientada al Norte y volvió diciendo lleno de júbilo:

—¡Hay niebla en Ibañeta!

Inmediatamente se calzaron, recogieron para llevar consigo unas correas y dos sacos vacíos, y empuñando los sólidos makilas, salieron al campo, dejando la puerta de la casa entornada y cerrada con apariencia.

Orreaga dormía envuelto en el silencio frío de la noche, y empezaba a verse rodeado por los velos de su amante la boira, siempre fiel a la nocturna cita.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Emprendieron sigilosamente la marcha hacia la montaña y como hombres criados en ella, pronto abandonaron el trillado y cómodo camino de Valcarlos — hoy carretera de Francia, — para internarse por atajos ocultos en la espesura.

Así subieron el puerto. Atravesaron rápidamente el claro de Girizu y dejando el paso de Ibañeta a su derecha, penetraron en el bosque de Gabarvide cuyo monte faldearon según lo hacía un estrecho sendero de la vertiente norte, paralelo al carretil llamado de Palomeras.

Aquellos dos mocetones, caminando escondidamente uno en pos de otro, a las altas horas de la noche, a través de lugares peligrosísimos, con el riesgo de despeñarse en la oscuridad por imponentes desfiladeros, parecían cumplir alguna importante misión, mejor que exponerse por una ganancia más o menos grande.

Cuando llegaron al collado de Lindux, redoblaron sus precauciones. Allí estaba la caseta, el puesto; era probable que algún carabinero en turno de vigilante merodease por el contorno, y no les convenía ni aun a la ida dejarse ver.

Evitando hacer ruido alguno y favorecidos por la

Se autoriza la copia para la investigación.

## C O N T R A B A N D O . . . . .

boira que se había enseñoreado de toda la montaña, dieron un hábil rodeo salvando la dificultad.

Poco después, ya en Francia, hallando la mercancía dispuesta en una chaola, se disponían a cargar los sacos para hacer la vuelta.



En el puesto que los carabineros de Orreaga tienen establecido en el collado de Lindux, aquella noche hacía frío. La suave brisa de la tarde se había convertido en vendabal, que después de resbalar por las frías cumbres peladas y azotar el hayedo en las laderas, se cebaba cruelmente en el pobre centinela, que mal defendido con su manta parda empapada por la humedad de la boira, decidió guarecerse en la caseta junto a su compañero.

—Más le valga a uno ser ladrón, ayá en Sierra Morena—dijo al entrar en la oscuridad de la choza—que no carabinero en este mardesío país. ¡Digo! Mejor es diñarla de un balaso a gusto y ar sol, que agarrá una purmonía que por acá deben sé cuádrupes... Camará:

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

¡jase un frío! capás de helarte toito er cuerpo... de carabinieri. ¡Pero niño! ¿no me oyes?

—Ujjjj...

Un sonoro ronquido llegó desde el camastro, en el fondo inescrutable de la choza.

—¡Mardito sea Carlo *Mango*, que isen que pasó por aquí! Bueno, eso es chufila: ¡como no viniera de visitá ar Prió... ¡Pero oye! ¿te has dormío?

—Ujjj...

—¡Vamos hombre, aspabllate ya!—dijo Marchena a tiempo que sacudía vigorosamente al durmiente, un gallegote grande, y aun de día, poco despierto. Entonces éste se incorporó súbitamente todo asustado y gritando:

—¡Altu! ¿quién va?

—¿Quién quíes que vaya con este tiempo, asaúra?... ¡Animal, deja ese fusil quieto que só yo!

—¡Ah! eres tú...—contestó pasándose la mano por los pesados párpados.

—¡Chavó y que sueñesito! ¿Qué soñabas? ¿qué estabas bailando la muñeira con alguna galleguiña?

Como el gallego también se despertó aterido, los dos carabinieri encendieron fuego allí mismo y se sentaron en el camastro calentándose. Gutiérrez—que

Se autoriza la copia para la investigación.

## C O N T R A B A N D O . . . . .

así se llamaba el galaico,— señoliento y silencioso; Marchena como siempre locuaz.

—Vaya una nochesita de perros y qué tierra esta... ¡se las trae! Yo voy a largarme pero que ya...

—Pus yo creía que te quedabas aquí mu contentu, y que te casabas con la Ana María...

—¡Quita ayá, hombre! Eso quisiera eya... ¿Quién te lo dijo?

—Me parece que tú...

—¿Yo? ¡no por sierto! Pienso ahuecá de estas sierras que son lo peó der mundo... ¿Tú pués creé que haiga americanos con guita ¿eh? con mucho parné... que vengan a viví acá? ¿Y tú pués creé que les guste esto tantismo a los curas, que haiga aquí quinse o veinte, y en Burguete que es ¡pero que mucho ma grande! náa mas que uno? ¿En qué cabeza cabe? ¿tú entiendes eso?

Gutiérrez, medio dormido daba frecuentes cabezadas y Marchena tomando aquello por señales de aquiescencia continuó:

—Y aluego ¿quién aguanta ese pajolero *chau chau* que chanelan estos brutos y que er Diablo lo entiende? ¡Digo! Lo que me ha costao aprendé los nombres de los puestos: coyao de Linduch, Altobiscar, Bentartea... ¿por qué no habían de sé en cristiano: coyao Lindo, er

## J O S E   M A R I A   D E   L U Z A I D E

Alto de la Bizca y la Venta de la Tía? ¿no te parese?

—Y aluego, que la gente es mu bestia ¡vaya! Mira lo que me pasó antier. Estaba yo en la Plasa de Arriba pelándola con la Catalina, cuando va y pasa un chaval yevando un toro, atao con una sog a las narises. Entonses eya me dijo, dise: Uté, como andalú, sabrá atoreá... Y yo le dije, digo: Por lo fino. Y eya: Pos buena ocasión que tié uté. Y yo: De primerísma. Y por no que lá de cobarde, confiando en lo manso der toro y en er chaval de la sog a, me planto delante, me abro de capote y lo sito... ¡¡Mi madre!! Er condena o der toro que me se arranca, er chaval, mu chufión, que suerta la sog a y yo que me tiro pa la oriya der muro de cabesa y me queo corgao...

—Ujjjj...

—¡Pero oye niño! ¿te has dormío otra vé?

—Ujjjj...

—¡Er demonio te yeve...! ¡¡Aspabilate!! —y comenzó a zarandearlo con fuerza.

Cuando despertaba, se oyó ruido en el exterior, en el bosque... Fué primero el chasquido estallante que produce una rama seca quebrándose al ser pisada. Después el crujiente rumor de la hojarasca hollada por unos pasos rápidos...

\* \* \*

—¿Has oído?— dijo Marchena estremeciéndose.

—¡Sí sí; corre!— contestó no menos emocionado Gutiérrez, y ambos se precipitaron fuera de la chaola. Como salían de junto al fuego, necesitaron unos segundos para poder distinguir algo entre aquellas negruras.

No se oía nada... Tras de esperar en vano que el rumor se repitiera para tomar una dirección determinada, resolvieron dar una vuelta bajo los árboles, explorando las inmediaciones del puesto.

—De seguro son paqueteros— pensaba Marchena— que desorientados por la niebla han venido a dar en la misma caseta y al oírnos salir se han escondido en algún matorral.

Entre las hayas del bosque crecían los acebos de perenne verdor y hacia uno de aquellos macizos fué el carabnero.

De pronto, con un fragor de maleza hendida, como jabalíes ante el resacador salieron disparados dos hombres, con unos grandes bultos que atados a la espalda les dejaban libres los brazos.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

El andaluz se cayó sentado; tal impresión le produjo la brusca sorpresa, pero repuesto un tanto al ver a los fugitivos perderse en el bosque, gritó:

—¡Arto! ¡arto!

Gutiérrez que daba su batida a la otra parte, llegó desalado.

—¿Qué pasa?

—¡Por ayí, por ayí!

Y se lanzaron a escape entre los grandes troncos del hayedo, que extendían sobre el suelo sus raíces musgosas y resbaladizas arteramente cubiertas por la hoja seca.

Aquí tuvo comienzo la carrera más violenta, peligrosa, interminable y disparatada que se vió jamás.

Tropezaban y caían a cada paso, engañados por la oscuridad, dificultada su marcha por los mil obstáculos del monte y embarazados con la impedimenta. Aun así avanzaban con relativa rapidez y creyendo no perder terreno tras de hombres tan voluminosamente cargados. Todavía más lógicamente conjeturaban que éstos tratarían de ganar refugio en Orreaga, y por tanto siguiendo el carretil de Palomeras, estaban ciertos de ir en su misma dirección y a sus alcances, aun cuando no los vieran.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra



## C O N T R A B A N D O . . . . .

—Ala Gutiérrezes, menea esas tabas, que no tenías presio pa yevá una mala notisia...

El gallego, ligeramente rezagado; le alcanzó. Y a paso gimnástico pudieron recorrer todo el camino, una vez encauzados en él, que si bien es llano y de buen piso, como faldea toda la vertiente septentrional del Gabarbide, parece no tener fin.

Cuando sudorosos y jadeantes salieron del bosque y dieron vista a la pequeña explanada de Ibañeta, el fuerte viento había barrido la niebla que le cerraba el paso del puerto, y observaron con asombro, que los contrabandistas llegados a la antigua capilla de San Salvador, lejos de bajar a Orreaga, emprendían la ascensión de la opuesta montaña.

—¡Ayá van! Quieren despistarnos, pero quiá...

Sin embargo tentados estuvieron de renunciar a persecución tan sumamente penosa, mas la perspectiva risueña de realizar una buena aprehensión, les espoleaba eficazmente.

Empezaron a trepar de prisa en pos de ellos; pero sin aliento al poco rato, hubieron de pararse, mirando impotentes la escarpada ladera. El arbolado era escaso y sin duda los contrabandistas aprovechaban los repliegues del terreno para ocultarse y avanzar desenfilados.

Se autoriza la copia para la investigación.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Un momento se vieron las dos sombras coronando una ondulada estribación del monte, y Marchena arrojándose prontamente, apuntó con su arma.

—¡Alto, alto! — les gritó Gutiérrez. Y por toda respuesta, pudo admirar la agilidad de los dos montañeses que saltaban pecho arriba como corzos, no obstante su carga.

Rasgando la noche brilló un fogonazo y sonó un disparo. Era de presumir no hiciera blanco dada la agitación del tirador.

—¡Tira pa arriba! ¡jasta reventá!

No les faltaba gran cosa para llegar a tal estado, pues la carrera duraba ya más de una hora. Siguieron subiendo tan rápidamente como lo consentían sus extenuadas piernas y fatigados pulmones.

A ratos tomaban un minuto de reposo y se volvían para mirar ansiosamente a lo alto, esperando descubrir a sus perseguidos. También dispararon de nuevo, con intención de atraer a otros vigilantes, pero era en vano.

Aunque adelantaban con tanto trabajo por la inacabable pendiente, proseguían con la esperanza ya que no de apresarlos, por lo menos de hacerles fuego en buenas condiciones en los despejados y grandes rasos

## C O N T R A B A N D O . . . .

de Astobizar, obligándoles quizá por este medio a abandonar los fardos.

La luna, velada a intervalos por girones de boira que el viento llevaba empujando, iluminaba magníficamente aquellas soberanas alturas, y las montañas proyectaban sombras tan definidas y tan densas que hacían insondables los abismos.

A pesar de ello no lograron ver a los fugitivos ni en los claros, que por lo visto habían cruzado llevando una ventaja considerable.

Dejaron muy abajo el viejo camino de Napoleón, para seguir derechamente a la cumbre, y al cabo, más tarde, al aproximarse a la redondeada cima, donde era tan intolerable la violencia del huracán, que secaba instantáneamente el copioso sudor, acertaron a verlos en la altura misma de Astobizar. Sin duda, seguros de haber burlado a los carabineros, descansaban tranquilamente desafiando las iras del viento; parecían descuidados, pero estaban alerta.

Los que llegaban, echáronse a tierra, sintiendo renacer sus desmayadas fuerzas como sucede al cazador que ve la pieza a tiro, y acordaron brevemente describir un rodeo para intentar la sorpresa. Avanzaban arrastrándose, sin hacer el menor ruido, sin dejarse

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

ver casi, con infinitas precauciones, sin perder de vista su objetivo...; ya cerca... Pero fueron descubiertos por los contrabandistas en acecho.

—¡«Eimen tuk»! ¡Ya están aquí! —oyeron exclamar sobre sus cabezas.

Por un instante se recortaron sobre el fondo luminoso del cielo las negras siluetas de los montañeses, que en pie, se desprendían de los fardos y los arrojaban rodando y dando tumbos, al profundo barranco tenebroso, mientras ellos desaparecían por la vertiente contraria, que era la de Orreaga.

Sin tiempo para servirse de sus fusiles y atónitos quedaron los carabineros ante tan inesperado y súbito desenlace; pero al fin, satisfechos de que la presa cayera en sus manos. Dada la configuración del terreno, era difícil que sus enemigos se les adelantaran para recuperarla; pensándolo así y además rendidos de fatiga como se encontraban por la terrible carrera y la cuesta aniquilante emprendieron el descenso que era peligroso y largo, con obligada calma.



Con las primeras luces del alba y el frío de la madrugada, medio muertos, sosteniéndose con dificultad, llegaron a la regata: al final de la pendiente cuesta.

Los bultos en su caída, habían marcado una pista en los helechales cargados de rocío, tronchando los débiles tallos al abrirse paso por entre ellos.

Los dos carabineros — que ya no tenían tal aspecto con sus desgarradas ropas,— pudieron guiarse por este rastro, y así al terminar en la regata, vinieron a dar sobre los fardos que a poca distancia uno de otro parecían reposar de su vertiginoso recorrido.

El primer llegado, se precipitó sobre el tan costoso y deseado botín. Marchena tentó los bultos; luego, con alarma, decidióse a abrirlos ensanchando unas rasgaduras que la arpillera presentaba... Los dos sacos vomitaron paja hasta quedar vacíos. Y nada más que prensada paja...

El carabinero hundió en el montón las manos ávidas y temblorosas, con inquietud; luego lo extendió furio-

## J O S E   M A R I A   D E   L U Z A I D E

samente a patadas... Y nada más que paja. Retrocedió lanzando una blasfemia y casi llorando de ira volvióse a su compañero:

—¿Pero... pero has visto?

El gallego tumbado allí mismo, había seguido todo con ansiosa mirada. Agotado, hizo un esfuerzo para expresar su desencanto.

—Nus la dierun con quesu, compañeru —dijo; y se quedó sin aliento, ni para jurar...

—¡Marditos sean los reaños der mengue. Mar tiro le den. Premita Dió...! —contestó Marchena ahogándose y se tiró también al suelo, pero mordiéndose los puños de rabia...

Y allí, echados, a seis horas de Orreaga, permanecieron largo tiempo descansando. Cuentan también las crónicas, que al levantarse para emprender el regreso, Gutiérrez recogió furtivamente los sacos vacíos, diciendo para su gallego capote:

—Cuandu estén recusidus, bien podrán valerme un par de realiñus...

. . . . .  
Como sucediera en otro tiempo, los vencidos yacían en el barranco; en el barranco que vió la muerte de la invasión y la rapafia; y los vencedores en Astobizkar,

## C O N T R A B A N D O . . . . .

la cumbre que cantó la independencia. Y lo gracioso es que se podían establecer paralelismos y estudiar analogías entre ambos casos, separados por más de mil años y por el abismo que media entre la epopeya y el sainete, entre lo sublime y lo ridículo.

En el momento culminante, al desaparecer de la cima los montañeses, había vibrado en los aires un irrintzi estridente, vigorosísimo; prolongado en un de-jo que parecía una carcajada modulada con irónicas inflexiones... Antes de perderse en la gran canal de Valcarlos, fué muchas veces repetido por el eco en las regatas de Errekabetz e Infernukoerreka, en las profundas rinconadas de Udasaro y Chapelarri, hasta en los peñascales de Chirriskin y Aunzainekolepo y en otros muchos montes, hondonadas y barrancos de nombres no cristianos e impronunciables al decir de un carabinero *andalú*.

\* \* \*

—¡Bien Yoanés, bien! ¡buena idea tuviste!

Estamos en la clásica cocina de Aritzpea. Dos hombres se descalzan y enjugan el sudor. Sobre la mesa

Se digitaliza a copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

les aguardan una cazuela de magras y sendos jarros de vino.

—No fué mala Chomín... Y para montañeses como nosotros, un juego llevarla a cabo.

—Cosas parecidas deberíamos hacer a toda la buena gente que tenemos de fuera...

—No seas bruto Chomín. Marchena se merecía que le bajaran un poco los humos, pero no por ser forastero. Nunca han pensado así los hospitalarios vascos, Chomín.

—No digo yo tampoco por ser de fuera, sino por *buena gente*. Aunque una cosa viene de la otra, porque en no siendo del pueblo... ¿qué cariño ni qué interés pueden tener por él? Y luego que parece que vienen... el mejor de cada casa. Y si nó a ver: el cabrero que nos roba cabezas, el secretario enredador y tramposo, el carabinero que nos visita las huertas de noche...

—En todas partes sucede lo mismo Chomín. Y además de ser imposible, si los empleados fueran todos del pueblo, sin darse cuenta serían parciales. Quizás también en otro lado los haya de aquí... y no los puedan ver.

—Quiá, no lo creo... ¡Oye! ¿y el maestro que prohíbe hablar vascuence? ¿qué dices a eso, tú?



## C O N T R A B A N D O . . . .

Yoanés se levantó de su asiento a la pregunta. Por un instante permaneció en silencio, con la mirada extática, en una dolorosa visión del futuro, con un presentimiento desolador de generaciones desvasconizadas... Ante la negrura de tal porvenir le parecieron insignificantes sus particulares rencillas. Y los sentimientos que más tarde habían de hacer palpitar muchos corazones, vibraron en el suyo; pero con una sencillez, espontaneidad y nobleza que quizá ha restado a esos otros la política... Brotó su patriótico sentir, como un silvestre rosal, con las flores del amor y las espinas de la rebeldía.

—No será del maestro toda la culpa—dijo gravemente— pero eso, jamás hemos de consentirlo en esta montaña... ¡«arrayo»!

Chomín raras veces contradecía al juicioso Yoanés y por cierto que no sería en esta. Levantóse también de su silla y se miraron cara a cara un momento. Luego, y como sellando un pacto tácito, los dos mutiles se dieron la mano...

BND

# El jardín parroquial

BND

**Y**O amo el paisaje vasco sobre todas las cosas bellas de la Tierra—me dijo el señor párroco de Luzaide, departiendo una tarde en el jardín parroquial.— Si un conjunto panorámico de montes y valles, llanuras y celajes, recrea la vista y dilata el alma, no es menos deleitosa la contemplación de sus detalles: el viejo caserío, el corpulento castaño o el puentecillo rústico. El paisaje vasco triunfa del análisis.

Hizo una leve pausa, y siguió:

—Es un inmenso parque cuyos contrastes maravillan. En Navarra, por ejemplo, sorprende cómo de la grandiosidad severa en el Irati y Roncesvalles pasa a lo apacible y risueño del Baztán en transición tan suave como puedan serlo las estribaciones pirenaicas. Pero siempre bello. Y esa variedad es un atractivo y mérito más, pues no rompe la unidad de carácter la *personalidad* del paisaje vasco. Y es porque su espíritu, su uniformidad dentro de lo vario, es algo que flota sobre él y lo envuelve, es el ambiente, es la luz, son las boiras las que dan ese tono un poco triste...;

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

bien que es una tristeza esencialmente poética y más confortante que deprimente. ¿No le parece?

Yo asentí con una inclinación de cabeza. Continuó:

—Este espíritu es el que influye en el alma popular, según yo creo; por lo menos en su sentimental temperamento, revelado intensamente en las canciones. Sobre si estas corresponden o nó, a las impresiones de la Naturaleza en la sensibilidad así moldeada, puedo decir, que yo, para la desbordante emoción que el paisaje vasco me produce, fuera de ellas, ni en prosa ni en verso he podido hallar tan ajustado y cabal intérprete. Y es porque el fondo es el mismo o exacto reflejo: la melancolía, más o menos oculta, del paisaje es la que tiembla en la canción.

Con verdadero placer escuchaba yo tales razones que en parte parecían corresponder a mi propio pensamiento, gozando al mismo tiempo las delicias de una tarde estival hermosísima y admirando un cielo cuya luminosidad y excepcional limpidez contradecían algo de lo por mí oído. No me atreví a observarlo y quedamos en un largo silencio para disfrutar mejor la alegría de la luz, el verde intenso del cuadro montaños, y la caricia tibia del aire perfumado de jazmines.

Era el jardín parroquial un rectángulo pequeño ante

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## EL JARDIN PARROQUIAL

la casa, que a su vez se adosaba a la iglesia. En su centro, un gran laurel magnolia bajo el cual se instalaron nuestras butacas de mimbre. Desde ellas y por encima de la cerca de jazmines, veíamos las blancas casitas en pintoresca desigualdad de nivel, que hacían más patente unos chopos cercanos elevadísimos. Sobre los tejados de pizarra y a retazos que encuadraban los chopos, aparecía como fondo el monte francés de Ondarroa, salpicado de caseríos medio escondidos en el castañal. A nuestra derecha, más bajo, pero muy próximo, estaba el frontón. Debía de haber jugadores, ocultos para nosotros, pero cuyas voces se oían perfectamente; así como los golpes de la pelota, vibrantes en la pala y mate en la pared.

No será preciso que os presente a don Fermín, mi interlocutor; muchos le conocéis. Espiritual y celoso en su santo ministerio, buen amigo, y como detalle, cazador y pelotari. Esto último sin excesos juveniles, que tampoco corresponderían a su edad ya madura. Muy querido de sus feligreses, que en cierta ocasión se presentaron en masa ante este mismo jardín, consiguiendo disuadir a su párroco en el propósito que tenía de abandonarles para retirarse a la Colegiata de Roncesvalles.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Seguíamos en muda contemplación del paisaje, pero la interrumpí para decirle:

—Verdaderamente, que aun para los habituados a él, es maravilloso el espectáculo de esta Naturaleza. Nada se sabe en concreto de la religión primitiva de los vascos, pero yo, mejor que adoradores de monigotes salidos de sus manos, me los imagino adeptos de un panteísmo más o menos grosero.

—En efecto—respondió don Fermín.—Si desgraciadamente no fueron siempre monoteístas, parece probable en ellos el sabeísmo u otra religión naturalista. En cuyo caso, los relieves y tallas hoy reputados por divinidades eúskaras, o no son tales, o son símbolos y representaciones de lo inanimado.

—Bien pudiera ser que convivientes con esas creencias se hallaran otras—dije yo—y adorando a los astros, por ejemplo, podían independientemente contar con deidades de los bosques y de las aguas, y también con hadas y duendes. Pudo existir una verdadera y completa mitología vasca; y esos ídolos descubiertos serán imágenes de ella. ¿Qué antigüedad—añadí—se concede a los mitos del Basa-jaun, la Basa-andre, la Maitagarri, el Tártaro, Luzaide, etc.? ¿desde cuándo se habla en el país de «lamiñak»? Y si algo de eso es

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra



## EL JARDIN PARROQUIAL

relativamente moderno y aun de origen literario, su aceptación popular, ¿no señala una reminiscencia?

—Seguramente; pero no está el problema para nosotros. Sin duda ha sido tratado en los estudios—que no he logrado ver—de Webster, Michel, Chao, Vinson, Cerquand, d' Abbadie, Goizueta, Araquistain y otros muchos, en su mayoría agotados pero que suelen citarse con frecuencia. Recuerdo solamente del asunto, algo, de lo poco que trae Madrazo, y un poco de lo mucho que se llevó mi señora abuela materna...

—Que santa gloria haya agregué sonriendo—Muy bien; como lo de Madrazo lo sé de memoria, sería usted muy amable contándome cuanto sepa por la madre de su madre.

—Poca cosa; ya le he dicho. De ella aprendí que las manchas que presenta la blanca faz de la Luna, no son tales manchas. Si se la mira despacio en su plenitud, podrá verse la silueta de un hombre encorvado bajo un peso que lleva a la espalda. Es un desgraciado que en día de sábado quebrantó el precepto del descanso, marchando a recoger «otia», argoma. La Luna bajó por él, se lo llevó para siempre y lo muestra como escarmiento.

—¿Y por qué se habla en esa leyenda, de un sábado y no de un domingo?

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

—Vaya V. a saber... ¡Hombre! lo que sí tengo observado, es que las supersticiones y leyendas, en pugna con el espíritu cristiano del pueblo vasco, en lugar de desaparecer se han ido transformando en cuentos morales, en prácticas y creencias pseudo-piadosas, necias muchas veces, pero inofensivas siempre.

—Es interesante—dije yo animándole a seguir.

—Sí. Oraciones extrañas para pedir la salud perdida; para recobrar reses extraviadas. Bendiciones para la cosecha y el ganado, la levadura y el fuego. Prácticas especiales en las festividades del año...

—¿Bendicen también el fuego?

—Costumbre de algunas viejas. Mi ama, todas las noches, al dejar unas brasitas en el hogar recubiertas con ceniza, para hallarlas encendidas a la mañana siguiente sin temor de incendio, no olvidará decir: «San Morelli sua encomendi ez piztu, eta ez itzali, Jesu-Cristo, Gure Jauna salbedi». San Morelli, te encomiendo el fuego, ni se encienda ni se apague...<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Más frecuente en Luzaide es esta otra: «sua itzaltzeco otoitza»: Jaun Sen-bladi (San Blas?), nik sua estali; edozoin gaisto jam (jin-eldu) baladi, bortan bedi arri; Jinkoari dago gau oroz, Anderdena Maria gau oroz; Jinkoa eta Anderdena Maria zaurthe (zatozte) gurekin etzatera; aingeru unak gure supazterrera, gure suyaren beiratzera».

## EL JARDIN PARROQUIAL

—Entendido; ¿pero quién es San Morelli? ¿qué santo es ese?

—¡La vieja lo sabrá; que yo maldito si lo sé!—contestó riendo don Fermín—Aquí el día de Ramos mientras se lee en misa el Evangelio de Pasión, los «etcheko-jaunak» salen del coro para ver qué viento corre... Ese es el que dominará, en general, todo el año. El día de la Purificación, en todos los caseríos, el amo—o la dueña—toma encendida la vela bendita,—que durante el año preservará de las tormentas—y tras de bendecir la casa con ella, describe igualmente un círculo en torno a la cabeza de cada miembro de la familia, previamente arrodillado, y termina dejándole caer tres gotas de cera sobre el hombro izquierdo; se practica cosa análoga, a seguido con los animales domésticos. El día de San Juan...

A este punto vino a interrumpir la plática una pelota, que pasando sobre el seto de jazmines, cayó al pie del laurel. Don Fermín tomándola en sus manos, la examinó «en connaisseur» un momento, y luego, de un cachete la volvió a la plaza. Una voz se elevó de entre los jugadores:

—«Mila esker, jaunak!»

Y enseguida se reanudó el golpeteo, sonoro en la pala y mate en la pared.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

—Decía V...?—insinué yo, para que el párroco reanudara el hilo.

—Muchos, muchísimos ejemplos todos parecidos podría citar. Y luego... los rosarios puestos en agua para hacer que llueva. Los árboles hendidos por el rayo, con virtud curativa para los herniados. Por este género otras mil mezclas absurdas de supercherías y devoción. ¡Ah! y el Basa-jaun es con mucha frecuencia el Diablo en persona; pero un «galza-gorri» a quien se puede burlar con astucia, con una invocación a tiempo, o mejor con una oportuna rociada de «ur benedikatia» ¿No sabe V. lo que pasó con el candelabro de Salvatore?

—No; pero V. va a contármelo, se lo ruego.

—Vaya, veo que el tema no le disgusta; pues bien, voy a complacerle.

En la iglesia de Salvatore existía de antiguo un candelabro de oro, regalo de un gran señor. En cierta ocasión, el Basa-jaun por complacer a la Basa-andre que deseaba el candelabro para iluminar la cueva habitada por ambos, lo había robado. Y en Salvatore el cura y los fieles suspiraban por el objeto sustraído al culto divino. Un joven pastor se ofreció para recuperarlo. Al efecto, cuando el fiero señor de los bosques

## EL JARDIN PARROQUIAL

se le aparecía en la montaña, lejos de huirle como todos, el joven se detenía a saludarle muy cortésmente y le obsequiaba con sus quesos. El mónstruo satisfecho y confiado, buscaba el trato del pastor, aceptaba los regalos y hasta se entretenía jugando con sus corderitos. Era de notar que prefería de ellos exclusivamente los negros—no se dice por qué, pero dado el carácter diabólico de nuestro personaje, se adivina que aborrecía la cándida imagen del Agnus Dei...—El joven pastor, fraguado su plan, le regaló un cordero, «beltza», por supuesto. Y la Basa-andre dispuso para todos tres un banquete. El muchacho ya en la cueva, donde refulgía el áureo candelabro, vió por primera vez a esta señora. Y los narradores de esta leyenda, invariablemente al llegar aquí, no la pintan, sino que nombran como exacto retrato suyo a la vieja más fea del lugar—Embriagada al final del ágape, la salvaje pareja se duerme. Entonces el valiente mutil echa mano de la alhaja y se precipita monte abajo, hacia el pueblo. El Basa-jaun advertido, le persigue y pronto se ve que le gana terreno. El joven descubriendo la torre de su iglesia, hace un desesperado esfuerzo, pero su enemigo es más fuerte; está a pocos pasos tras de él y se percibe el jadeo de su pecho de fiera,

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

como un fuelle de fragua. Viéndose alcanzado el pastor, levanta los ojos a la torre en cuyo remate brilla una cruz y exclama: «¡Ved lo que os traigo, Señor, y socorredme!». Al instante la campana dió un sonoro tañido y el Basa-jaun imposibilitado para dar un paso más, ve a su víctima ya segura, escapársele de entre las manos y amenazador le grita: «¡Obe duk joal zar orrek soinatu din, obe duk!» ¡Te ha valido sí, que sonara ese cencerro viejo! El candelabro de oro, restituído, siguió por mucho tiempo luciendo en la iglesia de Salvatore.

—Muy bonita leyenda—dije yo—es una vez más la pintura de un ser entre feroz y bobalías, como dice cierto escritor. Pero yo sé de él y de su linda consorte, algo que por lo espeluznante parece tener otros actores distintos de los de este episodio tragi-cómico.

—Veámoslo—dijo don Fermín.

—Lo contaré en dos palabras. Una bella pastora baigorresa fué seducida por el señor de la selva. La Basa-andre, celosa y vengativa, se apoderó de su rival, la encerró en un tronco de árbol hueco y tapando los extremos de éste, lo precipitó en el río. La crecida de la Nive arrastró entre impetuosos y revueltos turbiones aquel extraño féretro de una joven viva. Cuando pasaba bajo el puente de San Esteban, algunas perso-

## EL JARDIN PARROQUIAL

nas creyeron oír gritos que salían del tronco. Lo extrajeron de la caudalosa corriente y procedieron a abrirlo con cuidado. Entonces pudieron ver, con tanto terror como asombro, que contenía el cadáver aún caliente de la neskacha y sobre él, vivo, un hermoso niño recién nacido...

—¡Qué notable! Verdaderamente es como para poner los pelos de punta. Pero...

—¿Qué pero?—dije yo temiendo alguna objeción de moral.

—Pero no me parece ser absolutamente vasco y original. Recuerda algo de Moisés, y sobre todo es idéntico, calcado de un mito pelásgico sobre el nacimiento de Baco.

—¡Mi gozo en un pozo! Pero falta el final, que es lo mejor, y como para quitar el mal gusto de boca. El niño bien atendido en una buena casa, creció, estudió la carrera eclesiástica y llegó... a obispo de Bayona. ¿Qué le parece? ¡Ande! ¡sáqueme V. ahora analogías con la mitología griega...!

—¡Por cierto! ¡Habré de contárselo a mi amigo Mr. d' Aranatz...!—terminó don Fermín con una carcajada.

Reímos ambos de buena gana el disparatado final de

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

la lúgubre historia, y quedamos un momento en silencio, observando el declinar lento de la tarde. Se oyeron voces de personas ocultas tras la cerca de jazmines, y por el claro del portillo vimos desfilar a los pelotaris, sudorosos, con las chaquetas al hombro y el blanco pañuelo desplegado bajo la boina. Todos saludaron descubriéndose,

—«Atsalde on, jaunak!».

Y el más viejo de ellos cambió unas palabras con el señor párroco.

• • • • •  
—Oiga V. don Fermín—dije resucitando la conversación y el tema—¿no le ha contado a V. el teniente nuestra aventura de la otra noche?

—Nada sé—me respondió.

—Pues se trata de algo famoso, pero que quizá no le agrade del todo—comencé a decir—Salimos después de cenar, don Lorenzo y yo; él, con intención de revisar los puestos de la carretera, y yo, sin otra que la de acompañarle y disfrutar del tiempo magnífico. A las doce de la noche llegábamos a Tres-puentes, y allí, algo más lejos, donde la carretera es cruzada por un camino, vimos el resplandor de un pequeño fuego y después a un hombre en cuclillas junto a él. Como



## EL JARDIN PARROQUIAL

intentara escapar al darse cuenta de nuestra presencia, don Lorenzo le echó el alto, y el individuo se quedó quieto, esperándonos y temeroso, como sorprendido «in fraganti». En la mano tenía un paquete de vellones de lana, semejando por su forma y tamaño un muñeco; con su cabeza, brazos...

—Me figuro donde va todo a parar.

—A fuerza de preguntas y con muchos rodeos, nos dijo que tenía una hija enferma de largo tiempo. Que probablemente las «sorgiñak» le habían hecho el daño formando un...—aquí el nombre especial de esos muñecos—con las lanas del colchón. Que por suerte, la «etcheco-andre» había dado con él, sospechando la treta brujeril; y ahora iba el hombre a destruir el maleficio, quemándolo a las doce de la noche en un cruce de caminos.

—¿Y...?—dijo don Fermín que parecía interesado y nervioso.

—Y nada. Lo dejamos; nos refomos del lance, y don Lorenzo, que padece bastante de jaquecas, me dijo luego ya muy serio, que pensaba registrar su almohada...

—Bueno, bueno—decía el señor párroco mirando al suelo y como si hablara solo—Ya le arreglaré yo las cuentas al tal Bathist.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

—¿Eh? ¿cómo?—salté yo—Me parece que no se me ha escapado decir que fuera Bathist...

—¡Oh! No se preocupe V.; no hacía falta: una hija enferma... brujerías... Y el caso es que él no es así. La vieja, la vieja que tiene en casa, la madre de la chica enferma... ¡Esa sí que es bruja! y Dios me perdone... No hay quien le cure de sus manías ni la desengañe de sus historias.

—Pues yo me alegro. Así como así, esas curiosas consejas tienden a desaparecer, van huyendo como lechuzas ante la luz, y es una verdadera lástima.

—¿Lástima? ¿para quién?

—Para la Historia, la Literatura y el Arte... Y usted como vascófilo, don Fermín, debe pensar como yo, que todo lo típico y característico...

—¡Habrà hereje! Pero ya veo que no lo dice en serio... Dense prisa a recoger todo eso los curiosos, que en lo que a mi parroquia toca, lo poco que resta, no ha de durar mucho. Por de pronto, mañana me oirán la mujer de Bathist y el bobalicón de su marido.

—Tendría yo gusto en exprimirla a ella un poco, antes de su visita inquisitorial. Pienso haber hallado una mina del folk-lore...

—Y una sima de la necedad.

## EL JARDIN PARR' OQUIAL

—Bien; sean las dos cosas—dijo con acento conciliador.

En esto estaba la animada charla, cuando llamaron al portillo.

—«¡Ela!»<sup>1</sup>

—«Aitzina»—adelante; dijo el señor párroco.

Y nos volvimos ambos para ver al recién llegado, que era un mocetón de cara colorada y mostachos rubios. Su blusa negra, muy corta—«txamarra»—el rojo pañuelo al cuello y su tipo todo señalaban un vasco francés. Se quitó la boina al acercarse y mostró la cabeza rubia y rapada, algo germánica, emergiendo del pañuelo rojo.

Me miró con cierto recelo, y, después de saludar, se encaró con don Fermín, hablando vascuence por supuesto.

—Yo venía a encargar una misa.

—Perfectamente—dijo el señor cura—V. me dirá por el alma de quién se ha de aplicar...

—¡No, no!.. No es misa de difunto...—dijo; y se quedó sin atreverse a seguir. Don Fermín salió en su ayuda:

---

<sup>1</sup> Contracción del francés. Qui est là?

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

—¡Ah, vamos! Alguna intención especial... Un enfermo...

El hombre en vez de responder me miró otra vez de soslayo, y yo, a fuer de discreto, abandoné mi asiento y me dirigí al portillo. Cuando lo habría para salir, el mocetón dijo:

—Lo que quiero es una misa de *excomuni6n*.

La sorpresa de lo que creía un «lapsus» me hizo volver la cara para cambiar un gesto con don Fermín. Pero lo vi perplejo y no di ya un paso, decidido a ver en qué quedaba aquello.

—Yo—siguió el forastero—tengo un enemigo: Pierre Arzak. Tome nota, señor; Pierre Arzak se llama, y es un mal hombre...

—Bien, bien —decía el párroco desorientado del todo—V. quiere pedir mediante la Santa Misa, que el Señor le dé su gracia para la enmienda... V. querrá sin duda, reconciliarse con él...

El hombre vaciló un momento dando vueltas a la boina entre las manos. Luego exclamó:

—Le he dicho a V. una misa de *excomuni6n*... ¡de excomuni6n y *contra* Pierre Arzak!

—¿Y qué es eso, si quiere V. explicarse de una vez?  
—preguntó ya sulfurado el buen de don Fermín.

## EL JARDIN PARROQUIAL

El visitante, sin dejar de torturar la bolna con los dedos, aclaró en voz más baja y mirando a otro lado:

—Me habían dicho... que en España... una misa de *excomuni6n*... ¡Pues muy sencillo!... yo se la pago, V. la dice, y el otro... ¡el otro revienta!

Y se quedó tan fresco. Yo sin salir de mi asombro ante semejante salida, solté el trapo a reir, y porque no me vieran salvé el portillo. Pude recoger una mirada iracunda que me lanzaba el individuo; algo que parecía decir: «Si no hubieras estado tú, ya me hubiera entendido antes el cura»:

Bajé hacia la iglesia donde sonaban las campanadas anunciando el Rosario.

Allí, a los diez minutos, en el atrio donde me paseaba vi llegar a don Fermín, todavía excitado y por quien supe que el serm6n destinado a la vieja de Bathist, había sido dicho en provecho de otra alma por lo menos tan necesitada; sin que por eso aquella pudiera considerarse libre de recibirlo en su día.

Cortamos, aplazando, los comentarios para entrar al Santo Rosario.

En la iglesia entraban también unos chiquillos corretones y detrás unas cuantas mujeres, encapuchadas según acostumbran asistir siempre. Después, en la

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

penumbra de la nave, la cadencia rumorosa de las avermías, y la luz de la lamparilla iluminando el vaso rojo. Tras del Rosario, el Angelus, a tiempo que la torre vibraba con el toque de las oraciones. En un rincón oscuro, junto a la pila bautismal, dos monaguillos traviesos disputaban a la vieja «serora» la cuerda de la campana. Se retiró el sacerdote.

A la salida, ya de noche, me despedí de mi respetable amigo y tomé el camino de casa. Un murciélago me envolvió por un instante en sus giros cabalísticos y se perdió en las sombras.

Cruzando el frontón, levanté los ojos hacia el jardín parroquial, donde solo se distinguía la masa oscura del laurel, temblando a la caricia de una brisa que llevaba el aroma de los jazmines.

# Un paisaje y una historia

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

BND



**H**ACE algunos años, en uno de los más agradables rincones veraniegos del país vasco-francés—San Juan Pie de Puerto—trabé relaciones de amistad con dos simpáticos jóvenes franceses. Así como yo, pasaban el estío y aun el otoño en este deleitoso lugar que ya les era conocido por temporadas anteriores y al que habían tomado grande apego. No les faltaban en él otras muchas amistades, fácilmente germinadas mediante el franco carácter y amable trato de ambos.

Eran hermano y hermana. El, un guapo chico, muy desarrollado de músculos, un mocetón rubicundo que tenía verdadera locura por las excursiones a pie. Conocía muchas grandes alturas de los Pirineos, visitados en años sucesivos, y había hecho también alpinismo en otros importantes macizos montañosos franceses. Era una especialidad en todo lo relativo al sport, pero desgraciadamente a esto limitaba casi con exclusión, el círculo de sus conocimientos. Decíase de él que le había sido imposible terminar la carrera de ingeniero por sus escasas aptitudes y ninguna afición al estudio.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

No me extrañaría que fuese cierto, porque a pesar de su sencillo y afectuoso modo de ser, tenía poca conversación, era tardo en entender las cosas y sometía dócilmente su parecer al de los demás; sobre todo al de su hermana. Bien es verdad que ella era el reverso de la medalla.

Menudita de cuerpo, pero de una inteligencia brillante y cultivadísima, solo coincidía con el muchacho en bondad y en aquel amor desmedido a la montaña; físicamente en que era rubia como él. Tenía las ideas ágiles y las decisiones prontas. No era pues raro que aun siendo la más joven dirigiese la vida que hacían y fuera obedecida de su buen hermano que encontraba cómodo dejarse querer y gobernar. Porque además, poseía ese admirable sentido práctico de las francesas, por el cual una artista como ella,—era gran pintora aun cuando yo se lo discutiese,—no perdía la noción de la realidad y los conceptos del orden y de la economía doméstica.

Era una agradable figurita. En su lindo rostro se destacaban los ojos, grandes, suaves y expresivos: toda su persona era un prodigio de viveza y de expresión.

Yo celebraba su belleza y despreciaba su arte, porque sabía que ella hubiera querido oír precisamente lo

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

contrario. No sé si habría algo fingido en aquel orgullo de artista y en aquella modestia de mujer, pero me agradaban. Realmente su tipo podía ser insignificante o vulgar pero su pintura no lo sería nunca. El carácter resuelto de la autora se reflejaba en los trazos firmes, varoniles, del dibujo, y en la coloración rica y pastosa, tal vez un tanto arbitraria, pero valiente. Era en suma el procedimiento opuesto a ese otro lamido, tímido, monjil que caracteriza la pintura femenina. Ella tenía especial empeño en afirmar y poner de relieve esta condición suya, y por eso extendía grandes brochazos, rascaba con la espátula furiosamente y no la importaba arañar un lienzo o ensuciar la limpidez de un cielo.

Burlábame yo de estas y otras menudencias y me divertía viéndola enfadarse, hasta amenazarme con un terrorífico pincel embadurnado de verde esmeralda o de amarillo cromo. Otras veces me llamaba salvaje español. Claro está que yo no llegaba más que a rozar su amor propio a flor de piel y en tono de broma; me hubiera guardado muy mucho de ofenderla gravemente en su susceptibilidad de artista con mi crítica importuna, y no solo por galantería, sino también por un sentimiento de respeto hacia el oculto dolor de su vida.

## JOSE MARIA DE LUZAÍDE

Hasta muy tarde no había sabido yo que los jóvenes eran huérfanos de madre, y que su señor papá, cuya residencia habitual era Burdeos, se había vuelto a casar, siendo su segunda elección desdichada y poco honrosa. El irregular ejemplo del padre en contraste con la vida ordenada de los hijos, no podía mas que predisponerme en favor de estos, al tiempo que me explicaba su estrecha unión y relativa independencia.

Tales eran los hermanos Dubois, Lucien y Margueritte.



Como los lunes son días de mercado en San Juan Pie de Puerto—Doniane—y son muchísimos los pueblecitos de donde acuden gentes—de todo Garazi—no se podía aquella tarde de lunes agosteoño, dar un solo paso entre la multitud reunida en la feria. Era además el calor sofocante en el concurrido y polvoriento lugar a pleno sol.

La plaza está formada por la carretera que cruza la villa y el ancho espacio que a los dos lados distan los edificios. **Dos largas filas de puestos y tenderetes que**

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

instalan los vendedores, bordean la vía en un largo trecho y por medio transitan hombres y mujeres, todos de fiesta, o sea de negro. Ellos con su blusa corta de merino, la gran boina, la pipa entre los dientes y la makila en la mano. Ellas con la pequeña toca también negra que les oculta solamente el moño y portadoras de cestas redes o pañuelos para sus compras.

Las neskachas en cuadrillas según sus pueblos, y enlazadas, recorren el mercado, animándolo con sus alegres risas. Aquí las de Huarte y Lasa, allá las de Eialarre y Esterenzubi; estas de Azkarate, esas de Izpura, las otras de Donian Zaharre... Unas que llegan acorralando a un ruboroso mutil y aturdiéndole con sus dichos y risotadas, son de Baigorri. Cuando logra romper el cerco, amenaza con coger alguna, allá, en lo alto de la montaña, sin más testigos que el milano que se cierne sobre la cumbre. Todas vuelven a reir y se me figura que no se asustarían aunque el pastor cumpliera su palabra.

Antes del puente sobre la Nive, a la puerta del Central-Hotel, se ensancha la pequeña avenida y forma un rincón donde se sitúa el ganado vacuno y lanar, y en torno del cual discurren labradores y tratantes. **Atravesando todo el mercado, subiendo hacia la parte**

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

alta del mismo, se encuentra otro espacio, sombreado de plátanos frondosos. Véanse allí, coches desenganchados de todas clases, formas y tamaños; el carromato de la verdulera apoya sus varas en la zaga de la elegante charrette, propiedad de un campesino rico que va al mercado por diversión; y los grandes ómnibus allá abandonados, sufren el asalto de los chicos. Todos parecen esperar perezosamente al oscurecer, hora en que vendrán sus dueños con los caballos del diestro, para enganchar, y reintegrarse a sus pueblos respectivos, poniendo en la carretera la nota pintoresca de una alegre y multiforme caravana.

Vuelvo al centro del barullo, donde se mueve con dificultad el apiñado gentío, y a poco, veo avanzar un camión con voluminosa carga, tirado por tres corpulentos percherones que lentamente se abren paso en aquel mar humano.

—Eh bé...!!

La gente se separa a los lados, se apretuja contra los tenderetes de la feria, amenazando volcarlos, mientras pasa el camión, con su pesado tiro que cascabelea las colleras. y el cochero encaramado en el alto pescante. En cuanto pasa vuelve a cerrarse el mar.

Luego se oye un tambor interrumpido a veces y que

Se autoriza la copia para la investigación.

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

excita mi curiosidad. Al fin llega: es el alguacil municipal quien lo toca. Por dos francos que le paga el consternado bordari que marcha tras de él, pregonará la pérdida de una cerda preñada. ¡Plan rataplán plan! Y detiene su paso; introduce los palillos en la banda de cuero de que pende el tambor y saca un papel que lee:

—«¡Publikoá prebenitia dá! Arnegin galdudá cherri ernari bat...!» Guarda el papel en el bolsillo y se va redoblando en el parche, con el triste bordari detrás... ¡Plan rataplán plan!

A mi lado una moza compadece al pobre labrador que ha perdido tan costoso animal y en tan crítico estado.

—¡Quiá!—le contesta otra—¡Buen zorro está hecho ese! Mentira tiene eso. Vendido y bien vendido tiene el cherri a uno de Lasa, pero por no darle los dineros a la mujer, perder dice que ha hecho...

—«Ay urde zikinal!»

Después llega al trote de una sorberbia yegua normanda que arrastra el un poco anticuado spider, el señor de Iraozketa. Va saludando negligentemente con el látigo a sus numerosos conocidos y desaparece por el portalón del Hotel des Pyrenées.

A la puerta de su tienda, la buena mademoiselle

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

Olivier, con sus blancos cabellos y su negro cubremuño, discute con unos turistas ingleses el precio de unos cobres. Los turistas, después de mucho hablar se quedan con ellos, pero exigen como prima, unas tarjetas postales, una «chirola» y unos anzuelos para pescar truchas. Yo no confiaría tanto en la paciencia de la buena mademoiselle Olivier.

Cruza por el mercado un señor respetable, de aristocrático porte y tocado también con boina. Es Aguerre el banquero, y parece raro verlo en día de mercado, no siendo en su despacho desplumando a los guizones. Dicen que Inchauste es más judío que él; y dicen igualmente que porque pasara por las fincas de Aguerre, se hizo tan torcidamente el trazado de la carretera de Auritz a Luzaide... No será cierto.

La muchedumbre en una oleada vino a oprimirme y me encontré de pronto entre unos hombres que me empujaban y un puesto de cencerros que me impedía retroceder. Desfilaron unos mules con terneros y vacas atados por los cuernos y volví a respirar. Pero enseguida vinieron otros. Y después otro, sujetando a un cerdo que llevaba ante sí con una soga a la pata izquierda; lo guiaba con un palito, pero el inteligente animal se empeñaba en cambiar constantemente de dirección.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra



## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

Alcé las ojos buscando un refugio, algún lugar despejado y libre, cuando vi sobre una murallita que domina el ferial y da acceso a la parte alta de la villa, la descomunal sombrilla listada que era el «atelier» campestre de Margueritte Dubois. Me lancé a la escalera de piedra, y un instante después estaba tras de la pintora que trabajaba ante un caballete y sentada en su silleta plegable a cuyo respaldo aparecía atada la sombrilla.

No me vió llegar, y yo, antes de llamar su atención o saludarla, contemplé a mi sabor el cuadrado, ya muy adelantado. Tras el hirviente mercado, que parecía con el sol y los viejos toldos de los puestos, un zoco tangerino, se veían las casas; sobre las casas se alzaban como fondo las fortificaciones; y de las murallas brotaban para recortarse en el cielo azul, grandes árboles.

Pasando rápidamente la vista del modelo a la copia, se advertía un choque, una alteración en los matices y en la cantidad de luz. Sin embargo estaba entonado, era agradable de ver, porque aun siendo otros sus colores estaban debidamente valorados y relacionados entre sí. Reproducía exacto el paisaje, con la línea fielmente apreciada, pero como visto con luz de otra

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

tonalidad, o a través de un cristal coloreado ligeramente. Era ésta la originalidad estética en el arte de Margueritte Dubois. Su originalidad técnica era la anteriormente dicha.

Hice que mi sombra se proyectara sobre el lienzo, con lo que ella se volvió rápidamente.

—¿Qué hace usted ahí?—preguntóme sorprendida...

—Nada de particular. Miraba a la muralla buscando de dónde diablos ha sacado usted ese azul cobalto con que la interpreta.

—No se moleste; lo saqué del tubo—dijo; y después de dar una pincelada y de retirar la cabeza entornando la vista para juzgar el efecto, añadió:—Siempre galante el español...

—Tratándose de arte, no claudico ni ante las damas. Pobre del crítico que tal hace...

—¿Crítico? ¡Bah...!

—¡Como usted pintora! De ocasión, mediocre, pero crítico... ¡sí!

--Oh! Tiens! Ah le...!

—No siga usted. Ya sé lo que me va a decir... Además vea: ¡por enfadarse le ha dado carmín en lugar de verde al arbolillo...!

— Tant mieux!

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

—De acuerdo. Todo será que el público lo tome por un gran pimiento. Siendo el asunto un mercado:..

—Ah ça...! ¡Usted es el pimiento y el tonto y el desagradable...!

—Merci bien, mademoiselle! Quelle politesse la française!

—Quelle galanterie l'espagnole!

—Hubo un silencio como de enfado y acabamos por reir ambos contendientes. Ella me preguntó:

—En serio. ¿Qué le parece?

—En serio. Admirable. Pero sigo sin comprender esa tonalidad general. Usted que presume de pintar realista y sinceramente, lleva dentro de sí tendencias o influencias decorativas.

—¡Oh, no!—protestó ella—Yo lo veo así, sencillamente. Mis obras son la Naturaleza a través de mi modo de ver, de mi temperamento artístico. Yo veo así el color y así lo pinto. Voilà tout.

—Concedido. Pero admitiendo que haya esa diferencia entre la realidad y la percepción, debería usted pintar, no tal como ve el modelo, sino tal como su cuadro debe ser visto por los demás... Su cuadro pasa a ser la realidad objetiva para el público...

—Lo hago para mí y no para el público.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

—Entonces... ¿por qué ha expuesto en Biarritz?

—Allez au diable! Porque... porque sí. ¿No gustaron acaso?

Por cierto que había sido un triunfo. Elogios de la prensa y rápida venta. Pero gozó su mayor satisfacción, guardando el incógnito y oyendo alabar al autor —no a la autora— de los paisajes expuestos. Para no desvirtuar esta impresión varonil causada y de la que tan orgullosa se sentía, hizo tratar las ventas, recoger las cosas y liquidar con el «marchand» al bueno de Lucien, que cargaba con la gloria con menos placer que con su mochila de alpinista.

—Sí...; gustaron... El paisaje vasco gusta siempre —le respondí; y me quedé mirando distraídamente el mercado, los toldos, los coches, el ir y venir. Luego ví que Margueritte se había levantado y cerraba la sombrilla para plegar enseguida la silleta.

—C'est fini.

Ofrecíme a transportar los bártulos; pero ella dejó amontonados caballete, caja, asiento y quitasol, y tomando en la mano el cuadro me dijo:

—Deje el resto. Mandaré a un chico del hotel. No lo tocará nadie: no he visto respeto a la propiedad como en este país.

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

—Sin embargo se lleva el cuadro. Hace mal. Cualquiera de estas vendedoras de aves que están sentadas en la acera y al sol, preferiría quitarle la silleta y la sombrilla que no el cuadro.

—C' est posible! ¿Y usted, qué se llevaría?

—¿Yo? ¡La artista!

—Ah, c' est joli!

Y esta tontería nos reconcilió. Bajamos del muro a la plaza. Nos dejamos llevar con la gente y ganamos el hotel. A su puerta nos tropezamos con Lucien que ya nos había visto desde el comedor. También él acababa de llegar y conservaba el traje kaki de excursión, los claveteados borceguíes y las polainas. No sé de qué monte dijo que venía y explicó a su hermana detalladamente cómo y dónde había comido. Todo esto tenía para Lucien la mayor importancia. Una cima inaccesible y una mesa bien servida que no lo fuera tanto, eran su ilusión. Relacionaba él sus dos aficiones y así decía por ejemplo que le gustaba la cuajada porque le parecía tragarse un glaciar. Del glaciar diría ser un encanto por parecerle una gran cuajada... Lo retrataba bien el dicho de Marcel, un cazador compañero de Lucien en algunas caminatas: «Es un mozo ése que tratándose de «lukeinka»—longaniza—o de distan-

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

cias, no repara en kilómetros». Con razón dije yo que no se parecía a su hermana, la espiritual y artista Margarita; pero no sorprende que se completaran mutuamente, la inteligencia y la fuerza.

Hablamos de montañas, de alturas, de panoramas.

—¿Es posible—dije yo—que no conozcan ustedes Roncesvalles habiendo pasado aquí varias temporadas?

—Si—contestó Lucien—La culpa es de Margueritte. Cuantas veces proyecto subir, ella me dice: «Espera Lucien, que termine este cuadro, que yo también quiero ir». Luego empieza otro y nunca le viene bien. Al fin iré solo y sin decirselo.

—Te prometo acompañarte cuando quieras.

Yo intervine para observar:

—Esta es la mejor época; más tarde hace frío, y en pleno invierno suele hacerse imposible a causa de la nieve...

—¿Tanto nieva?

—Tanto. Hay momento en que se interrumpe toda comunicación por el puerto de Ibañeta, y para llegar a Roncesvalles de aquí, sería preciso rodear grandemente.

—¿Es verdad?—preguntó Lucien entusiasmado.

—Nada más cierto. ¿Qué tiene de notable?

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

Pero Lucien no me oía; hablaba animadamente con su hermana, tratando de convencerla, hasta que le vió hacer un signo de asentimiento. Entonces se volvió y me dijo gravemente:

—Caballero. Cuando la nieve cubra toda la montaña y persona no pase el col de Ibañeta, los hermanos Dubois llegarán a Roncesvalles... ¿Nos darán de comer?

—Si hombre, les darán de comer, no se apure—Y poniéndome en pie, con pocas palabras más me despedí de los dos jóvenes, que me acompañaron hasta la puerta.

Ya se había des congestionado la plaza de forasteros y muchos tenderetes se desarmaban.

Salían los coches, y entre ellos llamaban la atención dos grandes ómnibus pintados de amarillo y rojo, con tiros de a cinco mulas. Eran de Luzaide y arrancaron abarrotados de viajeros que se hacinaban en el interior, el pescante y la baca. Unos mutiles que iban arriba iniciaron una canción que pronto corearon todos a tiempo que el carruaje salía al campo, atravesando el portal de las fortificaciones.

La dueña del café Laborde, despachaba a los últimos parroquianos. Mademoiselle Olivier retiraba del exte-

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

rior sus brillantes cobres. Cerraban sus taquillas los banqueros, cansados de cambiar pesetas por francos, y francos por pesetas, y también de vender pasajes para las Américas. Hasta el cencerrero desfiló con su desvencijado carricoche que temblaba con extrañas sonoridades en el empedrado.

Finalmente salió el señor de Iraozketa, dejando ir por delante a los demás coches, de servicio, de alquiler y particulares. Porque le gustaba salir el último de San Juan Pie de Puerto y llegar el primero a Luzaide; pasándolos a todos uno por uno en la carretera con su ligero spider y al incomparable trote de la yegua normanda.



Fué una verdadera casualidad que me encontrara yo en Burguete aquel día de enero. Asuntos de familia me obligaron a dejar la capital por la montaña, arros-trando con buen ánimo el extremo rigor del tiempo y la copiosa nevada.

Hube de hacer a pie los últimos kilómetros—desde la Venta de Arrieta—donde la diligencia que traíamos



## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

de Aoiz se vió imposibilitada para continuar a causa de la cantidad de nieve. Los tres ocupantes del coche correo, comimos en la venta, juntamente con Justo el mayoral. Eran mis compañeros un beneficiado de Roncesvalles y Vidal el agente de seguros. Todos hicimos honor a la comida, mientras fuera, las ráfagas de viento levantaban polvillo de nieve para azotar cruelmente los cristales de la ventana.

Por la tarde cesó el aire y nos pareció que mejoraba algo la temperatura. El beneficiado dió la señal de partida recogiendo sotana y balandrán hasta media pierna. Recuerdo que una vez en camino, aquella silueta negra que hollaba la nieve a grandes zancadas, nos dió trabajo para seguirla. Llegados de noche a Burguete, me despedí de ellos para entrar en casa de Chikipolit donde me recibió doña María de Etcheberri, su dueña y tía mía.

Después de cenar fuí a la posada donde esperaba ver a cierto contratista de maderas. Todos los trabajadores del monte, aserradores, boyateros y carboneros a quienes la nieve había expulsado de la montaña estaban allí, ociosos. esperando el deshielo. Llenaban el zaguán; y la cocina en grandes grupos alrededor de jarros ya vacíos.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

Cuando yo salía, terminado mi asunto, dirigí una mirada desde la puerta, a un comedor también lleno de gente, sentada a lo largo de una mesa en cuyo extremo cenaban dos turistas extranjeros; los más jóvenes admiraban los bellos ojos de Margueritte Dubois, y los más viejos comentaban el extraordinario apetito de su hermano Lucien...

Grande fué nuestra mutua sorpresa, pues yo tenía olvidadas las palabras del muchacho y ellos no esperaban verme por allí

Me contó Margueritte las fatigas y peripecias de su ascensión por Valcarlos, el ventisquero en que cayeron... Lucien sin dejar por eso de comer, contemplaba el relato considerando el viaje muy insignificante hazaña.

—Para usted quizá... Pero ¿y su hermana? ¿Qué hacer si en aquella rinconada de Errekabelz, —allá sería el ventisquero,—le llega a decir: «Lucien, me canso, tengo frío..., no puedo más..!»

—¡Oh!—respondió tranquilamente—Me la hubiera echado al hombro y con eso hubiésemos estado antes en Roncesvalles.

Y como para acentuar un alarde de vigor, del que

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

yo le creía muy capaz, vació su vaso de un trago y sacudió un fuerte puñetazo en la mesa.

El vino saltó de todos los vasos, y un mutil fornido como Lucien, un leñador que también había trasegado de firme le dijo airado:

—¡Eh musí! ¡tú no tirar «ardoa»!

Pero unas frases mías en vascuence calmaron al irritado bebedor, a tiempo que la voz de Margueritte reconvenía enérgicamente:

—¡Lucien!

Y el pobre mozo no volvió, avergonzado, a abrir la boca en toda la noche. Su hermana me contó con entusiasmo de artista su visita a la colegiata de Roncesvalles, realizada poco después de llegar, y cómo al oscurecer decidieron venir hasta Burguete buscando mejor hospedaje; con la desgracia de encontrar todo ocupado por los trabajadores del monte. No les habían dado habitación, y habrían de procurársela ellos seguidamente, lo que no sería fácil dada la hora.

Oyendo esto, envié un recado a mi tía, la «etchekoandre» de Chikipólit, en cuya casa, como por observancia de una antigua costumbre hospitalaria, se recibían algunos viajeros, recomendados del Hotel des Postes o de la posada, donde comían, pero donde no

## JOSE MARIA DE LUZAIDÉ

podían disponerles habitaciones confortables y con arreglo a su categoría y lustre.

Pronto tuve respuesta, y la necesidad obligó a los hermanos Dubois a aceptar mi ofrecimiento, deplorando las molestias que se figuraban causarían.

Nos encaminamos, pues, a casa Chikipolit. El pueblo, traía a la memoria esas ilustraciones extranjeras de los cuentos de Noël; con los grandes y pendientes tejados cubiertos de nieve y los alegres fuegos de los hogares iluminando las ventanas.

Doña María de Etcheberri no se había retirado por esperar a los forasteros, y los recibió tan natural y cariñosamente como si de parientes se tratara; y a la vez con solicitud tan respetuosa, como si ella fuese la honrada y favorecida.

Era doña María de Etcheberri una mujer de mediana edad; ostentaba un correcto perfil netamente montañés y sabía, aun sin lujos, rodearse de comodidades case-ras, que luego por amabilidad de su dueña, eran muchos a disfrutar. Condición es esta común en las «etcheko andres» fronterizas, que viven, con las ventanas de la casa orientadas al Sur, y las del espíritu, en lo que a educación se refiere, orientadas al Norte.

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

Encantados quedaron con esto, y con ver la monumental cocina, con su gran chimenea de campana bajo la cual ardía una fogata. La «ezpetera» de cobres resplandecientes, las doradas «ferretas», la bruñida plancha de Orbaiceta que formaba el hogar, los pesados «suburdinak» o morillos que a los lados del fuego se alzaban con fogaril para las teas...; todo lo encontraban de su gusto.

Acercáronse atraídos por las llamas, y mi tía me dijo:

—He dispuesto el cuarto de don Carlos y el de Pérula. Cuando quieran subir...

—Margueritte—dije yo.—Va usted a descansar en una alcoba y lecho reales. Lucien habrá de contentarse con la habitación destinada al generalato...

—Oh que celá me plait! Es demasiado honor... ¿Pero cómo fué eso? ¿Qué rey ha estado aquí?

—Es una vieja y curiosa historia—dijo doña María—pero demasiado larga para ahora... Ustedes deben estar fatigados...

—Oh no! ¡Cuéntela por favor; aun es temprano! —y luego rectificó cayendo en cuenta:—Perdón! Usted es quien está aquí por nosotros... Estamos molestando...

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

—Nada de eso—contestó la dueña.—Me permitirán que les ofrezca unas tazas de café, y pues parece interesar a la señorita les referiré mis recuerdos de aquel tiempo, ya tan lejano.

Los cuatro nos sentamos en torno del fuego, al que arrimé los extremos de dos gruesos «bazterrekos». Pronto brotaron vivas llamaradas de los troncos, que parecían, un par de mónstruos acostados en la plancha y con el hocico ardiendo...



—«Ya habrán ustedes oído hablar de la guerra civil carlista—dijo D.<sup>a</sup> María dirigiéndose a los dos jóvenes franceses—promovida por el pretendiente al trono de España, D. Carlos de Borbón. Pues bien; el paso por este país de sus tropas que se internaron luego en Francia ganando la frontera por distintos caminos, la deshecha de aquel aguerrido ejército, eso lo vimos aquí.

Hablo de la última guerra, de la de Carlos VII; que no soy tan vieja como para acordarme de la otra,

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

cuando Carlos V. Nuestro difunto padre sí, solía contar cosas de aquélla. De Basterico y de los tiradores aezkoanos, que intentaron fortificar Burguete: las *murallas* que construyeron, las derribaban después los carlistas a patadas, y el propio Radica con una tranca, dió buena cuenta de todo un reducto. Contaba también, cómo D. Manuel Masso—un «chirribist»—quiso unirse a los tiradores, capitaneando una partida de hombres de Burguete. Para eso, los reunió y formó en el amplio corral de esta casa, y él, quiso salir de la cuadra a caballo y armado de todas armas para arengarlos. Pero le sucedió que al desenvainar la espada, lo hizo con tanta furia que la dejó clavada en una viga del techo, y el caballo asustado arrancó al galope hacia el corral, con el belicoso D. Manuel, abrazándose a su cuello para no venir al suelo, y haciendo la más ridícula figura del mundo, bien distinta de la marcial y gallarda que había soñado para lucirse ante sus vecinos. Y éstos que en el fracaso de su caporal barruntaron el suyo propio, rompieron filas y se volvieron a sus casas.

Quien más recuerdos nos dejó fué Pérula, uno de los generales de D. Carlos, más distinguidos y valientes. Pasó nueve días en esta casa, al final de la guerra

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

y nos contó su historia, que habré olvidado. Me parece que había peleado en Africa y en varios levantamientos anteriores; había organizado la primera brigada de Caballería que tuvo D. Carlos, tomó parte en infinidad de acciones, y llegó a ser generalísimo de Navarra o algo así.

Era un tipo muy militar: pequeño, moreno y enérgico. Con nosotras fué siempre sumamente afectuoso; y digo nosotras porque habiendo muerto el padre pocos meses antes, habitábamos mujeres solas en Chikipolit.

Todavía se hacía respetar de sus tropas, pero muchos descontentos desertaban a Francia por los Alduides. Decíase entre los soldados que ya había acabado la campaña, y aun cuando Pérula fuese el primer convencido, se obstinaba en negarlo y hacía esfuerzos por mantener la disciplina.

—D. José—le dije un día—¿es verdad lo que dicen esos muchachos?

—No, no—se apresuró a contestar—Es verdad que nos han quitado Peña-Plata, pero eso no es un golpe mortal. Aun no hemos perdido la partida... Si nos concentramos todos...

Pero me pareció con poco entusiasmo. El mismo día se hacía servir la comida en esta cocina, cuando un



## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

soldado llamó en la ventana con los nudillos. Abrióla mi madre y el soldado desafiando con la mirada al general, dijo:

—¡Patrona; véndame usted un pantalón de paisano, que me voy a Francia!

Pérula al oír esto, se incorporó echando rápidamente mano al revólver, pero el otro se escurrió todavía con más rapidez. Luego oímos un golpe en la pared. Salí yo y vi, que el muchacho se alejaba paso a paso y sin volver la cabeza, después de haber estrellado el fusil contra la esquina de la casa...

Con estas y otras cosas vió nuestro alojado que era imposible levantar el ánimo de aquella gente y reorganizarla. El último día, a las once de la mañana, los formó en la plaza, pero no le dejaron hablar.

—¡La guerra se ha perdido! ¡Nos han traicionado!— gritaban interrumpiéndole.

Después, y en grandes cuadrillas, se marchaban a cruzar la frontera.

Pérula volvió a casa preocupado, y me dijo a mí:

—María, haz favor de llamar a la madre. Me voy esta noche yo también, y tengo ahí un poco de dinero que no podré llevar conmigo. Quiero que me lo guardéis hasta que halle modo de retirarlo.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Llegó mi madre y al oír esto se opuso con todas sus fuerzas.

—¡No podemos encargarnos de su custodia! ¡Las yeguas, la ropa blanca, los cubiertos de plata... todo hemos llevado a Irizarri y a los Alduides, porque aquí no hay nada seguro!

—No importa. Es preciso que lo deje.

—¿Y si nos lo quitan?

—Pues... ¡qué se va a hacer!—dijo el general con gesto de resignación—¡Paciencia!

—Y haciéndonos subir a su cuarto, sacó del armario unas alforjas de cuero. En un lado contenían dos saquitos—de los que se vendían en aquel tiempo con nueve libras de chocolate en pastillas redondas—los dos llenos de duros. En la otra balija había un pañuelo grande de los llamados de hierbas, atadas las cuatro puntas y también atiborrado, a reventar de plata.

—¡Dios mío!—exclamó mi madre. — Es mucho más de lo que yo creía... ¿Cuánto hay aquí?

—No lo sé, señora, no lo sé.—Dijo él, y volvió a suplicar que lo guardásemos.

Aquella misma noche salió sigilosamente al campo. Llevaba un maletín pequeño y pesadísimo, cruzado en la montura. Tras el jinete, su ordenanza a pie, con-

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

ducía un acémila con dos cajas también con dinero. Supimos más tarde, que la siguiente noche pernoctó en la venta de Irabia, donde el asistente desaparecía robándole las cajas.

Nosotras escondimos las alforjas, arriba, entre la hierba; pero inesperadamente se nos llenó otra vez la casa de carlistas, y antes de que pudiéramos sacarlas de allí a sitio más seguro, más de cincuenta veteranos tomaban posesión del granero, mientras los oficiales se distribuían las habitaciones.

Era indudable que al acostarse para dormir, alguno daría con el tesoro oculto; pero ¿como echarlos a otra parte? Como algunos encendían velas sobre la hierba seca para jugar a las cartas, mi madre tomándolo como pretexto rogó a uno de los jefes que los hiciera salir para que no incendiaran la casa... El jefe se limitó a mandar apagar las velas, prohibiéndoles también fumar.

Al otro día salieron todos a una formación, y corriendo subimos a rebuscar en la «belarra». Las alforjas no aparecían; nada más que el heno con la huella de los cuerpos que habían reposado sobre él. Por fin las encontramos: estaban muy adentro. El desgraciado que había dormido sobre ellas, quizá soñaba con un botín parecido.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Decidiendo trasladarlas a otro escondite mejor, las tres mujeres de casa las bajábamos arrastrando por la escalera. De pronto vimos a un ordenanza que subía los peldaños de cuatro en cuatro. ¡Qué apuro! Pero la madre tuvo una buena ocurrencia: se dejó caer sentada ocultando con las sayas las alforjas.

—¿Qué le sucede a la patrona? ¿se ha puesto mala?

—Nada, nada; un mareo. Ya se me pasa...

El ordenanza siguió subiendo deprisa, para bajar al momento con el capote de su amo al brazo.

¡Aliviarse patrona!

—Gracias hijo—suspiró debilmente mi madre. Y en cuanto el otro hubo salido, se levantó con viveza.

Pusimos las alforjas en una canasta con algo de ropa blanca encima cubriéndolas, y como quien va a tender la colada, mi hermana mayor, Agustina, las llevó sobre la cabeza a casa de Oyarbide,—donde había descargue y mucho negocio—para depositarlas.

--¡¡Llévate eso de aquí!!—contestó Ciriaco que era el amo—¡no quiero compromisos!

Y de nuevo a casa con la cesta en la cabeza y su enojoso contenido. Tanto a la ida como a la vuelta, tuvo que ir atravesando toda la calle del pueblo, inva-

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

dida por multitud de soldados que no habían dejado una gallina en un corral.

Esta vez escondimos el dinero en un gran montón de cal que teníamos en la borda. Y aun cuando después nos echaron las puertas abajo en busca de algo aprovechable, y anduvieron pisoteando la cal, nadie descubrió lo que guardaba».

Cortó su narración mi tía para servir el café. Lucien aceptó a instancias más la adición de un poco de leche y una rebanada de pan tostado... Margueritte con su abrigo escocés sobre los hombros y la taza de café sobre las rodillas se acercaba con placer al fuego; había escuchado interesada y esperó la continuación del relato.

«Dos días después de la marcha de Pérula llegó el Rey. Proyectaba hospedarse en Roncesvalles, pero de la Cruz de los Peregrinos le hicieron volver. Había allí mucha tropa de artillería falta de alojamiento e insubordinada y le salieron al encuentro diciendo:

—¡Pase V. M.; pero atrás la escolta!

En consecuencia volvieron todos a Burguete. Aquí, en casa, los soldados que guisaban en la cocina, la entrada y la cuadra, las raciones suministradas por los pueblos de alrededor, fueron arrojados precipitadamente por sus oficiales.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

—¡El Rey! ¡que viene el Rey!

Y Don Carlos María Isidro de Borbón y Austria Este, —¿no era así?— hizo su entrada en Chikipólit con todo su séquito. ¡Era de ver! Le acompañaban muchos altos jefes y un obispo de no sé dónde. Entraron igualmente dos criados negros que luego sirvieron la mesa... Tantos caballos había en la cuadra, que siendo insuficientes los pesebres, los ataron a una soga tendida de pilar a pilar...

Don Carlos pasó a la sala, donde sonrió al contemplar los retratos de la real familia carlista, colocados en sitio visible por mi madre con presteza solo comparable a la que tuvo para quitarlos en cuanto se despidió el augusto señor.<sup>1</sup> Bajaba la cabeza para entrar por las puertas, pues era de gran estatura. Nos pareció ser muy guapo y de majestuoso porte; y llevaba muy airosamente su uniforme, irreprochable desde las lustrosas botas de montar hasta la borla de oro de la boina.

Creo recordar, que uno de sus acompañantes era baztanés y se llamaba Echenique. Este habló en vas-

---

<sup>1</sup> Martín, el de Aoiz, tenía en su comedor un cuadro, que por un lado representaba a Isabel II y a Carlos V por el otro. Y lo volvía, según sus alojados lucieran boinas o morriones.

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

cuencia a la madre y le dijo que los reales bagajes habían seguido a Roncesvalles y si podría ella darles de cenar cualquier cosa.

—Imposible señor. ¿Cómo quiere usted que tenga yo cena para tanta gente?

—¡Sí sí! Ya sé yo que en las casas de la montaña no faltan jamones y lomos en manteca... «arroltzea eta chingarra»... ¡Cualquier cosa, cualquier cosa!

Y les servimos, incluso café... ¡Demasiado para lo que habían de pagar! A la mañana siguiente, domingo de Carnaval, marchó el Rey a oír misa en la Colegiata de Roncesvalles, y de allí siguió a la frontera por Valcarlos. <sup>1</sup>

Se dejaron en esta casa el estandarte real, que era grande y pesado y nadie quería en aquella confusión cargar con él. Estaba rollado y envuelto en un cilindro de badana. Mientras pasaban y pasaban hacia Francia, hombres de boina colorada, formando un triste y lealísimo cortejo a su vencido monarca, al que nada podía darles ya, mi madre se asomó a la ventana con la bandera. Temía y con razón, que si las tropas del Gobierno, que vendrían después, la hallaban en sus manos, incendiarían Chikipólit.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

—¡Que se han dejado *esto!*

Pero nadie le hacía caso. Desfilaban los que fueron disciplinados, valientes y lucidísimos batallones, los que admiraron a Europa, convertidos en una multitud desordenada y revuelta. Muchos iban sin armas, otros con prendas de paisano, los que nó, tenían desgarrado el uniforme. Se oían algunos vivos al Rey, de los viejos veteranos que lloraban al romper sus armas... Era... la deshecha.

Y nadie se fijaba en la bandera. Por fin acertó a pasar un alférez muy joven de la escolta real; venía al galope pero pudo verla. Refrenó el caballo, llegó a la ventana y saludando a la enseña con su sable como en la solemnidad de una parada, la terció luego en el arzón y partió de nuevo al galope. Mi madre descansó.

Estas tropas no cometieron excesos, pero no así los alaveses, que maltrechos, fatigados y hambrientos llegaron cuando no quedaban víveres en el pueblo. Como rebuscaban los pobres hasta en la basura, para extraer de ella huesos y pedazos de pan, volvimos a temblar por las alforjas de Pérula, que seguían en el montón de cal de la borda.

Uno de ellos, que traía un macho del diestro, paró a la puerta y dijo a la madre:

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra



## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA

—Patrona, cómprame usted el macho. Se lo doy barato.

— ¡No quiero yo machos!

— ¡Déme usted un duro por él!

Dióselo mi madre y condujo al animal a la cuadra; pero media hora después vino un hombre que vivía al otro extremo del pueblo, reclamándolo como suyo y se lo llevó.

D. Jacinto Olaso, negociante de Villava, para mayor seguridad trajo aquí una partida de vinos, a casa Oyarbide. Los alaveses dieron canilla a las pipas y tumbados en la carretera bebían el vino que corría por la cuneta. Al propio tiempo se iniciaba un fuego en la casa parroquial y era sofocado con baldes de vino.

Con objeto de sacarle dinero amenazaron de muerte al párroco D. Miguel Enekoiz, quien a consecuencia de la impresión recibida, al día siguiente y celebrando la Misa, cayó repentinamente muerto sobre las gradas del altar...

Uno de aquellos infelices, un alavés muy alto y muy grueso, murió aquí en casa, y quizá eso nos libró de los robos y desmanes de los demás que se fueron diciendo:

— ¡Patrona, ahí le queda carne para una temporada!

## J O S E   M A R I A   D E   L U Z A I D E

Fué una cosa horrible la deshecha. Con razón decía mi madre aun antes de verla, acordándose de la de Carlos V: «Guerras tengamos pero no las veamos...»

—¿Y las alforjas?—preguntó Margueritte.

—Las alforjas se las llevó un hombre de Valcarlos, pariente nuestro, llamado Ferrán, para el banquero Inchauspe, en relación con Pérula, quien poco después embarcaba para hacer la campaña de Cuba, amnistiado por el Gobierno.

—Y habiendo ustedes salido tan perjudicadas por la guerra, ¿no tocaron nada de aquel dinero que indudablemente procedía de contribuciones impuestas a los pueblos?

—¡Claro que no! ¡ni un maravedí! En cuanto a su procedencia, allá él.—Y mi tía se dedicó a cubrir de ceniza el fuego muriente. Luego dijo sonriendo:

—Bueno, señores, ya les he cansado bastante con mi historia que a fin de cuentas nada de extraordinario tiene. Ahora a descansar; a la alcoba del Rey y al cuarto de Pérula...

Lucien dormitaba. En los hermosos ojos de Margueritte noté yo, como una chispita centelleante; no sé si era el reflejo de las brasas o el resplandor de la epopeya entrevista.

## UN PAISAJE Y UNA HISTORIA



Me levanté tarde al siguiente día. Abrí la ventana y vi que el sol comenzaba a fundir la nieve.

Al bajar a la cocina me sorprendió mi tía advirtiéndome la partida de nuestros huéspedes. Habían madrugado y después de consultar un mapa, salieron hacia Orbaiceta cuya antigua fábrica se proponían visitar. Me fueron entregadas unas líneas de Margueritte.

Manifestaban nuevamente—lo habían hecho con toda efusión, de palabra—el agradecimiento de ambos a mi señora tía y lamentaban verse obligados a marchar sin despedirse de su dormilón amigo. Al final, decía:

«Yo encontraba interesante el paisaje vasco, pero no sospechaba en este tranquilo país tan curiosos episodios. A fé que los relatos de su tía me gustan más que mis cuadros. Tantos temas como halla el pintor, tropezaría aquí un literato y por eso deploro no serlo. Au revoir. Margueritte».

Tampoco yo lo soy; pero tengo un placer en consignar mis impresiones y anotar mis recuerdos.

BND

BND  
Bordagarai

BND

**E**NTRE Orreaga y Luzaide, en pleno puerto, y muy cerca de la carretera aunque rigurosamente oculto de su vista por un seto de fresnos y unos viejos castaños — está Bordagarai.

Es el caserío poético por excelencia. Visto de lejos, del alto de Ibañeta, se aprecia lo extraordinariamente sugestivo de su situación: colgado en una de las grandes montañas que se apelotonan y se enlazan para formar la magnífica barrancada presidida por el coloso Astobizkar. De cerca, si recuerda una decoración por lo pintoresco, armonioso y compuesto del conjunto—sus grandes árboles casi pegados a la casa, el rosal trepador que la viste a medias y el cercano regato que la alegra,—la creación del más inspirado escenógrafo no lo superaría en belleza.

Y en Bordagarai viven, trabajadores y felices, Bethi y Madalen adorando en su hija única la hermosa Guechina... Pero a todos veréis.



—¡Tí, tí, tí, tí, pu... rra!

La neskacha, con el cedazo del maíz en una mano y el cuenco de la «ahatien-bazka» en la otra, sale a la puerta del caserío. A su voz las gallinitas grises, negras y rojas, acuden a la carrera con las alas entreabiertas, y se disputan a los pies de ella, los dorados granos.

—¡Biri, biri, biri...!—llama después.

—¡Cuá, cuá, cuá cuá!—le contesta una algarabía de patos en el remanso del arroyuelo. Van saliendo del agua y se acercan todos, sacudiendo ruidosamente las húmedas alas y meneando después la colita.

Guechina distribuye la matinal pitanza, que presto desaparece en los buches glotones, y se queda contemplando los viejos árboles y los verdes brotes con que en ellos se anuncia la primavera.

¡La primavera! Más que en los verdes brotes, más que en el cielo que empieza a verse libre de boiras, más que en las flores que nacen y que en el ambiente



## B O R D A G A R A I

que se perfuma, la sñente Guechina en su corazón, donde por primera vez brota el amor, todavía en capullo, en estado de presentimiento indefinido y vago, pero también inquietante y tenaz...

«Amodiuak bainerabila

Aren bortan leyuetan...»

El cuadro de alegres colores que presentaba el campo al florecer puso una sonrisa de ilusión en el bello rostro de la neskacha; una sonrisa que era como otra primavera.

Y como si en el fecundo ambiente primaveral, hasta los sueños de amor hubieran de germinar realidades de dicha; como si por ser la neskacha bella cual un hada, le bastara como a las hadas, su deseo para lograrlo todo; allí venía, dejando la carretera por la senda que conduce a Bordagarai, el más apuesto mutil de cuantos ella hasta entonces viera.

Llegaba el joven, con su hatillo al hombro, suspendido de la makila, y vestía su traje negro de día festivo.

—¡Buen día!—saluda; sin separar sus admirados ojos de Guechina.

—Así sea para tí—responde la muchacha ruborizándose como si sus pensamientos de hacía un instante pudieran haber sido descubiertos.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

En cuanto a él, bien quisiera decirle algo amable, pero piensa, que si su viaje a Bordagarai no resulta infructuoso tiempo tendrá de hacer madrigales en su honor.

—¿Está el señor de casa?

—Sí; es mi padre —dice ella.—Voy a llamarle...

Y dejando al forastero, entra en el caserío, acompañada por la mirada de él.

Mientras su hija lo busca por casa, Bethi, el amo, viene de la huerta desde donde ha visto al recién llegado. Es Bethi un guizón de facciones pura y castíamente vascas, bordea el medio siglo y es en extremo bondadoso, sin que en esto aventaje a Madalen, su mujer.

—¡Bien venido a Bordagarai! —dice afable y llanamente—¿qué se te ofrece?

—Yo, señor, me llamo Lorench y soy hijo de Manezaundi el de Eialarre, que ya murió...

—¡Excelente hombre! Le compré una novilla en cierta ocasión... Pero sigue, sigue.

—Y ahora, vivía yo en casa con mi madre, cuando he sido llamado al ejército por causa de la guerra.

—Ah vamos, de modo que...

—He desertado, si señor... Y como en Luzaide me han dicho que usted necesitaba un criado...

## B O R D A G A R A I

—En efecto.

—Pues aquí me tiene usted por si le sirvo.

—Seguramente; pero no sé lo que pretenderás ganar, porque yo...

—¡Oh, no señor! A mí no me faltan unos cientos de francos para poder quedarme si así lo deseo en la posada de Carricaburu, más o menos tiempo; comiendo y paseando como esos americanos «alferras» que tienen... Pero no me gusta esa vida de vagancia que lleva a los vicios y he prometido a mi madre vivir trabajando en cualquier caserío.

— ¡Bien muchacho! Así era tu padre, y no te faltará donde...

—Pero quería decirle que por la soldada no hemos de disputar; yo me conformaré con lo que usted me dé; como acostumbre...

—Suelo pagarles setenta duros de San Martín a San Martín.

—Por mí, aceptado desde ahora. Si a usted le parezco de su conveniencia...

—Hijo de Manezaundi... de veinte años y con ese pecho de jabalí... «¡Arrayo mutil! ¡ekarzu eskua!»

Y con un apretón de manos cerraron el contrato.

Lorench dijo seguidamente:

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

—Además, no debe ser mucho el trabajo en Bordagarai...

—No; ya ves, he llegado a pasar solo... Tengo dos prados, el maizal y la huerta. Este monte es todo mío, pero no da quehacer... Después, un par de vacas... Y de estos otros bichos caseros se ocupan las mujeres. Tengo también un rebaño de cien ovejas, pero están con un zagal, debajo de Astobizkar y no bajarán hasta noviembre lo menos... Pero... ¡pasemos adentro! ¡que te haga la «etchecho-andre» algo para almorzar! Habrás salido temprano de Eialarre... ¿Por dónde has pasado la frontera?

Y entraron. No sabían que desde la ventana, eran acechados curiosamente por una linda personita, quien al oír que el muchacho se quedaba, sintió en el corazón un salto de alegría...

\* \* \*

Tres meses lleva Lorench en Bordagarai, y hace ya más de uno que confesó su amor a la hermosa Guechina.

En el esplendor radiante de la mañana estival, bajo

## B O R D A G A R A I

la fresca y tupida sombra de los castaños poblados de pájaros cantores, cerca del blanco caserío y junto al arroyo bullicioso, se encontraron.

Lavando arrodillada en la orilla, estaba ella, y viendo su belleza reflejada en el claro remanso. Al aire los morenos y torneados brazos, hundía con placer las manos en la fría corriente, buscando alivio para el ardor de su sangre, caldeada de sol, de juventud... y de amor.

Bajo el pretexto de cambiar su guadaña mellada, él, que con Bethi segaba en el prado cercano, se había escapado por verla. Su airosa figura que hacían aún más esbelta el pantalón azul y la entreabierta camisa, se inclinaba hacia la muchacha amorosamente, mientras le decía:

—Soy muy feliz con vosotros. Estos viejos castaños son iguales a los que rodean nuestro caserío de Eialarre... Allí baja, lo mismo que éste, un regato junto a la casa, y en él lava mi madre con su «latxa-arría» como lo haces tú... Idénticas flores nacen en nuestros prados y huerta... Sólo una he visto aquí, distinta y más hermosa que todas...

—¿La «arrosazuri», la «yulufria»?

—No; ¡es mucho más linda!

## J O S E M A R Í A D E L U Z A I D E

—¿Y no sabes como se llama?

—Sí; se llama Guechina.

—¡Oh qué gran hablador!

—¡Más hermosa que todas y que todas juntas!...

Por eso la quiero para mí.

—¡Lorenc!

—¡Guechina «maitia»! ¡Qué dicha tan grande es tu cariño! ¡En buena hora me ocurrió pasar la frontera!

—Pero no lo digas...

—¿Crees que hice mal? Si así fuera, Dios no hubiera permitido que te encontrara a tí... y que me quisieras.

—Es que en este mundo todos los pillos tienen suerte...—dijo la muchacha con picaresca sonrisa; levantándose y recogiendo la ropa.

Los dos se marcharon muy juntos hacia la huerta, al otro lado de la carretera. Ella escuchaba embelesada las promesas de él:

—Es hora de hablar a los padres...

Y pronto se perdieron ambos bajo la fondosidad del castañal, poblada de pájaros cantores.

Por el mismo camino que trajo Lorenc viene Bethi, y se encuentra con Madalen que sale de la casa.

—Venía buscando a Lorenc.

—No lo he visto. Salgo a buscar a Guechina.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## B O R D A G A R A I

—No sé de ella... ¡Estarán juntos!

—De seguro —dice Madalen, con tranquilidad que asombra a Bethi.

Hay una breve pausa, durante la cual, marido y mujer quedan pensando en lo mismo, y al cabo declara él;

—Bueno; si he de decir la verdad, me alegro de eso. Me voy haciendo viejo, y Lorench tan honrado y trabajador, es el yerno que yo soñaba...

—Y tan bueno... Yo lo miro como a un hijo—Y termina Madalen después de otra pausa:—Pero habrá que arreglar las cosas. No está bien que vivan bajo el mismo techo...

—No está bien...

\* \* \*

Quando llegaban los enamorados al borde de la carretera oyeron gritos; luego el creciente ruido de un carruaje. Un instante después aparecía en la curva la diligencia, el coche correo, que bajaba la cuesta allí muy pendiente, al galope de sus dos caballos. Sin embargo, viendo que los collarones parecían salirse por las orejas de los animales, se comprendía que éstos no

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

iban desbocados. Era sin duda que el coche sin frenos se les venía encima y les obligaba a galopar, siendo vanos sus esfuerzos por contenerlo. Tampoco traían conductor; el pescante estaba vacío.

Lorenych comprendió que a semejante velocidad no lograrían tomar el siguiente viraje, y como el coche llegaba ya a ellos, separando con un ademán a Guechina, se adelantó más que a la orilla de la carretera, y al pasar los caballos a su altura, se lanzó con un salto de tigre a la brida del más próximo.

El caballo, asustado, se echó al lado opuesto, empujando a su compañero y arrastrando a Lorenych que seguía sin soltar la rienda. Entonces las dos ruedas de aquella parte entraron en la cuneta que no era profunda, y después de rodar así una docena de metros perdiendo impulso, rompióse una de ellas contra un peñasco y se detenía el coche. Todo había ocurrido en pocos segundos.

Acudieron a abrir la portezuela y vieron el desnivelado interior, ocupado por tres viajeros enfundados en sus guardapolvos y los tres ilesos. Uno era alto y flaco con bigote y perilla grises. Frente a él, en la banqueta que caía, estaban empotrados un señor grue-



so y una dama de mediana edad. El susto recibido les impedía moverse y salir de allí.

—Ma foi!—gemía el gordo—Nous l'avons échappé belle!

Al descender colmaron de gracias a Lorenci por su eficaz y valiente intervención. Luego fueron paseando hasta el pretil de la curva siguiente, a treinta metros sobre el río, y volvieron horrorizados.

En esto llegaban, el cochero corriendo por un lado y Bethi tranquilamente por otro. Manifestó el primero, que al bajar para sustituir una zapata gastada de la máquina, las caballerías habían roto a trotar solas.

Siendo del todo imposible continuar a causa de la avería, desengancharon, soltando también las ruedas delanteras. Apoyaron el eje mutilado en un carro de vacas que trajo Bethi, y así pudieron el casero y el mayoral seguir con el coche a Luzaide, prometiendo volver en otro para recoger a los viajeros.

Pasaron éstos al caserío acompañados por los jóvenes y fueron acogidos obsequiosamente por la buena Madalen, enterada del suceso.

El señor de la perilla gris, a quien llamaban sus compañeros Paul, mostró al despojarse de su guardapolvo, un rojo botón en la solapa. Dijo ser militar reti-

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

rado y residente en Bayona, junto con su hermana y cuñado, presentes allí. Añadió que venían de visitar la Colegiata de Roncesvalles, adonde habían llegado la víspera.

Ofrecióse Madalen a improvisarles una comida a base de pollos y huevos, y ellos aceptaron al saber que su viaje quedaba interrumpido por un par de horas.

Mientras las mujeres trajinaban en la cocina, entróse en ella familiarmente Mr. Paul, y preguntó a Madalen si Lorench era hijo suyo.

—No señor. Es un desertor francés que entró aquí como criado. Pero es de una buena casa de Eialarre.

—¿Desertor? dijo sobresaltado el ex militar.

—Así es, señor. Y excelente muchacho.

—Oh certes, c'est un brave garçon!—aprobó él con espontaneidad. Y luego dijo para sí:—Cependant...

De la puerta se volvió para preguntar a la «etchekoandre»:

—¿Permitiría usted, señora, que él nos acompañara a comer?

—Como usted mande.

—Muchas gracias; voy a decírselo.

Y seguidamente buscaba a su salvador obligándole a

## B O R D A G A R A I

aceptar el convite. Después de ganar su confianza con esto y unas frases amables, le interrogó así:

—¿Es cierto que eres desertor de Francia?

—Cierto es, señor.

—¿Y no te has arrepentido de tu decisión? ¿no desearías volver?

—De ningún modo, señor.

Piénsalo. Yo puedo hacer que seas recibido por la autoridad militar, sin dificultad y sin castigo. Aunque hayas sido declarado desertor, yo puedo arreglar tu asunto... Aprovecha esta ocasión de rehabilitarte.

—Muchas gracias señor, pero me quedo. Estoy bien aquí.

—Si... estás bien; pero día llegará en que desees volver. Siempre el desterrado y el desertor acaban por encontrar oscuro, cielo que no es el de su patria...

—¡Ah, señor! ¡Es que toda Euskal-erria tiene el mismo cielo!

—Bien, bien, pero no es eso solo. Se trata de tu honor... Tu patria está amenazada, y mientras tus hermanos pelean por ella como unos bravos... tú estás aquí guardando gallinas... como una mujer.

—No esperaba que me llamase cobarde, señor.

—No he dicho tal cosa, amigo mío. Tengo bien pre-

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

sente el inmenso servicio que nos has prestado, exponiendo tu vida sin vacilar por unos desconocidos... Por eso mismo me intereso por tí de tal manera... Y por eso, porque has probado tu valor y tu abnegación, me atrevo a decirte que me extraña cómo no haces lo propio por tus hermanos que luchan y por tu país en peligro.

—No llegarán, no, a Euskal-erria los alemanes... Y mis hermanos, digo yo que han de ser los de mi raza y mi lengua: los euskaldunas de aquí y de allá...

—Ese es un criterio muy egoísta. Si todos pensaran como tú...

—No habría guerras...

—¡Infeliz! Lo que no habría es justicia en el mundo. La libertad de los pueblos débiles sería atropellada... ¿No sabes que la unión hace la fuerza? Si las distintas regiones no se consideraran iguales y no se unieran fraternalmente para su defensa ¿qué sería de la independencia nacional? Por eso la libertad, la igualdad y la fraternidad constituyen nuestro glorioso lema.

—No es pues, mucha libertad, ni mucha fraternidad tampoco, que los vascos hayamos de ir separados y a lo mejor enemigos, porque seamos de un lado de los montes o del otro...

## B O R D A G A R R A Í

—Tú no entiendes de eso. Otros de mejor cabeza que tú marcaron las fronteras...

—Mejor cabeza, de seguro, señor. Pero quizás tenían peor la intención. ¿Ya eran euskaldunas?

--Además, no te figures que es tan absurdo y anti-natural, que los vascos montañeses siendo un mismo pueblo, pertenezcan a uno u otro Estado según la vertiente que habitan: también las aguas de los Pirineos van a un mar o a otro según la vertiente en que nacen... ¿No sabes lo que pasa en Ibañeta? Caen dos gotas de agua casi juntas; sin embargo, una corre al Cantábrico y va la otra al Mediterráneo...

—De seguro señor. Pero es que el agua... no tiene alma. En cuanto a mí, cuando vaya a donde no oiga hablar vascuence, es cuando me parecerá que soy desertor.

—Pues te parecerá mal, y lo siento por tí. Te afeerras a esa idea porque te parece ver en ella una disculpa de tu proceder... Pero no insistiré, nó. Bien ves que sólo el agradecimiento y el interés que me inspiras me movían a aconsejarte el regreso...

—Gracias señor...

Guechina entró en la habitación comenzando a servirles la mesa. Una mesa limpiísima y bien dispuesta.

## J O S É M A R I A D E L U Z A I D É

Lorench, que al principio ocupaba su asiento con timidez, luego, reconociéndose el héroe de la fiesta y atendido por todos, quiso darse tono ante su novia y procuraba hablar con soltura a los señores, como quien no está lejos de serlo.

Después, el vino de España, cuya fuerza desconocía por no ser bebedor, no tardó en producir sus efectos: coloreáronse sus mejillas y aumentó su locuacidad y atrevimiento de modo prodigioso.

Los señores continuaron sirviéndole vino compitiendo en solicitud, instándole a beber y aun dándole ejemplo. Lorench sin darse cuenta del peligro y por agradarles, siguió bebiendo como si de los ligeros vinos franceses se tratara. Le parecieron los comensales antiguos camaradas por los que sintiera vivo afecto, el señor de la perilla gris hablaba muy razonadamente, y era natural y justo entusiasmarse con sus vehementes palabras. Luego, era un amable señor, que contaba emocionantes historias guerreras y que no consentía estuviera seco el vaso de su vecino...

—¡Ah, los brutos alemanes! ¿eso hicieron?.. Gracias, Mr. Paul, no quiero más vino...

—Eso y otras cien barbaridades parecidas. Ya te digo que no respetan ni a las mujeres, ni a los niños...

## B O R D A G A R A I

—¡Qué horror..! Pues compadezco a esa pobre gente de las aldeas del Norte, aunque no la conozco más que a los alemanes mismos; alguno he visto de por allí, pero ni siquiera entiendo lo que hablan...

—Dices que los compadesces, pero es como si te estuviera yo relatando episodios de... la guerra ruso-japonesa; como si no fueran tus compatriotas; como si no te llegaran a tí también las consecuencias de su victoria o su derrota... ¡Como si ellos no estuvieran dando su sangre por conservar a tu madre su heredad!

—¡Qué tendrán que ver mi madre y mi caserío!

—Poco discurre. Tú creerás, que sólo las regiones invadidas y desvastadas sufren la guerra... Si lo que Dios no quiera, fuese ésta desastrosa para la nación francesa ¿sabes lo que acontecería a tu madre?

—¿Qué le podía suceder?

—Pues, que hoy una vaca... mañana un campo... tendría que deshacerse de todo cuanto posee para poder pagar los exorbitantes impuestos con que el Gobierno gravaría la riqueza agrícola, por los gastos de la campaña y acaso también para la indemnización al vencedor.

—¡No, eso no llegará!

## J O S É M A R Í A D E L U Z A I D E

—Ah... no lo sé! Amigo mío: si todos los franceses hacen como tú, es bien seguro que llegará. ¿No es así?

—Claro, claro...— murmuró Lorenoch, quedándose pensativo en extremo.

El oír que otros defendían a su madre, mientras él era un desertor, habíale causado impresión profunda. La ruina del país, pintada como posible, era cosa que le aterraba; por su madre a la que se imaginaba en la miseria; por él, que sin ser heredero de la casa de Eialarre no se atrevería a pedir su hija a Bethi y por Euskal-erria toda, tornada pobre. Por un momento pensó si tendría el deber, si sería mejor para los suyos que fuera a luchar. Ya no le faltaba un ideal como antes, pelearía ahora por Euskal-erria, por su madre y por Guechina... Y siendo tan salvaje como contaban, el enemigo, se le podría matar sin remordimiento... Pero sus ideas se nublaban y confundían; para aclararlas volvió a beber. Y tan sumido quedó el vasco en sus cavilaciones, que no escuchaba a Mr. Paul la nueva y gloriosa historia...

—¿Y cómo terminó el combate, Mr. Paul?... ¡No, gracias, no quiero más vino!

—¡Oh! ¡fué admirable y brillantísimo, muchacho!  
Les cogimos diez mil prisioneros; diez mil...



## B O R D A G A R A I

—...cochinos boches dijo Lorench completando la frase.

—¡Muy bien muchacho; veo que progresas! ¡así se habla! ¡Oh! ¡quién hubiera estado allí! Pero nó; a los que nos sobra valor y patriotismo, nos falta juventud... Y a los que tienen juventud y vigor... les falta lo otro.

—¡Pues yo soy tan patriota como el primero!

—Y te quedas en casa.

—Porque a mí no me han hecho nada los boches. Pero... ¡que vengan!

—Oh là là! ¡Miren el valiente que desafía de lejos!

—De lejos y de cerca y de... A votre santé monsieur!... Y de todas partes. Que a mí no me asusta un cerdo boche ni dos tampoco, «¡arrayol!».

Vació resueltamente otro vaso, y a continuación, pensándolo sin duda mejor, aseguró que era capaz de medirse con una piara de ellos.

Suscitados por Mr. Paul comentarios y juicios sobre la imperial familia alemana, tuvieron necesidad de contener a Lorench, que a todo trance quería ir a ajustar personalmente cuentas con el Kaiser.

—¡Oh, dejádmelo a mí, el gran...

Y en su arrebató no vió a Guechina, que después de atender al servicio de la mesa, salía sin poder retener

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

las lágrimas de pena y de vergüenza... Los franceses cambiaron unas palabras por lo bajo, refiriéndose al enardecido mozo:

—Esto marcha, esto marcha...

El señor gordo se levantó al final de la comida y propuso un brindis por los bravos peludos que luchaban en el frente. Se pusieron igualmente en pie Mr. Paul y la señora, con sus vasos en la mano, y Loreñch abandonando trabajosamente la silla quiso unir el suyo con los de aquellos. Mr. Paul le obligó a sentarse otra vez de un empujón en pleno pecho.

—¡Los desertores no brindan por Francia!

—¡Yo no choco mi copa con la de un desertor!— dijo el gordo.

—¡Ah; por favor! ¡dejadme señores!

—¡No puede ser!

—¡De ningún modo!

—Si es preciso... ¡iré! pero dejadme brindar.

—¿A dónde irás?

—¡A las trincheras, a la muerte, a donde queráis!

--A la bonne heure! C'est vrai?

Por toda respuesta el vasco, puso su mano derecha cerrada y con la palma hacia afuera, sobre la cabeza;

## B O R D A G A R A I

que es a modo de inconsciente y mecánico juramento acostumbrado en el país.

—Brinda pues. Vendrás con nosotros—dijo el condecorado y flaco viajero visiblemente satisfecho de su triunfo.

Lorenc h levantó su vaso; pero tan violentamente había accionado con él que no conservaba una sola gota de líquido. Sin reparar en ello brindó y creyó beber como los demás.

Siguió después hablando sin preocuparse de si le atendían o no. No se dió cuenta de que el señor gordo salía a la cocina donde esperaba el cochero, de regreso hacía rato. No advirtió que de vuelta al comedor proponía a sus compañeros la partida. No se fijó en que Guechina que acechaba una ocasión de hablarle a solas por fin se decidía a hacerlo ante aquellos señores que le sostenían a él de los brazos. Vió solamente que la angustiada muchacha, cerrándoles el paso, le cogía por las solapas para llamar su atención de beodo.

—¿Pero es posible que te vayas?... ¡Lorenc h!

—¡Sí, me voy, sí! ¿No sabes que aquí soy extranjero? ¡Mi hato, Mr. Paul, recoged mi hato! Tú no eres alemana ¿verdad? Ahora verán esos... ¡Diablo de mujer! ¿si me dejarás pasar?

## J O S E   M A R I A   D E   L U Z A I D E

Guechina se apartó dejando que salieran de la habitación, pero tuvo que apoyarse en la mesa para no caer. Sobre el blanco mantel se extendía una gran mancha de vino derramado; al verla, y como si fuera de sangre, le apretó el corazón un presentimiento.

—¡Lorench!—llamó precipitándose a la puerta del caserío.

Pero su novio seguía del brazo de Mr. Paul, quien lo llevaba hacia el coche ya enganchado, sin dejar de perorar, para que no se enfriara el bélico ardor del joven, ni le ocurriera a última hora volver de su decisión. La señora estaba instalada en la diligencia, y el señor gordo se despedía de Madalen, dándole las gracias y pugnando en vano porque le tomara unos francos. Le decía también, no así precisamente, sino en el castellano al uso de los tenderos bayoneses:

—Yo espero señora, no les va a molestar que su criado les quite. El va voluntariamente a llenar su deber...

—¡Que la Virgen de Roncesvalles le guarde!—respondió Madalen consternada—Pero la verdad: no sé qué pensará de esto mi marido...; aún no ha vuelto con el carro... ¡Tan inesperado ha sido todo!

—Tenía que llegar. El había cedido a los ruegos de

su madre, pero es un buen patriota. Un día o el otro les hubiera quitado.

Con esto, volvióse a Guechina,—que tenía el alma puesta en los ojos y los ojos en la diligencia—y le dejó sin que ella notara unas monedas en el bolsillo del delantal, diciéndole; también sin ser oído, algo que parecía una burla cruel:

—Para que tú compres un lindo pañuelo en el mercado de San Juan.

Y se fué hasta la inmediata carretera. Cuando el grueso personaje ponía el pie en el estribo haciendo ceder con su peso los muelles, oyóse la voz de Lorench que cantaba dentro del coche:

«Adio Euskal-erri maitea

Adio, erri pare gabea..!»

—¡Nó, eso nó!—le interrumpía Mr. Paul—Yo te diré lo que has de cantar.. Escucha:—y entonó a media voz—Allons enfants de la...

Pero a su vez fué interrumpido por la brusca arrancada del vehículo, el golpear de los cascos y el cascabeleo alegre de las colleras.

Guechina, a través de sus lágrimas, vió perderse el coche en la revuelta dejando como flotante estela sobre el camino, los ecos de una canción. Ella la había

## J O S E   M A R I A   D E   L U Z A I D E

escuchado antes, en Arnegi, a los douaniers y gendarmes cuando se emborrachaban, y a los niños de las escuelas municipales cuando recibían la visita del maire, con su faja tricolor...

Al cesar de oirla, entró en casa gritando como una loca:

—¡Madre mía! ¡se va..! ¡se lo llevan!

\* \* \*

Más triste y más frío que otros años, ha llegado octubre a Bordagarai.

Durante largos días, el son monótono de la lluvia ha tamborileado en el tejado de pizarra del caserío y en el espeso follaje de los árboles que lo circundan.

Desde el amarillo pálido hasta el rojo violento, todas las tonalidades otoñales triunfan en la frondosidad del castaño. Pero como no las ilumina la alegría del sol, sino la luz blanquecina que se filtra por el húmedo tamiz de las boiras, está triste el paisaje; y este espectáculo que se ofrece a los hermosos ojos de Guechina, bastaría para contristarla, si hubiera en su pecho lugar para un nuevo dolor.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

Guechina, desde la puerta, contemplaba la fronda, que con el verdor del verano y en la quietud rumorosa de las noches estrelladas, fué el dosel que ocultó a los astros su felicidad; su felicidad perdida para siempre, puestó que Lorench ha muerto en la guerra. Las grandes hojas amarillentas dejan caer lágrimas cuando un soplo del viento las hace temblar...

Fija después sus miradas en el arroyo que un día los reflejara juntos en el limpio cristal del remanso, y que ahora se despeña caudaloso y turbio.

Una bandada de palomas que emigran del Norte sangriento, cruza veloz por entre las copas, desorientada en la cerrada boira.

Al roce de un ala tal vez, la primera hoja seca revolotea desprendida de su rama. Guechina observaba cómo al caer al suelo, una ráfaga la barre hasta el remanso; mécese en él dulcemente unos instantes, pero la corriente impetuosa la arrastra luego envuelta en espuma, para deshacerla contra las piedras del cauce.

Y a la bella neskacha, la hoja seca le pareció su propio corazón.

BND



# BND

En la frontera

BND

**D**ESDE Arnegui hasta San Juan Pie de Puerto, la carretera francesa y el río internacional, serpentean juntos, encajonados entre las estribaciones pirenaicas, cuyas pintorescas laderas se reparten a medias los risueños prados y los castañales frondosos.

Cerca de Arnegui, antes de abandonar el barranco para desembocar en la despejada llanura, pasa el camino junto a un grupo de casas denominado «Benthás», y de las cuales unas se alzan en la parte francesa, y otras en la española orilla que pertenece al término municipal de Valcarlos.

Entre las casas españolas llama la atención del viajero una, arruinada casi por completo —la casa de Aguirre,— que debió ser muy hermosa a juzgar por su intacta portalada de medio punto, formada por sillares de dos colores combinados y que luego, en artístico despiece suben hasta el alféizar de la ventana central. Pero este frontis que se mantiene enhiesto como honrando al artifice su autor, caerá también, o lo que es peor, lo tirarán, un día u otro; y algún americano le-

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

vantará en su lugar, una fachada blanca con ventanas de color chocolate. Yo, desde ahora, me reservo el derecho de insultarle «in mente», cuando pase por allí.

Rústicos puentecillos de madera, unían libremente las casas de ambas fronteras, construídas sin duda en los buenos tiempos del contrabando; pues hoy día los distintos pasos se han reducido a uno solo, que es estrechamente vigilado.

El carcomido puente que subsiste próximo a la derruída vivienda, y antes abandonado y solitario, hoy ve muy orgulloso, como los «douaniers» a un lado y los carabineros a otro, le dan con sus armas, día y noche, guardia de honor. Satisfecho está igualmente, porque guarda el recuerdo de mil curiosas anécdotas cuyos héroes fueran contrabandistas, desertores y enamorados... Aquí tuvo también lugar el gracioso episodio de los dos borrachos, Pello-aundi y Pello-chiki; que suele relatarse así:

«Pello-chiki había salido de la taberna alegre por demás, efecto del vino español y de su aplastante victoria al mus sobre Pello-aundi, el jugador hasta entonces, invencible. Al pasar Pello-chiki de vuelta a Francia, tuvo un rasgo de buen humor: quedóse en la exacta mitad del internacional puentecillo, mirando al

## E N L A F R O N T E R A

río y con las piernas abiertas; apoyábase alternativamente sobre cada una de ellas y decía así:

—«Orai Francian... orai Españan... Orai Españan... orai Francian...»<sup>1</sup>

Con este juego, que solo interrumpía para reír a carcajadas, pareció gozar lo indecible durante un rato. No mucho tiempo: hasta que el rencoroso Pello-aundi llegó sigilosamente por detrás y agarrando al pobre Pello-chiki por los fondillos del pantalón, lo tiró al río diciendo:

—«Eta orai... ¡¡chakurrain ipurdira!!»<sup>2</sup>

¿Decís?... Bien; conformes... En vascuence es como tiene gracia el cuentecillo del puente. Del puente este, tan orgulloso de sus historias y de la guardia montada para él, que el río envidioso y filósofo, le murmura:

—No presumas, viejo jactancioso y reumático, no sea que el próximo invierno te arrastre mi avenida. Mayor honra que a tí le cupo a la casa de Aguirre, que albergó a una Infanta de España en famosas circunstancias... y sin embargo, mírala hundida, convertida en escombros... En ese espejo podías mirarte tú, mejor que en el de mis aguas...

<sup>1</sup> Ahora en Francia... ahora en España.

<sup>2</sup> Y ahora... ¡¡al trasero del perro!!—Locución empleada en el país.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Pero el puente, como viejo y terco que es, no da su pasamanos a torcer; y hasta suele vengarse de los insultos recibidos, cuando algún gendarme bigotudo y fumador de pipa, tiende desde él su caña de pescar a las truchas, atentando al rico tesoro que avaro guarda el río...

\* \* \*

Doña Josefa Fernanda de Borbón y Borbón, había nacido en el Real palacio de Aranjuez, en mayo de 1827, y era hija del Infante don Francisco de Paula y de la Infanta doña Luisa Carlota. Era, pues, hermana de don Francisco de Asís, el que fué rey consorte de las Españas, por su matrimonio con doña Isabel segunda.

Estaba doña Josefa Fernanda destinada a brillar en la corte de España, tanto por su alta cuna, como por bella y virtuosa, pero cambió su destino, al casarse, contra la oposición violentísima de su familia, con el señor don José Güell Renté, nacido en la Habana en septiembre de 1818, de ilustre familia y distinguido literato.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## E N L A F R O N T E R A

El gobierno *liberal*, más o menos moderado, que presidía Narváez, juzgó intolerable y condenable, esta libertad que se tomaba una Infanta de España, al unirse a un hombre, voluntariamente y por amor; y los dos nuevos esposos fueron desterrados, y ella desposeída de sus títulos y honores. Hasta creo, que así como un hortelano celoso arrancaría una manzana dañada, a la Infanta se la borró del glorioso árbol genealógico de los Borbones, donde, la que fué su regia cuñada, figura como fruto óptimo...

Mucho debió de sufrir con estos rigores doña Josefa Fernanda quien entre sus relevantes prendas contaba el más acendrado españolismo, pero sobreponiéndose a todo con ánimo esforzado, sin humillarse con estériles ruegos, se instaló en Francia con su marido.

Y en el destierro vivía la morganática pareja, cuando se vió alegrada con los anuncios de un heredero.

Sin embargo, una preocupación constante torturaba a doña Josefa Fernanda, y con mayor insistencia, conforme se iba acercando la fecha probable del feliz suceso. Entristecía al pensar que su hijo, vería la luz primera en extranjera tierra, y buscaba ansiosamente el medio de alejar de sí este dolor, que hería su corazón de madre y de Infanta española. **A todo trance**

## J O S E   M A R I A   D E   L U Z A I D E

hubiera deseado que su hijo fuese español, es decir, nacido en España.

Por desgracia, cuantos proyectos planeaban en este sentido los esposos, presentaban serias dificultades para su realización; porque pasando la frontera con la antelación requerida por la naturaleza del caso, había de serles muy difícil guardar su incógnito y precaverse contra una expulsión inmediata. Por otra parte, tampoco era posible ponerse en viaje y llegar a España con las horas contadas...

Sumida en estas cavilaciones y contrariedades, padecía tanto la Infanta, que llegó a temerse por su salud y por el dichoso término de su embarazo.

Pero todo había de solucionarse satisfactoriamente como veremos.

Don Juan Pedro de Aguirre, era un rico y prestigioso caballero de Valcarlos, exdiputado *foral*, y persona de cierta influencia y relación con la Real Casa. Este señor halló el modo de complacer a doña Josefa Fernanda.

En efecto; convínose entre don Juan Pedro y los jóvenes esposos, que éstos se trasladarían a Arnegui unos días antes del acontecimiento y alojados en una de las casas francesas del barrio de Benthás, sin darse



## E N L A F R O N T E R A

mucho a conocer porque no trasluciese su intención, esperarían allí, a última hora, para pasar al otro lado del arroyo internacional, a una casa española propiedad de unos parientes de Aguirre.

Y así se hizo cuando llegó el caso. Permaneció la Infanta en la parte francesa hasta que por inequívocas señales advirtió el cercano alumbramiento y cruzando el rústico puentecillo para pisar enseguida tierra española, entró por el hermoso portal de la casa de Aguirre, en donde se habían congregado el médico y otras personas llegadas para asistirle, además de sus habituales servidores.

Habíasele dispuesto la mejor habitación, y lucía el fuego en la chimenea construída exprofeso. Le aguardaba un rico lecho, mantenido a conveniente temperatura...

Y allí, a las once de la mañana del día 29 de mayo de 1849, vino al mundo el primogénito del interesante matrimonio Güell-Borbón; biznieto de Carlos IV, salvo omisión o error. Andando el tiempo creo que llevó este «luzaidear» el título de Marqués de Valcarlos.

Hemos dicho que la casa pertenecía a la familia de Aguirre. Era su dueño don Francisco Aguirre.

Esta circunstancia, y el omnímodo poder de don

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Juan Pedro en su feudo, con respecto a las autoridades españolas, hicieron que nadie inquietara en lo más mínimo a los desterrados, quienes prolongando sin temor su estancia, bautizaron solemnemente al recién nacido en la Parroquia de Valcarlos.

Todo el pueblo tomó parte en la fiesta con gran entusiasmo. Hubo banquetes, música y bailes populares como el «yantza-yautzi» y el «madar-dantza». Celebráronse en honor de los proscriptos las graciosas pantomimas que se conocen en el país por «karakotxak» y «atxetatupinak»...<sup>1</sup> Por su parte los ilustres huéspedes correspondieron convidando al pueblo entero y pagando cuanto vino se consumiera. Don Juan Pedro, al salir de la iglesia, arrojaba a los «mutikos» monedas...

---

1 «Karakotxak». Son bailes de conjunto, con «banderari» y «tambor-máyor». De origen o influencia francesa; es interesante la música.

«Atxetatupinak». El público tiene su papel en esta representación. Dos muchachos, sobre su ropa habitual, se visten, uno de vieja («atxo») y el otro («tupina»), con una piel a la espalda. Cogidos de la mano o agarrando los extremos de una cuerda, dan vueltas a la plaza, y los espectadores, a tirones los desnudan, guardándose del «gorri», que viste roja casaca y esgrime un sable de madera, con el que defiende a la estrafalaria pareja. Nadie los toca hasta la tercera vuelta, y a la séptima, si no los han desnudado, quedan vencedores.

Hay otras farsas y pantomimas que se celebran cuando se casa viudo o viuda sin pagar el vino a los «mutiles» y también cuando una mujer maltrata de obra y públicamente a su marido. En este caso la representación se reduce a una cómica parodia del suceso; («astojokua»).

Se autoriza la copia para la investigación.

## E N L A F R O N T E R A

¡hasta de plata! Con lo dicho, quedó tan grabado en la mente de todos este suceso, que es el cuento preferido de los octogenarios «luzaidearres».

A don Francisco Aguirre le regaló la Infanta, un soberbio caballo inglés de pura sangre, alazán, lucero y que tenía por nombre Frnot-blanc. Con dificultad se recuerda en este barranco de animal semejante...; como no sea la yegua blanca que tuvo Paul.

En casa de la nieta de don Francisco, he visto yo dos litografías que le fueron dedicadas a este señor por la Infanta y su marido. Ambas en imperial. La de ella representa una hermosa dama, de tipo algo carnoso como Isabel segunda, envuelto el amplio busto en una manteleta estilo Marie-Antoinette. La de él muestra un tipo aristocrático, que podía ser un romántico o un revolucionario de la época; negros los ojos, la melena, la barba y el corbatín, y vistiendo un entallado fraque. Lleva cada retrato impreso al pie, el nombre y la fecha de nacimiento, y luego se lee: «Lithographié d' après nature par Lafosse. 30 Septembre 1848».

Buscando huellas documentales de este episodio en el registro parroquial, he tropezado con una curiosa partida en el Libro 5.º de Bautizados, al folio 126. Sin duda que el bueno del párroco, agradecido a las ama-

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

bilidades y obsequios de que le hicieron objeto, no se quedó corto redactando el testimonio halagador... Merece leerse.

«Día veinte y nueve de Mayo de mil ochocientos cuarenta y nueve, yo el infrascrito Vicario de la Iglesia Parroquial de Santiago de la Villa de Valcárlos en la Provincia de Navarra, bauticé solemnemente en esta mi dicha Parroquia un niño que nació en esta dicha Villa de Valcárlos y barrio de Pecoqueta en la casa del Sr. Don Francisco Aguirre a las once de la mañana de este mismo día, hijo legítimo y de legítimo matrimonio de Su Alteza Real la Serenísima Señora Infanta Doña Josefa Fernanda de Borbón y Borbón, nacida en el Palacio de Aranjuez en la Mancha, y del Señor Don José Güell y Renté, Caballero de la Sacra Orden de San Juan de Jerusalén, Doctor en Leyes y Auditor honorario de Marina, natural de la ciudad de la Habana, hallados en esta dicha Villa de Valcárlos: se le puso por nombre Raymundo, Roberto, Jorge, Francisco de Paula, Antonio, José, Lorenzo, Buena-ventura: Abuelos maternos Su Alteza Real el Serenísimo Señor Infante Don Francisco de Paula Antonio de Borbón y la Serenísima Señora Infanta de Nápoles, Doña Luisa Carlota de Borbón y [Borbón; paternos el

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## EN LA FRONTERA

Caballero Don Pablo Güell y Fatchó y la Señora Doña Josefa Teresa Renté y Ruiz Pérez Barroso, vecinos de dicha ciudad de la Habana: fué su padrino dicho Señor Infante Don Francisco de Paula Antonio de Borbón, abuelo del bautizado, a quien representó el Caballero Don Juan Pedro Aguirre, Comendador de la Real Orden Americana de Isabel la Católica, Caballero de la de San Fernando de primera clase, y exdiputado a Cortes, natural y vecino de esta referida Villa de Valcárlos, a quien advertí la cognación espiritual y demás obligaciones, y asistieron al acto sacramental los Señores Don Fernando Bezunartea, Diputado Provincial de Navarra, Don Manuel de Masso essno. público de Burguete, Don Miguel Echeverría, Alcalde, Don Juan Miguel Ferrán, Teniente, Don Beltrán Lohitogui, Síndico, Don Beltrán Echeverría, Regidor, Don Francisco Aguirre, vecino de esta, Don Domingo Echapare, Cirujano Titular de la misma, Don Juan Jamar, Maestro, Don Remigio Lebrun, Doctor en Medicina de la ciudad de San Juan Pie de Puerto y Don Ciriaco Oyarvide, vecino de dha. villa de Burguete quienes firman conmigo el Vicario. (siguen las firmas)».

Pero más tarde, y habiendo tenido conocimiento de ello el Sr. Obispo de Pamplona, envió al pobre y ofi-

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

cioso párroco de Valcarlos, un reverendísimo rapapolvos, como se deduce de una nota que aparece a continuación de la partida y que es del tenor siguiente:

«Nota. Queda inutilizada la partida precedente número 24 de este folio y la sustituye la del número 24 del folio siguiente 121, que lo he ejecutado por mandato del Excmo. e Ilmo. Dr. Don Severo Andriani Obispo de esta Diócesis, cuya copia es la siguiente: «El Sr. Gefe político de esta Provincia me copia la Real Orden de ocho de los corrientes en la que se reprueban todos los documentos y aun el acta de nacimiento y bautizo que se hayan extendido, tributando a la Señora Dña. Josefa Fernanda de Borbón los honores y título de Alteza-Real de que está privada por el Decreto de 28 de Junio del año último, así como de todos los títulos que la pertenecían como Infanta de España.

Me acompaña asimismo una copia exacta de la partida de bautismo extendida por V. con motivo de su alumbramiento en esa Villa para que se borre y anule del modo que está extendida; manifiesta también que debiendo V. saber las Reales Ordenes vigentes no debió extenderla en aquella forma.

Por tanto, prevengo a V. que en adelante por lo que pueda ocurrir tenga estas presentes, que inutilice V. la

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## E N L A F R O N T E R A

partida extendida, que extienda otra arreglada en un todo al formulario del Excmo. Sr. Uriz mi digno Predecesor sin anteponer la Esposa al Esposo, que exprese al margen del libro por nota adonde corresponda el número en que ahora aquella se hallará, y que añada lo ejecuta en virtud de este mandato, y de todo me dará V. cuenta cuando esté verificado para poder yo contestar al Señor Gefe político.

Dios guarde a V. muchos años. Pamplona 20 de Junio de 1849.—Severo. Obispo de Pamplona.—Sr. Vicario de la parroquia de Valcárlos.—Dr. Francisco Echeverri.—Vic.º».

Sigue a continuación la partida extendida en la forma ordinaria sin dar tratamiento de Alteza Real, anteponiendo el nombre del esposo al de la esposa y sin enumerar los testigos que asistieron al acto del bautismo.

Y no sé más de los personajes que intervinieron en la historia. Es decir; sí. Del caballero Aguirre nuestro convecino puedo dar alguna noticia. Don Juan Pedro Aguirre fué uno de los siete diputados que se inmortalizaron pactando con el Estado la famosa Ley del 41, por la que Navarra perdió buena parte de sus fueros. Gloria es esta que celebro no haya recaído en ningún

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

ascendiente mío, sin que esto sea poner en entredicho la honorabilidad de aquellos señores.

Así es, que del caballero Aguirre conocemos dos firmas de gran valor histórico: la primera, esta que da testimonio del feliz suceso consignado en el Registro parroquial de Valcarlos, y la segunda aquella que dió validez al lamentable Pacto. La una figura estampada sobre una partida de nacimiento, y la otra... ¡ay!, la otra sobre una partida de defunción...



Y mientras que a la vera de la arruinada casa de Benthas, el carcomido puente y el río murmurador, siguen en su eterna querella y evocan recuerdos de mil curiosas anécdotas cuyos héroes fueran contrabandistas, desertores y enamorados, por el horizonte montañosos cruzan lentamente las boiras, serenas, majestuosas; como probando que nada significan para ellas las fronteras; esas líneas egoístas y arbitrarias que aquí abajo, trazaron los hombres.



# La pipa del bearnés

BND

**E**STA es la verídica historia de Thabako el bearnés, tal y como la oí contar a una respetable abuela de Urrobi, mientras hilaba delante del fuego, en una tarde de invierno.

No pensaba exhumarla del montón donde guardo apuntes de curiosas relaciones análogas, y allí hubiera permanecido indefinidamente ignorada, en espera del rebuscador que la sacara a luz más aliñadamente de lo que yo podré hacerlo y con el brillo de unas galas literarias que yo no puedo prestarle. Pero...

Tan atrevida es la imaginación popular; a tanto lleguen la maledicencia intencionada, la ligereza culpable y la credulidad de las gentes para el mal, que quienes en tales casos poseen la verdad, se ven obligados por su conciencia a proclamarla y a contrarrestar con ella los desastrosos efectos de la difamación.

No sé ni me importa saber, el nombre del mal aconsejado bersolari que en un romancillo de tres al cuarto, presenta a nuestro héroe como un monstruo de salvajes costumbres y de astuta maldad; ni el de la vieja

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

«sorgiña» que ideó la abominable fábula de un Basajaun fiero y montaraz, para aterrorizar a sus nietos.

Thabako—que debía tal apodo a su constante vicio e inveterada afición — era simplemente un hombre bueno, pero a quien su especial carácter y sus secretos desengaños, impulsaron hacia la soledad y la Naturaleza.

Su concepto del egoísmo y la falsía humanos, juntamente con una escéptica idea de la justicia, le hacían rehuir todo trato social; y como el Mowgli de Kipling, vivía feliz apartado de la manada de los hombres.

Este perfecto tipo del misántropo—que no es frecuente en nuestro país—relacionado además por la fatalidad con una desgracia, era propicio objeto de fantasías y leyendas que ahora caerán del todo, sin duda alguna.

En mi relato veréis las *verdades*, en cuanto a este episodio de su vida se refiere. Estas son y estas serán; a despecho del mal aconsejado bersolari y la vieja «sorgiña» que se atrevieron a tergiversarlas a su antojo y traza. Y así, yo digo de ellas, como de sus armas dijo el caudillo franco cuya rota cantan nuestras epopeyas:

**«Nadie las mueva»,**

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

# L A P I P A D E L B E A R N E S



Estamos en un bello lugar de las montañas pirenaicas que todavía ofrecen dudosos contornos perfilados en azul cobalto, a la luz blanquecina del amanecer. Son los montes de la izquierda de líneas suaves y onduladas, de femeninas curvas armoniosas que los hayedos visten con su follaje. Tras de ellos comienza una serie de colinas—hermanas menores—que se multiplican y pierden en lontananza, hacia las tierras bajas que oyen eternamente la canción del mar.

Pero enfrente, en contraste fiero, se alzan gigantes-cos peñascales; moles grises de mil variadas formas y tamaños, que en la indecisa claridad parecen enormes ruinas.

Entre una y otra vertiente, separando lo risueño de lo tétrico, recibiendo de un lado murmurantes arroyuelos y mugidores torrentes que bajan despeñados por el otro, va el río; cubriéndose de espuma en las cascadas, y más abajo, allá, donde se ensancha el valle, regando con sus aguas frías los prados que sirven de

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

alfombra al pueblecito vasco de Urrobi con su blanco caserfo.

El paisaje aparece velado en tonos y sonidos y envuelto en el misterio gris del amanecer. Los rumores del viento en el bosque y del agua en las piedras, sueñan quedamente; con dulzura de oración, con cadencia de sollozos, con místico recogimiento, como no osando turbar el profundo sueño de la Naturaleza.

Lentamente se despiertan los colores al beso milagroso de su madre la luz; y en el horizonte, sobre las más lejanas colinas, una nubecilla que quiso ver al Sol en su cuna, recibe en pago la primera de sus sonrisas irisadas.

La claridad aumenta. De pronto un rayo de sol parece iluminar el ambiente y se ve reflejado en las peñas más altas. En la selva se escuchan los primeros gorjeos y las primeras esquilas en el monte y los prados. A las alturas llega una voz fresca que canta:

«¡Jeiki, jeiki, echekoak!

Argía zabala da...»<sup>1</sup>

Y así amaneció en la montaña un día de primavera; bajo la excelsitud cobijadora y límpida del cielo azul.

---

1 Arriba arriba, los de casa—que ha amanecido ya...

## L A P I P A D E L B E A R N E S

El hermoso espectáculo que vanamente intentaríamos describir, fué presenciado en esa forma por un bordari que tenía mucho de poeta. Con disfrutar su vista diariamente bellezas tales, jamás llegó a miraras con indiferencia o hastío. No obstante la rudeza de su condición, nada había para él comparable a los paisajes tranquilos, a las bravas peñas, a la umbría de los bosques y a la cegadora blancura de la nieve que cubre las cimas pirenaicas.

Encontraba pues, en aquella soledad satisfechos sus amores, que eran su libertad y sus montañas y en ellas se creía más cerca de Dios, de su fin, al que adoraba devotamente en la magnificencia soberana de sus obras.

Por eso lo vemos al comenzar nuestra historia, teniendo encantado su vista por el valle. Se apoyaba de codos en la «sheila», rústico cierre de un corral en cuyo centro alzábase la borda, que era un edificio de piedras sin revoque y con cubierta de tablilla. Allí se albergaban un centenar de ovejas; sirviendo el piso alto de habitación, es decir de cocina, y «sabayado», siempre repleto de fino y oloroso retoño.

Todo ello situado en una especie de meseta; pintoresca posición en una de las estribaciones de la cordi-

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

llera y a la vertiente izquierda del río que describía gran curva para ceñirla. Rodeaban la casa unas tierras de labor en ladera. Más abajo maizales, helechales y húmedos prados que limitaba el hayedo.

Cuando se oyó la voz del madrugador zagal que cantaba, el bordari tras de encender su pipa se dirigió a la puerta de la borda. Abrióla a medias y lanzó un silbido. Enseguida asomaba tímidamente una oveja que al fin se decidía a salir al corral y tras de ella, fueron saliendo otra y otra y otra... El bordari tenía el postigo medio entornado para obligarlas a salir de una en una.

—«Bat, bida, iru, lau...»

Muchas iban seguidas por sus corderitos que hacían corvetas y retozaban alegremente. Todas se esparcían por el corral buscando en vano algún hierbajo.

—«Amasei, emezortzi, emeretzi...»—iba contando el pastor.

Luego, abierta la «sheila» todo el rebaño se precipitó fuera venteando los pastos frescos.

Una hora más tarde el sol estaba ya alto; y las ovejas, que habían ido subiendo a la querencia de un campo de «pahosha», daban a la pradera el aspecto de un terciopelo verde brochado en blanco.



## LA PIPA DEL BEARNES



Era el solitario montañés un hombre que frisaba en los cuarenta, ágil y fuerte en sumo grado; de compleción musculosa y sanguínea. Vestía durante el buen tiempo, camisa blanca y pantalón azul, calzaba abarcas y peales. Por el invierno, añadía a su indumentaria un elástico de Estella y los días de lluvia o de cerradas boiras se envolvía en un pesado «kapusai». Limpio en su pobreza, fuera su aspecto agradable sin aquel ceño adusto y displicente, gesto tan arraigado en sus facciones como la pipa en su boca. Pero bueno será que sepáis lo que sigue.

Hubo un tiempo en Urrobi, en el que todos los case- rianos cultivaban ocultamente tabaco, disimulado entre los maizales. Aseguraban así su consumo con toda economía y pretendían ser su «belarra» tan buena como la nacida en las plantaciones de Vuelta Abajo. La vigilancia acabó con los abusos y a la sazón nadie se ocupaba en procurarse por tales medios la aromática y combustible solanácea... Pero nó: aun quedaba un

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

atrevido cultivador, cuya *huerta* situada en lugares inaccesibles de las montañas, no se había logrado descubrir.

Nuestro bordari que había resuelto prescindir de los hombres en todo y por todo, era su dueño y a fe que había sabido elegir un resguardado rincón. Al otro lado del barranco, en el peñascal, era tan escasa la tierra que solamente se veían en él aislados bojés y a lo más algún roble raquíptico que introducía sus raíces por entre las junturas y resquebrajamientos de la piedra, buscando el camino de los vitales jugos. Nadie hubiera sospechado de semejante sitio.

Una terrible cortadura, como el hachazo de un titán partía en dos la pétrea montaña y en uno de aquellos cantiles—que recordaban los grabados de Doré,—al abrigo del norte, había una cornisa, un saliente que a su enorme altura, por doquiera se mirara, solamente presentaba su base al observador, como gigantesca gárgola en la vertical muralla. Era el más espantoso balcón que imaginar se puede; siempre amenazando desplomarse en el abismo, donde sonaba constantemente la nota grave del río.

Solo cabía para llegar allí, descolgarse desde la cumbre con ayuda de una sogá y esto es lo que hacía el

## LA PIPA DEL BEARNES

pastor. Descubierta casualmente el lugar, buscando no sé si nidos de águila o reses despeñadas, halló el medio de llegar a él con una escala de cuerdas que luego ocultaba en un agujero. Llevó algo más de tierra, que la peña por su forma de media taza retenía bien y plantó el tabaco, no olvidando nunca poner señales que le denunciaran el paso de un extraño.

Con todo eso no le faltó en lo sucesivo con qué llenar su blanca pipa de barro, que no se quitaba de la boca en todo el día y según decían algunos, ni en toda la noche.



Regresaba una de estas el bordari de visitar su huerta.

Había descendido cauteloso todo el peñascal por un angosto camino de cabras y al llegar al río, buscó un recio tronco que servía de puente y no obstante la falta de luz y lo peligroso del paso, lo franqueó con seguridad y firmeza.

Atravesado el río, adentróse por el hayedo, que palmo a palmo conocía, cuando oyó muy próximo un

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

rumor intusitado. Se detuvo con el oído atento, sumamente sorprendido, y entonces percibió con toda claridad el llanto de una criatura que entre sollozo y sollozo decía con una vocecilla angustiada y ya ronca:

—«¡Ama! ¡ama...!».

Enseguida pudo ver una pequeña sombra que avanzaba vacilante, tropezando en las raíces de los árboles, salvando con esfuerzo la red de ramas caídas y procurando orientarse en vano entre aquellas hayas todas iguales, que la negrura de la noche hacía cada vez más confundibles. Vióla también caer a tierra, vencida sin duda por el cansancio o por un obstáculo más y el bordari se precipitó en su auxilio. Un momento después levantaba del suelo a una niñita de corta edad, con su delantalillo desgarrado por espinos y acebos. Mostraba una multitud de crueles y sangrientos arañazos, y fuertemente asida, una pequeña cesta llena de fresas. Imposible parecía que la pobre criatura se hubiera alejado tanto de Urrobi, de donde procedía sin duda.

Pensó el pastor subir con ella a la borda para prodigarle sus cuidados y con intención de volverla a su casa al día siguiente. A la verdad, no era muy risueña la perspectiva de un paseo al pueblo en tales horas con la niña en brazos y cuando después de andar du-

## LA PIPA DEL BEARNES

rante la tarde entera, el descanso y la cena le reclamaban con insistencia. Pero al momento se figuró la inquietud torturadora de los padres, las angustias de aquellos corazones, y sintió el suyo oprimido a tal idea.

Volviendo a la orilla del arroyo tomó un sendero que con él a una bajaba al pueblo. En la sombría hondonada que la humedad del río cubría siempre de un velo gris, hacía frío; y el montañés sintió a la niña temblar entre sus brazos. Entonces despojóse del «lástico» que abrigaba su recio corpachón y envolvióla con él lo mejor que pudo, con maternal solicitud y delicadeza conmovedora.

Así la llevó largo rato, dormida, meciéndola con su paso invariable de andarín, hasta llegar en esta forma al pueblo.

Pronto se vió rodeado de mujeres que le guiaron y acompañaron hasta una casa—que luego supo se llamaba Mariño,—informándole de paso todas a la vez y con grandes exclamaciones, de cómo el padre de la niña con otros vecinos, la buscaba hacía dos horas por el monte. Al llegar a la puerta de la casa, abalanzóse a su encuentro una mujer llorosa y desgrefñada que arrebatando la criatura de los brazos de su salvador, no cesaba de besarla un solo instante.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

Encontrábase el solitario pastor, turbado ante tanta gente, recibiendo de cada uno una pregunta distinta, oyendo a su alrededor congratulaciones y plácemes y contemplando aquella madre que no ponía fin a sus demostraciones de alegría. Cuando ella vino por fin hacia él y le dió las gracias invitándole a pasar el umbral, la miró de un modo extraño, se excusó torpemente y dejando a todos asombrados se volvió hacia el monte.

Al pasar entre las casas oyó murmurar en una puerta:

—¡Es Thabako; que ha traído del bosque a la Anita de casa Mariño!—Y un rapazuelo que se refugiaba aterrado en las faldas de su madre decía:

—¿Y no se la ha comido?

Luego vió brillar río abajo unas antorchas: eran los hombres que proseguían su pesquisa infructuosa. Un poco después apareció súbitamente en Urrobi el resplandor de una hoguera iluminando de rojo las casas próximas. En torno de ella iban y venían los muchachos atizando el fuego y amontonando ramas sobre él. Pronto aumentó la llama considerablemente y en la lejanía, las lucecitas que recorrían el bosque dispersas, advertidas por la señal formaron como en una procesión camino del pueblo. En el cielo, brillaban las estrellas.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

# LA PIPA DEL BEARNES



Cuando a media noche llegaba Thabako a su borda, dejóse caer rendido de cansacio en su cama de helecho; pero le fué imposible conciliar el sueño. Pensaba en su aventura, en su viaje al pueblo con la niña, en aquella madre alocada, primero por el dolor y por la alegría después. Sentíase satisfecho de su acción, pero no de las palabras de quienes le hubieran mirado la víspera recelosamente. ¿Qué hubiera sido de la nena rubia si no por él...? Y tan linda como era la pobrecilla... Una así como ella, quizá mayorcita, pudiera él tener ya, de haber sido constante y firme en su amor una mujer...

¡Oh! era vieja la historia y sin embargo... ¡qué dolorosas huellas, qué penosos recuerdos, qué amarga hiel no destilaba todavía la herida mal cicatrizada!

Nacido en un pueblecito del Bearne y pastor luego en los Alduides, salió de allí a los veinte años para California, huérfano ya. Una linda neskacha le despidió la última, en las afueras del pueblo: era su novia Mari. Esto sucedía en un tiempo en el que la fiebre del

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

oro empujaba a todos los aventureros y ambiciosos del mundo, hacia las ricas minas de Sierra Nevada, y la Columbia británica.

El bearnés que no soñaba con riquezas fáciles, no quiso perderse en aquel turbulento río de los buscadores que aflúa sin cesar y prefirió hacer tranquilamente sus ahorros en su propio oficio; de pastor.

Entró al servicio de un granjero que contaba entre sus vaqueros, con varios vascos; y a los cuatro años de su estancia en la hacienda, bien probadas sus aptitudes; su laboriosidad y su honradez, fué ascendido a capataz y encargado de los pagos.

Aumentó con ello considerablemente su sueldo, pero también su trabajo y sus preocupaciones fueron mayores. De ordinario pasaba el día, del amanecer a la puesta del sol, a caballo recorriendo los campos y vigilando los rebaños.

Era penoso y desagradable aquel continuo galopar, cambiando varios animales en una jornada; amonestando a los peones descuidados y despidiendo a los que lo eran en provecho propio. Otras veces atravesando peligrosas soledades, portador de dinero para sus hombres; siempre expuesto a un robo o a una venganza, y saludando muy alerta, con la mano en la culata



## L A P I P A D E L B E A R N E S

de su revólver, a los viajeros que se cruzaban con él en los solitarios senderos de la pradera.

Cuando anochecido, al llegar a su rancho, se dejaba caer de su montura y buscaba el descanso del lecho; como premio a sus inquietudes y fatigas se le aparecían en deleitosa visión, la placidez de los valles pirenaicos, mil veces más bellos y tranquilos que cuantas tierras conociera. Del mar de sus recuerdos pasaba a sumirse en el de sus ilusiones, y se veía de vuelta al país, casándose con Mari y viviendo felices en un blanco caserío montaños. Solo por eso trabajaba tanto: la risueña imagen de su novia le daba alientos en las horas de cansancio y nostalgia; solo por su amor soportaba privaciones, fatigas y peligros. En su corazón siempre amante y fiel tenía el bearnés el secreto de su fortaleza y el manantial de sus esperanzas. Dos años más, y regresaría, bastante rico para vivir descansadamente con su adorada Mari.

Súbitamente aconteció un desquiciamiento completo. Fué el golpetazo que aturde por lo brutal y descon-suela por lo irremediable: Mari, sin duda cansada de esperar al ausente, se había casado con un hombre vicioso y violento, que de antiguo la pretendía y de quien ella se burlara muchas veces en sus dulces colo-

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

quios con el bearnés. Desde que supo éste la fatal noticia, pudo ver claramente que su vida soñada se rompía, que le faltaba entusiasmo para el trabajo; ya no pensó en economizar ni en procurarse nuevas dichas. Siendo Mari, su norte, su único objeto en la tierra, le parecieron estériles sus afanes pasados. Y quiso volver al país.

Por entonces y cuando menos lo deseara, le llegó algo, que unos meses antes hubiera hecho su felicidad. Heredaba de un lejano pariente, una casa, borda y tierras en el lugar de Urrobi—que no siempre ha de venir la fortuna del nuevo al viejo mundo—El bearnés se despidió del patrón y de sus vaqueros y embarcó para Europa.

Ya en el país vasco, cuyo suelo volvió a pisar emocionado y encaminándose a Urrobi para posesionarse de su finca, tuvo la desagradable sorpresa de saber que a Mari, su marido la daba una triste luna de miel, a base de borracheras y malos tratos, y que ambos se habían establecido igualmente en Urrobi.

Comprendió el recién llegado que difícilmente soporaría la vista de aquella mujer y evitando con cuidado algún encuentro, malvendió la casa del pueblo y retiróse a vivir en la lejana borda rodeada de sus prados

## LA PIPA DEL BEARNÉS

y maizales. Si el dolor le empujó a la soledad de la montaña, luego ésta con sus encantos, le fué atando dulcemente. En rigor, de su vida solitaria de siempre, solo había trocado el escenario.

Así pasaron algunos años sin que nada turbara la paz del bordari en su retiro: entre sus ganados y con su eterna pipa. Llegó a enterarse de ruidosas querellas familiares en las que la pobre Mari sufría cada vez más; el nacimiento de una hija, en nada había aminorado las brutalidades del padre. El bordari, apenado, no quiso saber más de su amada ni de su odioso rival y así fué, hasta esta noche, en la que acababa de devolverles a su casa de Mariño, su hija, la pequeña Anita.

Recordaba la escena de su entrada en la casa, el encuentro con la que fué su novia, después de tantos años; y sobre todo le obsesionaba con la fuerza opriente de una pesadilla, aquella cara, marchita, envejecida, señalada con las huellas del sufrimiento constante; aquel abandonado desaliño tan ajeno a la garrida neskacha que le enamoró...

Transcurría lenta la noche sin que lograra conciliar el sueño bajo el peso de estas impresiones y recuerdos. **En el establo sonaba a veces una esquila...**

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

Cuando llegó la aurora tenía el bearnés en su rostro, sobre la palidez del insomnio los surcos del llanto.

\*  
\* \*

Anita, la chiquitina de casa Mariño, era ya una mujercita de ocho abriles, incapaz de perderse en el bosque según ella. De escapada iba muchas veces a la borda que en el pueblo decían de Thabako el bearnés, de quien era gran amiga. Con esa simpatía desbordante que suelen inspirar a los niños algunas personas extrañas, Anita se había encariñado con el solitario. Cuantas tardes salía la niña a llenar su cestita de fresa o camamila, subía a la borda segura de hallar siempre cariñosa acogida y un «kopor» de leche recién ordeñada. Así la encontramos una tarde junto al desadrido bordari. Hablaba palmoteando muy alegre y el bearnés la oía embobado, olvidándose hasta de encender su pipa, que es cuanto hay que decir.

Véanse aperos arrinconados; junto al fuego un pucherete hervía y se secaban unos peales. En la pared opuesta, un tronco empotrado sostenía rica y pesada montura californiana de trabajados cueros, cuidadosa-

## L A P I P A D E L B E A R N E S

mente cubierta por un paño; del borrén delantero pendía un lazo.

La niña no callaba ni estaba tranquila un momento.

—¡Oye!—decía dando bocados a su «talo»—¿para qué tienes esta sogá larga? Bájala.

—¡Ah picarilla! ¿aún te quedan ganas de correr?

Descolgó el lazo y salió al corral; Anita le precedía muy contenta. El bordari se situó en el centro del recinto y podía verse que tal juego no era nuevo entre los dos amigos. Anita empezó a trotar circularmente, como una jaquita en la pista del circo. Corría y gritaba:

—¡A que nó, a que nó!

El *cow-boy* de la pradera renacía. Dispuso el lazo, lo hizo girar sobre su cabeza una vez, extendió el brazo hacia adelante y soltó...

—«¡Arrapatu aut!»

La niña quedaba apresada con los bracitos pegados al cuerpo. El antiguo vaquero fué atrayendo dulcemente a su prisionera que reía hasta llorar y le dió la libertad a cambio de un beso.

—¡Enlaza aquella estaca...! ¡Dame más «talo»...!  
¡Búscame un nido...!

Y así siempre hecha un torbellino y segura de su dominio. Aquel día quiso ver el dormitorio del bordari.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Llenaban la habitación hojas de tabaco puestas a secar. En un rincón se veía la cama de helechos y a los pies una manta de colores chillones, una especie de sarape mexicano.

Después tomó asiento junto al fuego. Pronto se distrajo con el hervor del pucherete y preguntó:

—¿Te haces tú la cena?

—Es claro, hija mía.

—¿Y por qué no tienes mujer?

—Pues porque ninguna me quiere.

—¡Tonto! díjole Anita cariñosa—yo te quiero mucho y madre también.

—¿De veras?—murmuró el bearnés con aire distraído, a tiempo que su frente se nublaba.

Luego dijo ella con esa volubilidad tan frecuente en los niños:

Bueno, me voy a casa que si llego tarde el «aita» me pega.

—Te acompañaré hasta el río, que he de recoger mis ovejas y tu cordero; y como la bajada es mala y tú estarás cansada voy a llevarte en brazos como aquella noche... ¿te acuerdas?

**Volvióse la niña para replicarle con el tono y aire de una mujer hecha y derecha:**

## L A P I P A D E L B E A R N E S

—Entonces era yo muy chiquitina...

Y dando brincos de cabra se lanzó por la peligrosa pendiente del prado. El bordari sorprendido y asustado la siguió con la mirada, temiendo verla caer, hasta que la toquillita roja fué devorada por el oscuro hayedo.

\* \* \*

Quando la niña hubo desaparecido internándose en el bosque, el pastor echó a andar en busca de su ganado. La alegría que inundaba su alma sonreía en su semblante. El fiero Basa-jaun, el brujo de la montaña —que decían en Urrobi—volvía a la vida, volvía a cantar y a reir como los felices. El cariño y la gracia encantadora de aquella muñequita, eran para él un consuelo tan grande, que de aquel corazón que juzgaba seco, brotó una afección tan honda como paternal. Hasta llegó a pensar el hurraño solitario, en reconciliarse con las gentes y en volver a su trato, pues todos sus secretos agravios se borraban ante las caricias de la alegre Anichu como se funden las boiras a los rayos del sol.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## J O S E   M A R I A   D E   L U Z A I D E

Al bajar en busca de su ganado, volvían a sus labios las canciones juveniles olvidadas, y extrañábase de oír su propia voz modulando las regocijadas coplas.

Desde un recodo del camino vió sus ovejas que pacían en la hondonada y llevándose los dedos a la boca lanzó un penetrante silbido. Algunas levantaron la cabeza. Volvió a silbar y una por una tomaron la senda y fueron llegando a él hasta rodearle en un apretado círculo de lana.

Pero el pastor no les hacía caso; miraba con fija insistencia hacia el peñascal, sobre cuya lejana altura acababa de percibir la silueta de un hombre destacándose en el cielo cadmio donde morfan los últimos resplandores del sol poniente. Tal presencia en aquel lugar fuéle al parecer muy sospechosa, porque saltando de entre sus reses se precipitó hacia el río como un alud despeñado y un minuto después trepaba por las rocas del lado opuesto.

El camino le era familiar y él incansable, mas para cuando llegó a la cumbre, el desconocido había desaparecido como tragado por el suelo. Cosa extraordinaria. Seguro estaba de no haberlo cruzado al subir por el único camino practicable, que faldeando abarcaba toda la montaña, excepto su parte meridional cortada



## LA PIPA DEL BEARNÉS

a pico por la profundísima hendidura en cuyo estribo cultivaba el bordari.

—¿Se habrá sorprendido mi secreto? ¿será ese hombre un ladrón? — pensó éste, y acto seguido se dirigió rápidamente al borde del abismo, a un enorme bloque en forma de dolmen, donde solía ocultar y afianzar la escala. Allí se confirmaron sus temores: la escala estaba tendida... Había sido acechado y descubierto y ahora le estaban robando su «belarra»...

El bearnés se agazapó tras de la piedra, resuelto a esperar a que el ladrón ascendiera con el fruto de su rapiña. No tardó en notar que la escala se atirantaba y crujía bajo un peso... Al presentir la inmediata lucha sintió acelerarse el rudo martilleo de su corazón a impulsos de arrebatada ira.

¡Pero qué! ¿no tenía en su mano la vida de aquel hombre, sin exponerse, con solo destrabar los férreos ganchos de la escala? ¿No contaba igualmente con la impunidad de su delito si tal hiciera?... ¿Lo haría?... ¿No le invitaba a ello aquel paisaje solitario y siniestro del peñascal, parecido a la Sierra Garganta americana, que tan bien conocía y donde nadie daba a la autoridad parte de sus asuntos? Además él, que no podía ampa-

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

rar su propiedad bajo la ley, ni confiaba en la justicia... ¿no la tomaría por sí mismo?

Como centellas cruzaron por su mente estas ideas pero reaccionó al punto; no era la primera vez que el cristiano domaba los impulsos de odio intenso y también pensó no le era posible ensangrentar las manos que habían de acariciar a Anita... Perdonaba... Ya volvía la espalda con ánimo de ocultarse más lejos, cuando un estallido seco seguido de un grito espantoso cortó sus pensamientos y heló la sangre de sus venas... Tentó la escala y la halló floja, y al izarla prontamente, sólo retiraba una corta parte de ella con los cabos deshilachados; el resto con su humana carga había caído al fondo del barranco. En vano procuró el aterrado bordari distinguir nada entre sus negruras.

Había oscurecido y sin embargo una línea roja, como una cinta incandescente, brillaba alargándose sobre las más lejanas montañas...



Era cerrada ya la noche, cuando el bearnés, que había descendido al fondo de la quebrada, avanzaba

## LA PIPA DEL BEARNES

por el cauce del torrente con el agua a la rodilla, buscando al caído. Horrorizado por tamaña desgracia caminaba cierto de hallar el cuerpo en el río mismo al pie del fatídico saliente del acantilado. Una angustia indecible le oprimía el pecho y sentía temblar sus piernas en las aguas frías que saltando bajaban hacia él, salpicándole al rostro blanca espuma. Ellas ya *le* habían visto y lavado su sangre...; por eso sin duda, por huir del cuadro de muerte, venían tan atropelladas y mugidoras... Inútilmente hubiera intentado el bordari proférer un grito de auxilio, si la voz pudiera servirle de algo en tan remotas y escondidas soledades.

Las grandes piedras, los caídos troncos que víctimas de avenidas y desprendimientos abundaban en el cauce, eran otras tantas emociones para quien creía encontrar en ellos un cadáver. Sentíase desfallecer de cansacio y ansiedad, desconcertado por lo infructuoso de su pesquisa que juzgaba haber efectuado minuciosa y sobre el debido terreno, cuando vió claramente un cuerpo humano boca abajo en el agua: esta vez estaba seguro de no engañarse.

La corriente lo había empujado en el remanso hasta el borde de un escalón, de una pequeña presa, y allí pugnaba por precipitarlo abajo, dándole movimientos

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

que con apariencias de vida, dieron al bearnés una débil esperanza que bien pronto se desvanecía.

Con más serenidad de la que él mismo se reconociera capaz poco antes, tomó el cadáver por los pies y lo arrastró a la orilla. Unos instantes, la cabeza del muerto quedóse pendiente fuera del escalón en plena cascada: oscilando a los golpes del agua trágicas afirmaciones...

En la menguada orilla al pie de la muralla, dió vuelta al cuerpo, hasta dejarlo mirando arriba, a lo alto, con sus ojos abiertos; como midiendo el salto que había dado.

El bordari contemplaba aquella cara y no daba crédito a su vista; se creía alucinado por sus recuerdos, perseguido por los fantasmas de sus diarios pensamientos. En vano quería servirse de su mojada yesca obcecadamente. Le había bastado la luz de la luna para adivinar en aquellas contraídas facciones los rasgos del padre de Anita, su antiguo, su eterno rival.

Aún tuvo fuerzas el atribulado pastor para llevar la noticia al pueblo.

# LA PIPA DEL BEARNES



Ya hemos llegado al final, que resumiré, de nuestra historia. Esto que parecía un triste desenlace, pero entrañando quizá la solución feliz, fué por el contrario la infelicidad, la desgracia mayor en la vida de Thabako. Vióse preso y acusado de asesinato, y aunque se le libertó por no poderse probar nada contra él, es lo cierto que condenado por antecedentes y apariencias, jamás fué su inocencia proclamada por la gente del pueblo, incluso Mari, quien prohibió severamente a la pequeña Anita, que continuara visitando a su viejo amigo. Abstúvose la niña de hacerlo por entonces, aunque más tarde quebrantó el mandato de su madre.

El bearnés, tras de estas implacables amarguras y de muchas lágrimas, volvió a ser el hombre solitario, intratable y huraño. Verdad es que nadie buscaba su compañía en la apartada borda; donde un día le hallaron muerto con la pipa en la boca.



Esta es la verídica historia de Thabako el bearnés, según la oí contar a una respetable abuela, mientras hilaba delante del fuego, en una tarde de invierno. Se llamaba Anita la anciana y era «etcheko-andre» de casa Mariño...

Antes de que los relatos fantásticos y calumniosos y las canciones infames, me recordaran la verdad contenida en el relato de Ana y copiada en mis apuntes, he pensado muchas veces en el hombre desgraciado y extraño que fué el conocido por el raro nombre de Thabako. Vedlo tal como a mi imaginación se aparecía:

Es de noche; el bordari apoyado de codos en la «sheila» de su corral fuma su pipa y contempla en la lejanía las luces de Urrobi formando caprichosa constelación de la que prefiere un astro: el que brilla en Mariño. Nada más se vislumbra, a no ser la mole confusa del peñascal. La roja brasa de la pipa, avivada a intervalos, alumbraba con resplandor también rojizo,

## LA PIPA DEL BEARNÉS

las facciones bondadosas y enérgicas. Luego las húmedas boiras van envolviéndole en sus cendales y velando las luces del pueblo que a poco desaparecen del todo. Por fin, se confunden el cielo y la tierra en la oscuridad absoluta donde tan solo se percibe como un punto de fuego: la pipa de Thabako el bearnés.

BND

BND



BND

Los santos lugares de  
Roncesvalles

BND

## La Cruz de los Peregrinos

Está la Cruz, al borde del camino,  
y por muchas centurias, en la vía  
a sus pies se postraba el peregrino,  
que a Compostela marcha en Romería.

Dicen que ella quizá, marcó el destino  
del rey Teobaldo,—el que cruzado iría—  
y que al herirla su fulgor divino,  
doña Juana lloró su apostasía....

Hoy tan solo recibe el homenaje  
de la nieve, que forma para ella  
un dosel argentado en el ramaje,

y el sol, que intenta apresurar su paso  
por besarla con luz dorada y bella,  
**en la paz misteriosa del ocaso.**

## Las ruinas de Ibañeta

«Estos Fabio, ¡oh dolor! que ves ahora  
campos de soledad, mustio collado...»  
este muro ruinoso y agrietado  
que el sol poniente con sus rayos dora...

fué en un tiempo morada acogedora,  
que al viajero en los bosques extraviado  
por la nieve y las «boiras», ha guiado  
de su espadaña con la voz sonora.

La gloriosa pared, aún sigue enhiesta;  
con respeto y amor sostén le presta  
la hiedra, que parece temerosa

de que el postrer sillar, rueda caído,  
y huya la tradición que allí reposa,  
como alondra que ve deshecho el nido...

## La fuente de Roldán

Escondido rincón, honda espesura  
que la luz atraviesa tamizada;  
aquí cayó Roldán, y aquí su espada  
origen dió a la fuente fresca y pura.

Esta tierra con hojas alfombrada  
y rica en plantas de gigante altura,  
testigo fué, de cómo una bravura  
fué por otra bravura superada.

Cuando el cierzo invernal con furia azota  
las ramas del hayedo, de ellas brota  
un doliente y melódico sonido...

y es como un eco de la voz remota,  
que agorando la muerte y la derrota  
vibró en la trompa del guerrero herido.

## El Sepulcro de don Sancho

Contemplad la vidriera luminosa:  
el rey don Sancho, con su invicta espada  
las musulmicas huestes anonada,  
batallando en las Navas de Tolosa.

De jornada tan dura y tan gloriosa  
donde la fé de España fué salvada,  
en esta sepultura bien labrada,  
el indomable campeón reposa.

Bien digno fuera de llamarse el Fuerte,  
del triste olvido y de la fría muerte  
su heroísmo le dió victorias ciertas:

obras tan bellas los artistas hacen  
inspirados en él, que así renacen  
a una vida inmortal las glorias muertas.

## La fuente de la Virgen

Como viera el pastor, de la Señora  
mirad la fuente, oid sus melodías  
cuando es rodeada por las auras frías  
a la luz opalina de la aurora...

El secreto hallaréis de la sonora  
canción del manantial en las estrías;  
es que va desgranando avemarías  
en la mística paz de cada hora.

¡Un filtro de salud! De hallarle trata  
Maitagarri, benéfica hechicera;  
con agua clara y limpia como nieve

llena en la fuente un ánfora de plata,  
y se aleja, quedando en la pradera,  
de su desnudo pie, la huella leve...

## El camino de las procesiones

¡Romerros de Valderro y de Valdearce!  
pesadas cruces en los hombros rudos...  
largos caminos y los pies desnudos...  
pero la paz del alma les resarce.

Van rezando el rosario, reverentes,  
todo lo largo de la caminata;  
y es un rosario, de la Colegiata,  
la hilera negra de los penitentes.

Ya tras la verja de forjado hierro  
con suave resplandor la imagen brilla  
presa en florido y luminoso encierro

Pedid allí, a la Virgen sin mançilla  
que ella conserve vuestra fe sencilla,  
¡romerros de Valdearce y de Valderro!



## La celda prioral

El místico, el filósofo, el asceta...  
no hallarán más poético retiro  
que el de esta celda, donde ya respiro,  
ciencia, virtud y el aire de Ibañeta.

A evocar una histórica silueta  
aquí por fuerza del recuerdo aspiro:  
¿a don Francisco de Navarra miro,  
o es, aquél don Martín de Azpilicueta?

Con la alta gloria de un vivir preclaro,  
la merced recibida devolviera  
quien de la vieja celda halló el amparo;

y tuvo el que vivió bajo su techo,  
una ventana que Astobízkar viera  
y una cruz verde que ostentar al pecho.

## La tala

Está el hermoso bosque condenado.  
De la afilada «aizkora» el golpe estalla;  
el eco lo repite y solo calla  
ante el fragor del árbol derribado.

El gigante, desnudo y amputado,  
en lecho de hojas descansando se halla...  
¡Y son tantos!... Un campo de batalla  
triste, infinitamente desolado.

Los que en pie restan, de verdor cubiertos,  
están velando a sus hermanos muertos  
llenos de luna en las tranquilas noches...

mientras la brisa que la selva orea,  
entre las copas ondulentas crea  
un coro de lamentos y reproches...

## LOS SANTOS LUGARES DE RONCESVALLES

### El monte

¡Roncesvalles!... Su espíritu percibo  
de la gris Colegiata en los sillares,  
las naves de su iglesia, los millares  
de viejos documentos de su archivo...

¿Pero acaso no está latente y vivo  
entre los nobles troncos seculares?  
¡Oh venerable hayal! ¡Santos lugares  
donde mejor lo siento y lo concibo!

Por eso, y además, por elegida  
de un Ave celestial que en ella anida,  
respetad esta selva. Al fin se escuche

mi ruego y la razón que al ruego apoya:  
Pues de tal calidad habeis la joya  
procurad la belleza del estuche...

Envío

¡Reina de Roncesvalles!... Bien parece  
inagotable ser la rica veta;  
falta la inspiración quizá, al poeta,  
mas de objetos loables no carece.

Como una planta que al morir florece  
esta labor que aquí, tiene su meta,  
seguirá pobre, mas será completa  
si con rendido amor a tí se ofrece.

Mis versos te dedico y mis amores,  
cual un puñado de silvestres flores  
esparcido a tus pies. Así comparo

las estrofas humildes y sinceras:  
¡Brotaron para tí y en tus praderas  
como las margaritas de Andresaro!

## La canción del bosque

### I

Suave rumor que a mis oídos viene,  
la caricia del viento en la floresta...  
Suave rumor, que en su «crescendo» tiene  
los vibrantes matices de una orquesta...

Luego es una canción, la del bosque,  
compuesta de mil notas expresivas  
que el huracán arranca del ramaje,  
como tropeles de aves fugitivas.

Y su tristeza y su armonía es tanta  
que parecen crear la voz sonora,  
una lira celeste, porque canta,  
y el corazón de Euskaria, porque llora.

II

La melodía a distinguir no acierto  
si es de paz o es de guerra, porque enlaza  
pujante «irrintz» y pastoril concierto,  
silbo tranquilo y gritos de amenaza.

Después, confuso, porque el aire quieta,  
llega un eco de fiesta campesina;  
con los ecos del alma se completa,  
y si no se percibe, se adivina.

Y tales ansias en el pecho enciende,  
que cuando el viento al fin cede en la lucha,  
todo el bosque es silencio, y aun se atiende,  
que la canción ha muerto... ¡y aun se escucha!

# Roncesvalles

Poema histórico del siglo XIII

BND



**E**N el archivo de la Real Colegiata de Roncesvalles se guarda un viejo libro de pergamino, titulado *Pretiosa*, y en él se encuentra un poema escrito en latín a principios del siglo XIII. El sabio P. Fita a quien fué remitida una copia del poema por D. Francisco Pólit —*prior bonæ memoriæ*, como veremos se dijo de un su antecesor,—lo publicó en el Boletín de la Real Academia de la Historia, cuaderno III del tomo IV, que vió la luz en Marzo de 1884. En él advierte, que en un códice de la Biblioteca de Munich, manuscrito del siglo XIV, se halla también el poema, y anota cada una de sus variantes. Diremos tan sólo, que no median entre ambos diferencias de concepto, sino de mera copia; alteraciones de palabras, omisión de algún verso y cambio de orden de una estrofa. Parece más defectuoso el de Munich, aunque también el de Roncesvalles que debe ser copiado de segunda o de tercera mano, denuncia con sus incorrecciones un amanuense inhábil. No obstante, gracias al esfuerzo del P. Fita, y descifradas las oscuridades gráficas, la composición

aparece completa, dispuesta para ser debidamente apreciada.

Se podrá tener idea de la importancia y significación del poema, oyendo los ponderativos términos en que se expresa su comentador, el sabio académico: «¿Quién fué el poeta, erudito en los fastos de Roncesvalles, poseedor de la Ciencia sagrada, ingenio claro y talento sólido, corazón bello e inflamado de tiernísima caridad, que así despertó los ecos de la Musa histórica y nos ha legado esta pieza magistral del Parnaso hispano-latino? Bien sentaría la composición a la pluma del insigne D. Rodrigo Jiménez de Rada... De todas maneras el Autor, coetáneo, aparece dotado de prendas que hacen honor a aquella época precursora de la de Alfonso el Sabio».

Aunque el ilustre P. Fita, elogia como literaria la composición y ensalza grandemente el numen poético de su desconocido autor, no nos interesará tanto bajo este aspecto, como si la consideramos un documento histórico, donde aparece detalladamente descrita la hospitalidad porque fué famosa en el mundo la Santa Casa de Roncesvalles. Y decimos que es más su valor documental que el poético, por la prolijidad y exactitud de sus noticias.

## RONCESVALLES, POEMA HISTORICO

El sentido cristiano, la sencillez franca y primitiva, el espontáneo y noble entusiasmo de su autor son lo más notable y atrayente del poema, precisamente por ser la garantía de su veracidad. Y las alabanzas y los adjetivos que adornan el cuadro, no impiden la percepción de la realidad escueta y definida. Además en resumen, en lo fundamental, sobre la importancia y virtud de la Casa de Roncesvalles, no escasean los testimonios coincidentes. Pero tampoco podemos rechazar los detalles de tal relación, que si nos llegan a parecer falsos o desfigurados será por terquedad de nuestro criterio, incapaz de adaptarse a una época, que apenas se vislumbra tras el empolvado cristal de siete centurias.

Es pues el nuestro, un documento fehaciente, que sin aumentar la gloria de Roncesvalles, la confirma al ofrecer curiosos pormenores de su historia y modo de ejercer la caridad; tal es el poema cuya traducción hemos intentado.

Literariamente, entendemos que podrá juzgarse su mérito por comparación con producciones análogas y de su tiempo. Adolece de poco ordenado en su desarrollo y exposición, lo cual en rigor, no sabemos si es un defecto en Poesía. Alguna vez, vemos la idea de-

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

pendiente del metro y de la rima, pero sin excesiva violencia ni artificioso disimulo.

Esto podrá notarse en la traducción que hacemos y por eso se advierte aquí; las demás faltas que hubiere en ella son exclusivamente nuestras y no serán pocas porque considerando, repetimos, más interesante el documento que el verso, hemos procurado seguir con fidelidad y justeza su sentido, sin más que pequeñas discrepancias accesorias o sustituciones equivalentes, y subordinando en todo lo posible, la corrección de la forma a la verdad del fondo. Aunque haya perdido grandemente y bajo todos sus aspectos, el poema, con nuestra versión, esperamos que no dejará de agradar por su significado histórico y su amenidad, a muchos que, o desconocen el original latino o no están en condiciones de apreciarlo directamente. Pues creemos que hasta ahora no ha sido traducido y mucho más, que nadie ha dado en la humorada de presentarlo bajo la forma de verso castellano

«Porque esta empresa buen Rey  
para mí estaba guardada».

Hemos tratado de conservar el exámetro monorrimo del original y avaloramos el conjunto con algunas notas que figuraban en el estudio que del

## RONCESVALLES, POEMA HISTORICO

---

poema «Roncesvalles» hizo el sabio P. Fidel Fita.  
Comencemos:

Casa venerable y casa gloriosa  
Mansión admirable, mansión fructuosa,  
Que en los Pirineos florece cual rosa  
A todos abierta y a todos graciosa.

Yo sus beneficios deseo cantar  
Porque todos puedan conocer y amar  
La que de mil modos se puede alabar,  
Pues su gloria es fuente de eterno manar.

En mis alabanzas cierto es cuanto digo,  
De tantas bondades no falta testigo;  
Quien la verdad huye y al error da abrigo  
Del cielo y la tierra se torna enemigo.

Llámase esta noble casa hospitalaria  
La de Roncesvalles.<sup>1</sup> En virtudes varia,  
Para el bien propicia, para el mal contraria  
Y que Dios protege por lo necesaria.

Que el Omnipotente solícito cuida  
De otorgar los dones que la fe le pida  
Derrama sus gracias, procura comida

---

1 El autor emplea el nombre de *Roscida vallis*.

## J O S E   M A R I A   D E   L U Z A I D É

Y reserva premio para la otra vida.

El obispo Sancho fué su fundador,<sup>1</sup>  
Consagró a la obra sù celo y su amor  
Todo a mayor gloria y a mayor honor  
De María madre de Nuestro Señor.

El obispo Sancho lo era pamplonés  
Y al pie de los montes Pirineos es  
La Casa que él hizo; dotada después,  
Por el buen Alfonso rey aragonés.

Viendo era piadosa la congregación  
Quiso ser partícipe de su fundación,  
Y fué con largueza, con gran devoción,  
El inclito Alfonso, el rey de Aragón.

Después de la Era; el año mil ciento,  
Y deben contarse setenta de aumento,<sup>2</sup>  
Al nuevo Hospital se dió fundamento  
Porque halle el viajero cobijo y sustento.

Sufre los rigores del tiempo invernal,  
El hielo es perpetuo, las nieves igual,  
El cielo brumoso y el viento glacial:  
Tan sólo es tranquila la Casa Hospital.

---

<sup>1</sup> Sancho de Larrosa, obispo de Pamploná, 1121-1142. (Nota del P. F.)

<sup>2</sup> Era 1170, año 1132, dos antes de la muerte de Alfonso el Batallador  
(Nota del P. F.)

## RONCESVALLES, POEMA HISTORICO

---

La tierra es estéril y por tal destino  
Carecen las gentes de pan y de vino,  
De sidra y de aceite, de lana y de lino.  
A todos provee por amor divino.

Pero es soportable su esterilidad,  
Y hasta del invierno la dura crueldad,  
Habiendo una fuente de tal caridad <sup>1</sup>  
Que aleja de todos la necesidad.

Un camino existe en su cercanía  
Que es la más famosa, frecuentada vía,  
Los que van a Roma la tienen por guía  
Y los que a Santiago, por su travesía. <sup>2</sup>

Aunque es en el monte donde está el  
[Santuario  
Muchos peregrinos se acogen a diario.  
Males y fatigas que él hospitalario  
Consuela y remedia con lo necesario.

La puerta abre a todos, enfermos y sanos,  
Así a los católicos como a los paganos, <sup>3</sup>  
Judíos, herejes, ociosos y vanos...  
Y a todos recibe como a sus hermanos.

---

<sup>1</sup> Alusión a la primera epístola de San Juan, III.17. (Nota del P. F.)

<sup>2</sup> Peregrinos extranjeros que venían a Compostela. (Nota del P. F.)

<sup>3</sup> Moros o sarracenos. (Nota del P. F.)

Practicar virtudes de continuo veo,  
Como entre los fieles no hay un fariseo  
Tranquilos aguardan; y a lo que yo creo,  
El día del Juicio no habrá ningún reo.

Gran fama trasciende a su alrededor  
La casa; y loado, es su director.  
Los ángeles gozan con este clamor,  
Los demonios rugen de estéril rencor.

A cuantos mendigos aquí van llegados,  
Con caridad suma los pies son lavados,  
Las barbas rapadas, cabellos cortados,  
Y son indecibles los demás cuidados.

Si a pobres descalzos allí contemplaras  
Calzarse de cuero, a Dios alabaras,  
De esta noble Casa las virtudes claras  
Con todas las fuerzas de tu pecho amaras.

Hay uno en la puerta que entrega raciones  
De pan al viajero. Sus obligaciones  
A esto se reducen, y a las oraciones  
Porque Dios conceda muchas bendiciones.

Al que ha recibido la Casa bendita  
Nunca le es negado lo que solicita,  
Y aquellos remedios que den a su cuita  
Es Dios y no el hombre quien los facilita.



## RONCESVALLES, POEMA HISTORICO

Huérfanos acoge con materno amor,  
Y a todos enseña del modo mejor,  
A llenar la vida de honrada labor,  
Sin usar de medios que causen rubor.

Enfermos atiende con sumo cuidado  
Generosamente, siempre les ha dado,  
En frutos campestres lo más delicado.  
Mucho en este escrito quedará olvidado.

También hay mujeres: bondad y belleza,  
En vida y costumbres, de mucha limpieza.  
Cuidan los enfermos con delicadeza  
Caridad solícita, acierto y presteza.

Hombres y mujeres dos distintas masas  
Forman, y así ocupan separadas casas.  
Como aquí los bienes no conocen tasas  
Las satisfacciones nunca son escasas.

Existe una estancia bien abastecida  
De almendras, granadas y fruta escogida;  
Cuanta extraña clase sea conocida  
De lejanas tierras ha sido traída.

De día disfrutan de la luz divina,  
Y hay luces de noche, cual la matutina.  
Del altar de medio, santa Catalina,

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

Se venera siempre con santa Marina.<sup>1</sup>

Todos los enfermos duermen aquí sobre  
Blando y limpio lecho. Nunca sale un pobre  
De no ser su propia voluntad la que obre,  
O hasta que del todo la salud recobre.

Las habitaciones que se les depara  
Suelen estar limpias como el agua clara;  
Y también un baño se arregla y prepara  
Por si algún viajero lo solicitara.

Sin ver del enfermo clase ni linaje  
Hasta que repuesto prosiga su viaje,  
Sus deudos y amigos hallan hospedaje,  
Y el prior ordena se les agasaje.

Si alguno fallece tendrá sepultura  
Cual mandan las leyes y está en la Escritura;  
Hay una basílica, en donde segura  
Hallará descanso la humana envoltura.

Como dicho templo se halla destinado  
A recibir muertos, carnario es llamado.  
Que legiones de ángeles lo hayan visitado,  
Por dicho de muchos resulta probado.

---

1 *De Santa Marina* se guarda *reliquia* actualmente en la iglesia de la Colegiata. La Consueta no pasa en silencio las *misas de Santa Catalina*, que debía celebrar el Racionero. (Nota del P. F.)

## RONCESVALLES, POEMA HISTORICO

En medio del templo hay un oratorio,  
Y por los que sufren en el Purgatorio,  
Celebran el santo y el expiatorio  
Misterio, tan grato como meritorio.

Los que a Compostela marchan con fervor,  
Llevan sus ofrendas en prueba de amor  
Viendo la basílica su traza y labor  
Doblan la rodilla y cantan al Señor.

El templo presenta la forma cuadrada,  
Arriba la bóveda está redondeada,  
Se ve en su pináculo la enseña sagrada  
Que a nuestro enemigo vence y anonada.

Lo hizo el rey navarro, de grande bondad <sup>1</sup>  
Y dándole en sueldos con regia piedad,  
Diez mil cuatrocientos. De esta cantidad  
Los réditos goza a perpetuidad. <sup>2</sup>

Su madre era hija del emperador, <sup>3</sup>  
Su padre fué Sancho el Batallador,  
Rey sapiente y justo, del bien servidor,

---

<sup>1</sup> Sancho el Fuerte. 1194-1234. (Nota del P. F.)

<sup>2</sup> La estrofa está manchada y corroida en el original; pero de él la sacó y hánosla conservado Huarte, en su historia (inédita) de Roncesvalles. (Nota del P. F.)

<sup>3</sup> Sancha, hija del emperador Alfonso VII y esposa de Sancho de Navarra el Sabio. (Nota del P. F.)

Y del enemigo, fiero ahuyentador.

En la Santa Casa freires y sorores,<sup>1</sup>  
De los beneficios son dispensadores,  
Renuncian al mundo, desprecian honores,  
En cuanto a costumbres no los hay mejores.

El pastor de todos llámase Martino,<sup>2</sup>  
Protectora sombra presta al peregrino,  
Y así es comparable con un alto pino  
Cuya savia fuera el amor divino.

Por él la limosna se otorga cumplida  
Y sus propios bienes cede sin medida,  
Sabe que la gloria solo es merecida  
Por los sufrimientos que hay en esta vida.

El Señor del cielo la hacienda le ha dado  
Para que use de ella conforme es mandado,  
A rendirle cuentas quedará obligado;  
Siendo ellas cabales, el será premiado.

---

1 *Seroras*, se llaman en el país, a las mujeres encargadas de la limpieza de las iglesias, cuidado de las ceras, etc.

2 Martín Guerra. Consta el día de su fallecimiento, 1.º Diciembre 1215, por el calendario de la *Pretiosa*: «*Kalendis Decembris. Sub Era. M.ª CC.ª L.ª III.ª Obiit Martinus Guerra prior bone memorie. Su predecesor Fortunio de Badostain, murió en 31 de Agosto de 1199. Entre estas dos fechas está por precisión incluida la de la composición del poema.* (Nota del P. F.)»

## RONCESVALLES, POEMA HISTORICO

Noto que en mi rima no estarán presentes  
Otros beneficios grandes y frecuentes,  
Pero he de finarla antes que impacientes  
Y cansados vea, mis caros oyentes.

Y así, acaba el poema.

BND

BND

BND

Nuestra Historia y nuestra Lengua

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

BND



**P**ARA escribir de Historia, hay que ser historiador. Esto a primera vista parece una de las verdades de Fortuño... Sin embargo tiene una explicación muy razonable y sabia, aunque a veces olvidada.

Significa que el «dilettantismo» la simple afición, aunque vaya unida a una regular cultura general y aun cuando cuente con algunos conocimientos históricos especiales, no puede atreverse en manera alguna a sentar afirmaciones acerca del pasado. Ni tampoco pretender el crédito de las gentes, a quienes el constante espectáculo de la crítica moderna demoliendo cuanto de grande alzaron los pseudo-historiadores, sin otra base que la del error transmitido o la imaginación patriótica, van volviendo muy desconfiados y por ende más exigentes.

La relación de un hecho concreto, la aclaración de un punto aislado, son problemas cuya solución puede muy bien lograr y publicar el amateur. Pero es que entonces la cuestión es puramente objetiva: no necesitamos la firma del narrador, nos basta el documento

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

hallado, el testimonio monumental o la tradición fehaciente que en sí encierra la clave; en cuanto a la interpretación de la misma debemos esperar, no la del investigador sino la de autoridades científicas, a nada dudoso que se presente el caso.

Así como para una fábrica cualquiera intervienen, el peón que arranca el petreo bloque de las entrañas de la tierra, el cantero que lo desbasta y labra, y el arquitecto que ya le tiene destinado un lugar en su obra y cuenta con su resistencia, lo mismo sucede con el edificio histórico. Pues del simple suministro de materiales, es decir, de la sencilla exposición de los hechos, a su clasificación y ordenamiento, a saber relacionarlos debidamente con otros o entre sí, todo ello previa comprobación, y sobre todo a la deducción de la consecuencia filosófica que encierran muchos de ellos, hay un abismo.

Tan necio y estéril empeño como sería el de quien pretendiera edificar, desconociendo hasta las leyes de la gravedad en la ciencia de la construcción, es el del que intenta escribir de Historia sin ser historiador, es decir: hombre de ciencia histórica y filosófica, crítico y literato, amén de otras condiciones como el discernimiento y la imparcialidad; cualquiera de las cuales

## NUESTRA HISTORIA Y NUESTRA LENGUA

señalará su ausencia del autor con deficiencias en la obra.

Hay que ser historiador para escribir Historia; para que lo escrito tenga el valor de lo aquilatado y perdure. Lo demás fracasa y se olvida y solamente los aliños literarios pueden salvar de la muerte una obra histórica deficiente por los demás conceptos, convirtiéndola en leyenda. Pero esta es otra cuestión.

Decíamos de las deducciones o consecuencias. Desde que acabaron las crónicas de la edad media donde la austeridad monacal se descubre en la narración sencilla, ordenada y fiel, pero desprovista de didáctica, como se transparenta el método monacal también en el orden cronológico de su redacción; ya la Historia—quizá el público—pide más, y recurrimos a la ciencia histórico-filosófica que toma de una los hechos y de la otra los principios aplicables, tal como lo habían entendidos los historiadores griegos y latinos, con frecuencia moralistas y políticos.

Y es que en los tiempos que corremos y dado el positivismo ambiente, es preciso deducir enseñanzas provechosas y consecuencias prácticas del conocimiento de las cosas que fueron. Todo lo que pueda contribuir a nuestro moral y material engrandecimiento.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

En Navarra, los escritores modernos, se han perca-tado de ello, y en cuantos al estudio de nuestra His-toria se dedican, arde el fuego sagrado del patriotis-mo. Queremos testimoniarles aquí el respeto y la admiración que sentimos por su saber y el entusiasmo por su voluntad educadora.

Ellos han consagrado su vida a la noble y difícil tarea de desenterrar nuestras glorias, a deshacer los errores y las ignominias que forjaron los extraños y que nuestro abandono aceptó. Nuestra gratitud al tra-bajo meritisimo de quienes estudiaron nuestras cos-tumbres y leyes, a quienes nos han hecho entrever nuestra personalidad histórica y política, pura y distin-ta, nos enseñaron a amarla y a soñar esperanzados con la posibilidad de su resurrección.

Mientras ésta llega, con gusto nos hubiéramos dedi-cado a pequeños trabajos de la índole citada, a mono-graffas que sin exigir erudición o conocimientos espe-ciales, fueran entretenimientos de nuestros ocios, y curioso estudio de donde fuera surgiendo una realidad —siempre interesante—ya presentida, o jamás soñada por nuestra fantasía.

¿Pero quién va a espigar donde tantos y tan diestros segadores metieron su hoz?

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## NUESTRA HISTORIA Y NUESTRA LENGUA

Mejor será contemplar y estudiar la obra ajena: llegar al atrevimiento del *comentario*, pero renunciar impotentes a crear por nosotros mismos. Cuando el azar ponga en nuestras manos el dato precioso, pongámoslo en las de quien sepa sacar de él todo el partido posible, como el hábil tallista, de un diamante.

Y sobre todo trabajemos porque la Historia de Navarra, porque el glorioso relato de nuestra vida nacional pasada, sea conocido y venerado. Hora es ya en que debe dejar de ser patrimonio exclusivo de los cultos, para convertirse—pues que la simplificación no altera la esencia,—en algo que forme parte de la educación de las nuevas generaciones, en algo al alcance de todos.

Encaminemos a ello nuestros esfuerzos: «Que la verdad se difunda y adueñe, de las inteligencias y de los corazones».



Accidentalmente hemos hablado de la vulgarización histórica en Navarra y casi nos parece un deber de conciencia, exponer una pobre pero bien intencionada **opinión a este respecto.**

«Un pueblo no puede reconocerse a sí mismo, en el empañado espejo de su estado político y modo de pensar actuales, más o menos transitorios; donde se ha de ver es en la pulida y luminosa superficie de su Historia, espejo fiel, con la rara virtud de reflejar no un cuerpo, sino un espíritu».

Estas palabras de un escritor francés *royaliste*, condenatorias de las entonces nacientes ideas republicanas, no han tenido todavía realidad profética; pero su fondo de verdad, guarda una enseñanza para nosotros.

En otros países, donde la Historia no significa en el individuo más que un ramo del humano saber, o a lo sumo un medio de exaltación del patriotismo; la importancia de su divulgación, será discutible hasta cierto punto. Pero para nosotros no; para los que aspiramos —sin que esto sea en modo alguno doctrina separatista— a un resurgir de organizaciones, costumbres y sentimientos; es necesario tener siempre a la vista, ese espejo, en el que brilla la base precisa a ello: el espíritu patriótico, que es la verdadera esencia de la nacionalidad.

Como no se puede amar ni defender lo que no se conoce, la vulgarización histórica se impondrá en cuan-

## NUESTRA HISTORIA Y NUESTRA LENGUA

tos países vean su personalidad y derechos en entredicho, o traten de alumbrarse en el moderno caos, con la viva llama de sus virtudes tradicionales.

En Navarra sobre todo; porque las escasas noticias que se perpetuaban como herencia familiar, tienden naturalmente a perderse y hoy son nulas. En cuanto a la enseñanza primaria oficial, o no da noticia alguna o las da erróneas.

Hemos visto la media docena de textos elementales más corrientes en nuestras escuelas. Los más, procediendo lógicamente conforme a su carácter y título: «Resumen de la Historia de España» no mencionan nuestro reino como tal; por lo general se reducen esos epítomes a la Historia de Castilla. En cuanto a otro de ellos, por estas dos muestras podrá juzgarse del resto de la obrita; dice así: «...; su principio fué en el pequeño territorio de Sobrarbe en la falda de los Pirineos, su primer caudillo García Jiménez y su primera capital Ainsa». Este es el principio, veamos el fin: «Puesta Navarra en entredicho por el Papa, y ofrecida al primero que la conquistase en justa guerra, fué ganada por el Duque de Alba para el rey D. Fernando». Nos parece viendo esto, que es preferible la omisión al error. Pero los maestros navarros—que se

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

encuentran en la proporción de un ochenta por cien en las escuelas rurales, a las que principalmente nos referimos—se ven en esta ocasión sin ayuda ni estímulo de ninguna clase, abandonado todo a su criterio y voluntad; y aunque no faltan ejemplos en contrario, lo cierto es que casi todos los niños navarros desconocen las más rudimentarias nociones de su historia propia.

Hablando de libros y de maestros, fácilmente se adivina donde está el problema. El libro es algo secundario y la moderna Pedagogía le ha restado mucho de su vieja autoridad e importancia educadora y aun instructiva. El libro es fácilmente sustituible... pero, ¿cuántos serán los maestros que se propongan suplir personalmente las faltas de sus textos, y los desautoricen y corrijan ante los alumnos cuando sea preciso? En nuestro caso poquísimos.

Yo sé de un pueblo de Navarra, que para enterarse de sus glorias pasadas hubo de oírlas con natural desconfianza—en una perorata de propaganda, no patriótica, sino electoral. La mayoría no llegarán a ilustrarse ni por este triste medio.

Nuestro modo de pensar es muy razonable y puede verse con claridad condensado en algún ejemplo: Por todos estilos nos parece conocimiento más propio y



## NUESTRA HISTORIA Y NUESTRA LENGUA

trascendente para los niños roncaleses, el origen de sus privilegios—aún conservados—y las hazañas de sus antepasados, que no la estúpida retahila de los reyes godos. La batalla de Roncesvalles, es suceso tan digno de ser debidamente conocido por los niños navarros, como pueda serlo la expulsión de los moriscos. Nuestro rey Fuerte tan merecedor de memoria como su contemporáneo Alfonso de Castilla. ¿Y qué no diremos de los Fueros? En punto a Historia ¿no son algo importante y trascendental?

A pesar de ser así, lo que aprenden los chicos es precisamente lo que menos les interesa. Si algo llegan a saber en la escuela respecto a Navarra, llámese Atapuerca, las Navas, o Noain será la versión castellana. Y fuera de la escuela... el campo. Ya nadie les dirá qué clase de sangre es la que corre por las venas. ¿No es esto lamentable?

Bien decíamos que en Navarra, la ciencia histórica es patrimonio exclusivo de los cultos, y que carece de exposiciones elementales popularizadas. Acaparada por academias o sociedades, contenida en libros eruditos, comentada en sabias conferencias, enriquecida en folletos y revistas científicas, podrá haber alcanzado, cierto grado de difusión en el elemento intelectual,

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

pero—no obstante aquella laudable intención que notábamos celebrándola en nuestros sabios—permanece alejada de toda vulgarización.

La Historia de nuestra patria, es un ave rara y preciosa que solo anida y prospera en campos acotados; sin que a los ojos del pueblo, que es su dueño, llegue un solo centelleo de sus alas de oro...

Vamos a terminar nuestra estéril divagación, copiando un párrafo que con otras advertencias precede al texto de un Resumen de Historia de España:

«En un país como el nuestro, que conserva de su pasado tan rica y admirable herencia artística, debe asociarse la historia a los monumentos que nos rodean; y en las poblaciones donde haya templos, castillos, acueductos, murallas o museos, las narraciones históricas deben relacionarse siempre con dichos monumentos que han de presentarse con frecuencia a la consideración de los niños».

¡Qué poderosa y qué triste evocación de tantos y tantos gloriosos vestigios venerables, que desconocidos del pueblo, se ven envueltos en un desprecio y en un olvido más fríos y pertinaces que las nieblas y boiras del Pirineo...!

De las palabras transcritas y de la autoridad que

Se autoriza la copia para la investigación.

## NUESTRA HISTORIA Y NUESTRA LENGUA

como maestro tenga quien las pronuncia, hemos de valernos como de un escudo. Así nuestra manera de pensar no se hará sospechosa como hija de un exagerado navarrismo, a los ojos de los que lo ignoran, que no cabe el exceso en los afectos filiales. <sup>1</sup>

Procuremos servirnos de esta lección de un extraño en la que se recomienda una primera enseñanza histórica—y lo mismo geográfica— más local, más propia, sobre todo más acorde con los métodos modernos que estudian la Historia de lo particular a lo universal; partiendo de la propia región y ensanchando el círculo de conocimientos hasta abarcar generalidades de la Historia del mundo. El sistema está especialmente indicado para las letras elementales, donde la asignatura «Historia» se ha de reducir a un solo programa o cuestionario, cuyos puntos debieran ser más superficiales y ligeros a medida que se alejan de las cuestiones más próximamente relacionadas con el alumno y por tanto más interesantes para él.

Y así debe ser. Porque cuando abandone la escuela —y más en el campo— se olvidará de cuanto aprendió

---

<sup>1</sup> Recordamos con gusto un párrafo de D. Pedro Madrazo, abundando en las mismas ideas y que comienza: «Si yo fuera maestro de Espinal...» (Navarra tomo 1.º Vide, Ind. Las procesiones de Roncesvalles).

Se autoriza la copia para la investigación.

sin que su atención infantil se despertara; a menos que las circunstancias de su vida le impongan un especial ejercicio, como ordinariamente sucede con la lectura, escritura y las cuatro reglas aritméticas. <sup>1</sup>

Si algo le ha de interesar, será una historia de su país, sencilla y amena; algo que libre de enojosos rigores didácticos, sea a modo de narración familiar y tradicional leyenda; algo continuamente recordado por aquello que le rodea y él ama: por sus montes y sus pueblos de Navarra, por antiguos monumentos y misteriosas ruinas cuyo secreto le será grato poseer y transmitir. <sup>2</sup>

Aunque el tiempo y los modernos utilitarismos nublen luego su memoria y enfríen su corazón; aunque por considerarlos bagaje inútil en la vida, no recuerde fijamente un solo hecho histórico de los que antaño aprendiera; no estará todo perdido. El espejo roto, aún refleja la luz. Del naufrago bajel no dejaría de

---

<sup>1</sup> Véase Campión. (Discursos políticos. El peor enemigo del baskuenze página 196).

<sup>2</sup> «...el sentido de todo lo poético que hay en el fondo de los rasgos históricos, y sin el cual los historiadores vulgares sólo aciertan a darnos una pálida imagen de lo que fué, tan velada en sombras, que ni deja huella en la memoria, ni despierta amor ni odio en el alma...» Menéndez y Pelayo. Prólogo a «San Francisco de Asís» de E. Pardo Bazán.

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## NUESTRA HISTORIA Y NUESTRA LENGUA

salvarse la bandera; que aquí es el sentimiento patrio y el concepto de la nacionalidad navarra.

\* \* \*

Tras de abogar por la enseñanza de nuestra Historia en las escuelas, siquiera fuese bajo la más elemental y compendiada de sus formas, querríamos decir algo también de nuestra Lengua, del euskera, y abogar igualmente, por lo que estimamos ser un medio sencillo, propio y en extremo eficaz para la conservación de nuestro idioma venerado.

A la escuela y a los maestros navarros, confiaríamos la enseñanza y perpetuación de los sucesos tradicionales; la celosa custodia y la pureza de nuestra lengua, deberían estar aseguradas por las parroquias rurales y la labor de los párrocos vascongados.

La Historia y la Lengua, nuestros dos más ricos tesoros, deberían ir ligados a instituciones durables e influyentes como son sin duda alguna la Escuela y la Parroquia.

En el «Pensamiento Navarro» publicamos un artículo, reproducido luego por «Euzkadi» y titulado: «El

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

vascuence en las parroquias vascas». En él vemos, que si favorecido pudiera considerarse el vascuence por tan valiosa adopción, tampoco son escasos los beneficios que en lo espiritual reportaría a la Parroquia. Notaremos además las imperiosas razones que imponen esta alianza.

Dice así:

«Réstanos hacer una salvedad antes de entrar en materia: que nos impulsa y mueve a escribir, no el mal presente, sino la incertidumbre del futuro.

No vamos a elogiar el vascuence filológica o históricamente considerado. Sobrándonos entusiasmo nos faltaría erudición. Además, otros lo han hecho ya con gran brillantez y más autoridad; y a Dios gracias, están lejos los tiempos en que se tenía a la lengua vasca por vulgar dialecto, y aun por habla inferior y ordinaria. Como decimos, eso pasó, y obsérvase en cambio una saludable reacción—muestra indudable de cultura—en la cual las primeras clases sociales de nuestro país dan el ejemplo.

Pero vamos a decir dos palabras acerca de esto, bajo el aspecto religioso y moral; sirviéndonos como de tema, la acertadísima y gráfica expresión debida a don Patricio Orcáiztegui, Arcipreste tolosano.

## NUESTRA HISTORIA Y NUESTRA LENGUA

«Donde la lengua vasca pierde un metro cuadrado, la fe pierde diez».

Tampoco esta cuestión es nueva; pero las circunstancias muchas veces hacen preciso recordar, enterradas enseñanzas y olvidados conceptos.

En el nuestro, es el vascuence el más fuerte obstáculo y el valladar más infranqueable que guarda nuestro país, de las disolventes doctrinas modernas y de la impiedad ambiente. Escudadas en él se conservan las piadosas costumbres de nuestra raza; pero quitadles su defensa; abrid brecha en su idioma, y veréis entrar por ella, sin medio alguno que ataje el mal, la prensa sectaria que matará la fe y los hábitos viciosos que envilecerán las almas.

Trabajar por el vascuence, es pues, hacerlo por la Religión católica; es caridad, encaminada a preservar del mal a nuestros hermanos, y a nosotros mismos; es cerrar la entrada de nuestros valles pirenaicos, al socialismo y la anarquía, consecuencia inevitable y justa en las sociedades que dejan de mirar a El.

Nosotros, por todo ello, damos gran importancia y atribuimos actualidad a la cuestión.

¿El remedio mejor? No vacilamos en decir que consiste en la actuación eficaz del clero vascongado en su

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

país. Llévalo a donde pueda contribuir a la conservación y al fomento del idioma regional, con la predicación, el confesonario, etc. en vascuence; y en sus parroquias se mantendrá el espíritu creyente y sano, y se verá alejado el peligro de toda contaminación.

Esperamos que nuestras autoridades eclesiásticas, inspiradas, como siempre en recto sentido, orientadas a toda justicia, y celosas sobre todo del bien moral en su diócesis, preferirán a los vascongados, para proveer parroquias vascongadas.

Tenemos la pretensión de creer que no habrá pueblo que no lo desee así.

Pero aún hay más razones de nuestra parte; y es que los fieles tienen derecho a que se les hable en su lengua, nacido de la obligación en que están los sacerdotes de saberla.

No hacemos la afirmación a humo de pajas, sino apoyados nada menos que en el Nuevo Código de Derecho Canónico, dispuesto por Pío X y promulgado por Benedicto XV, y cuyo canon 1.364 dice así, en su punto segundo, refiriéndose a los alumnos del sacerdocio:

«Linguas præsertim latinam et patriam alumni accurate addiscant».



## NUESTRA HISTORIA Y NUESTRA LENGUA

Y aquí la única interpretación que cabe, es que se trata de que aprendan la lengua natural y propia de un país y usada en él; cual es el vascuence en gran parte de Navarra.

Pues el sacerdote, al menos «en cuanto a su misión», no es un elemento oficial, como puede serlo un maestro, en cuyo caso, sí podría entenderse que se hacía referencia a la lengua también oficial del Estado.

En efecto: puede un maestro español en el país vasco, enseñar el castellano y considerarlo, naturalmente, su idioma propio, como español que es él, y dependiente «hasta en su misión», del Estado. Pero muy otro es el caso del sacerdote; no entra en sus fines próximos el enseñar lenguas, sino por el contrario aprender él, y amoldarse a aquella que le dé más facilidades para el cumplimiento de su sagrado ministerio.

Este ha sido el criterio de los misioneros en todos los tiempos y países; y de otro modo la fé cristiana se hubiera circunscrito a aquellas regiones que tienen un habla nacional y oficialmente reconocida. Pero no; ellos no se han limitado a eso; han buscado el camino que les permitiera llegar más derechamente a la inteligencia y al corazón de los hombres, para dirigirlos a

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

su Creador; y ese camino es su lengua natural, la que Dios quiso dar a los pueblos para que le alabaran en ella.

El punto tercero del mismo canon es más explícito:

«Et in cœteris disciplinis institutio tradatur quæ conveniat communi omnium culturæ et statui clericorum in regione ubi alumni sacrum ministerium exercere debent».

O, «... dése la instrucción conveniente a la cultura común de todos» significando, que en toda clase de conocimientos—y la lengua es uno de tantos—debe el sacerdote estar a la altura de sus fieles, e identificado con ellos.

«... y al estado de los clérigos en la región donde han de ejercer el sagrado ministerio.» Este último párrafo no deja lugar a dudas, y confirma cuanto hemos dicho; entendiéndolo por él, que esa instrucción especial, conveniente al clérigo que ejerce en una región determinada, tiene que ser en primer término su idioma, el usado en esa región; y refiriéndonos a este caso particular es el vascuence.

Vemos en todo, pues, necesidades y argumentos suficientes, para solicitar la creación de una cátedra de euskera en el Seminario de Pamplona...

## NUESTRA HISTORIA Y NUESTRA LENGUA

Pero no vamos tan lejos, y bien poco es lo que pedimos. Nos bastaría saber a ciencia cierta, que los sacerdotes vascongados eran preferidos para regentar parroquias vascas. Nos daríamos por satisfechos sabiendo que los curas que poseen el vascuence, no habían de olvidarlo fuera de su país, mientras que otros extraños a él, se veían en la necesidad de imponer nuevas costumbres. Se colmarían nuestros anhelos, viendo a nuestros párrocos de la montaña dirigirse desde el púlpito a sus feligreses en el habla de nuestra tierra—el más derecho camino del corazón—y oyéndoles llevar las oraciones en la hermosa lengua milenaria que no tiene palabras para la blasfemia soez, en la más dulce de todas las lenguas:

—«Aita gurea...»

BND

# BND

Comentario de comentarios

BND

## La Runa

EL sabio autor de «Euskariana»<sup>1</sup> comenta la obra de Mr. Bédier,<sup>2</sup> acerca del origen y formación de los cantares de gesta francos, y más particularmente el tercer tomo, o sea el que contiene el estudio que el ilustre profesor del Colegio de París, hace del famoso poema conocido por la *Chanson de Roland*.

El motivo de la predilección no es un secreto. Natural es que interesara de una manera especial a nuestra primera autoridad histórica, el poema que contiene como es sabido, el relato de la batalla de Roncesvalles; «suceso—dice él—famosísimo en la Historia General y además importante en la particular de mi patria navarra».

Al principio de dichos comentarios; repite el señor

---

1 «Euskariana» (V. Serie). Algo de Historia (Vol. III). A. Campión—Librería J. García, ed.

2 «Les legendes épiques. Recherches sur la formation des chansons de geste». Joseph Bédier. Paris.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Campión la cita hecha por Mr. Bédier, de uno de los versos de la *Chanson*, que si bien no se encuentra en el original franco normando del monje Turolde—que estudió y publicó varias veces León Gautier,—aparece en un manuscrito del siglo XIV y de autor italiano. Dice el verso en el que el poeta hace hablar al traidor Ganelón con su caballo:

*Vu passari la grant aigua de Runa.*

A continuación citan ambos autores la «Crónica de Turpin» y la «Guía de peregrinos», libro IV el uno y V el otro del Libro de Santiago de Compostela, «Codex Calixtinus»—y también, sin nombrar, otros dos textos que contienen el nombre de Runa. Finalmente manifiesta el Sr. Campión conocer una sexta mención de dicho nombre en el Poema de Guillermo Anelier sobre las guerras de los barrios en Pamplona.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> No sé si son distintos de los citados los que nos aporta Yanguas («Diccionario Antigüedades») — «En 1406 a virtud de orden de la reina Doña Leonor se vendió por deudas de la cofradía de San Cerni, el molino que tenía en el agua de *Runa yus la Rocha*, del burgo de San Cerni. el cual lindaba con la agua de *la Runa* y con el camino público.»

«El Fuero de Sobrarbe, haciendo mención de los ríos caudalosos nombra Aragón, Ebro, Cinga, Segre, Runna, Tallo y Duero.»

Más curioso y digno de estudio es un verso de la *Chanson de Roland*, manuscrito de Oxford, estudiado por Gautier, edición clásica. Véase en el glosario de esta obra el nombre propio, *Runers*, pág. 558. Son las formas del glosario las del propio manuscrito y no las del texto crítico,



## COMENTARIO DE COMENTARIOS

*Que le cuiavan far que Runa fos passans  
Per mey loc de las vinnas*

Tanto el guerrero que habla a su bruto de atravesar el río Runa, como los de la Navarrería, que pretenden desviar el río a través de las viñas se refieren al río Arga, como lo confirmarían si preciso fuera, las indicaciones geográficas de la «Guía de los Peregrinos»: «De portibus vero Cisereis sanum flumen egreditur quod a multis Runa dicitur et decurrit Pampiloniam...» «Mas de *los puertos* de Cisa sale un río sano que muchos llaman Runa y que corre por Pamplona...».

En forma que la identificación es completa: el Runa o la Runa es el Arga. A esta consecuencia llegan Mr. Bédier y el Sr. Campión en sus escritos, explicando acertadamente de paso algunos errores en que la «Guía» incurre a continuación. Refiriéndose también a las frases ya citadas dice Mr. Bédier: «El autor de la «Guía» se equivocó al poner en el puerto de Cisa el nacimiento del Runa» y añade, «El riachuelo que baja

---

donde sin satisfacer al autor se interpreta el vocablo en otra forma. El verso —2.209— dice así, completándolo para el cabal sentido:

«Ço dit Rollanz: «*Bels cumpainz Olivers—Vu fustez filz à l'bon cunte Renier,—Ki tin la marche de l'val de Runers...*» La terminación en *ers*, bien pudiera ser forzada, y pasar luego desapercibida en recomposiciones y copias, como nombre propio desconocido.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

de dicho puerto y pasa por Roncesvalles y Burguete es el Urrobi que más tarde se echa en el Irati...»

No creemos en esta equivocación atribuída al autor, porque a nuestro modo de ver, la denominación de Puertos de Cisa abarcaba una mayor extensión de la que ordinariamente se le concede. También San Eulogio en su carta a Wilesindo obispo de Pamplona, llama Serasiense o Cisariense, al monasterio que regía Odoario o sea el de San Zacarías situado igualmente «donde el Arga tiene su nacimiento».

Nos confirma en esta opinión el ver empleado con frecuencia el nombre de Puertos de Cisa, así, en plural, como el propio Sr. Campián observa en otros pasajes de la misma Guía, y le hacen decir que es nombre genérico o colectivo. Creo que es el Lic. Huar-te quien escribe generalizando, que «las vertientes de los montes que caen al Septentrión se llaman puertos de Cisa». No sería raro pues, que en lo antiguo fuera igualmente aplicable esta denominación a todos los pasos que Navarra tenía a las Galias, con mayor o menor propiedad, claro está, pero a falta de otros nombres, si mas exactos menos conocidos.<sup>1</sup>

---

<sup>1</sup> Esta es la idea de Moret.

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

De ser así, ninguno con más derecho para apropiársela que el paso de Eugui a los Alduides, por su gran proximidad al verdadero puerto, del que sólo dista dos leguas;<sup>1</sup> y allí es—en Cilveti—donde se supone estuvo el monasterio Cisariense; y allí es, donde nace el Arga o Runa—Cilveti también—Ambos extremos están contenidos en la carta de San Eulogio donde dice: «...fué al monasterio de San Zacarías, que está fundado en las faldas de los montes Pyreinos y raya de la sobredicha Galia, donde el Arga tiene su nacimiento, y con arrebatado curso, regando a Zubiri y Pamplona, se arroja en el Cántabro». Es decir que no es error dar un origen *cisariense* al río Runa, sino por el contrario valioso argumento en favor de la opinión que señala a esos lugares, como sitio que ocupó indudablemente el cenobio desaparecido.

Dejando a un lado esta cuestión y sus interesantes derivaciones, veamos un párrafo acerca de la etimología de Runa.

«Probablemente algún pueblo germánico bautizó al río que lame las murallas de Pamplona con el nombre de Runa, que trae a la memoria el *rinnen* alemán (co-

---

<sup>1</sup> Sarasa. «Reseña histórica de la Real Casa de Roncesvalles».

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

rrer, manar, fluir) y aun más sus congéneres *rinnan* (ant.º alto alemán, got. ang.-saj.) y *runnen* (neerlandés) cuya raíz según Kluge sería *ren run*. De todas maneras, Runa es del todo irreducible al baskuence».

Si el autor ha buscado en este sentido sin encontrar, inútil será nuestro empeño; pero quizá no se detuviera en ello, dando de antemano por buena y verdadera la procedencia de raíz germánica. A nuestro parecer una explicación más próxima, tendría siempre más visos de verosimilitud, cuanto más si la llegamos a encontrar vascongada, como BCS son los montes donde nace el río y vascas las tierras que después riega.

Sin alejarnos mucho podemos suponer que en su origen fuera Uruna. Uruna, compuesto de *ur*=agua y *una*=buena. Sabido es que *ur* es una de nuestras más frecuentes raíces toponímicas euskéricas, y que *una*—forma usada indistintamente con *ona*—es el adjetivo calificativo más usado en el vascuence e invariable para ambos géneros.

Además el sentido de esta palabra compuesta, la traducción del nombre Uruna=agua buena, concuerda perfectamente, con lo que de la Runa leemos en la «Guía de los peregrinos»: «De portibus vero Cisereis sanum flumen egreditur...» Estos certificados de sani-

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

---

dad debían tener su razón de ser en aquellos tiempos pues sea verdad o fábula como parece, lo cierto es que la misma «Gufa» habla de muchas aguas mortíferas.

Pero hay otra particularidad curiosa y significativa. En Roncesvalles nace un río llamado Urrobi y también Urobi;=agua mejor. ¿No supone esto la preexistencia de otro término comparativo, probablemente próximo y llamado precisamente Uruna? Así nos encontramos con dos ríos gemelos, hijos ambos «de portibus vero Cisereis» el de Cilveti y el de Roncesvalles; y si uno *bueno* el otro *mejor*.

En cuanto a los fenómenos fonéticos que trocaron el antiguo nombre en este Runa indudablemente desvasconizado, seguro es que un etimologista sabría explicarlos cumplidamente, cuando a nuestra ignorancia se ofrecen casos semejantes. Sería el primer paso la duplicación de la *r*. La eliminación de la *u* inicial, pensamos que pudo ser el tributo pagado por la aceptación germánica de Runa...

Nos parece probable lo dicho; que Uruna o Urruna fuera después trocado en el Runa que conocemos, por los godos invasores; si tenemos presente que en esta forma tiene en su lengua cabal sentido y que pudo ser

aplicado con propiedad. Así lo veremos tras el siguiente breve paréntesis.

El nombre de Urruna no es nuevo; es también el de un pueblecito de la frontera: Urruña, que es lo mismo, como lo mismo es Orduna que Orduña: Y puesto que las etimologías de Iruña, parecen pecar de arbitrarias y poco convincentes, nos atreveremos a suponer que tomara la ciudad el nombre del río. Es innegable que aun proponiendo, *Urona=Iruña* como extremos de un proceso, no hace falta forzar la imaginación ni violentar reglas para establecer las identificaciones intermedias. Sobre todo si recordamos que la variación de *ona* en *uña* es admitida por los que interpretan Iruña *ciudad buena*, de *iri* poblado; que *iri*, *ir* en toponimia euskara es variante comprobadísima de *ur*, agua; que Pamplona aparece con el nombre de *Urunnia* en documentos medioevales, y finalmente <sup>1</sup> que *Uruña* es variación vulgar roncalesa de Iruña.

Dejando para mejor ocasión o más competentes plumas el desarrollo completo y ordenado de esta hipótesis queda cerrado el paréntesis.

---

<sup>1</sup> Arturo Campión. «Nabarra en su vida histórica» — Pág. 395 en el Tomo I de Navarra de la Geografía del País Vasco-Navarro.

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

Decíamos que los godos, al pronunciar a su modo el nombre del río, le dieron la forma destinada a subsistir. Según el «Dictionnaire d'Histoire et de Géographie» de Bouillet, <sup>1</sup> *Runa*, sin alteración de ningún género; es una palabra completamente gótica que significa *secreto*.

De tal palabra tomaron su nombre los caracteres llamados *rúnicos*, que como es sabido se usaron en tiempos en Escandinavia y la Alemania Septentrional, es decir la tierra originaria de los godos. Estos caracteres de supuesta importación fenicia, tenían en los sacerdotes sus únicos intérpretes. Igualmente las piedras *rúnicas* inscripciones que se encuentran en Suecia y el Schleswig y especialmente como es lógico, en la isla de Gotland.

La palabra *Runa* es por tanto traducible—más o menos propiamente—por *secreto* en primer lugar, y después por *escondido*, *ignorado* o *inexplorado*, etc. En estas últimas acepciones es perfectamente aplicable a nuestro caso. Río Escondido denominaron los conquistadores españoles a uno de los principales cauces nicaragueños en el actual departamento de

---

<sup>1</sup> (Edition viugt-cinquième) Paris. Librairie Hachette, et Cie' 1876.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

Chantales, cuando solo conocían parte de su curso, y su desagüe en la laguna después llamada de Blewfields.

Escondido=Runa, pudieron llamar los godos que conservaban su lengua, al río Uruna, cuando dueños de la tierra llana de Navarra, le vieron regarla hasta el Aragón, pero desconociendo la procedencia de sus aguas. Porque tenía la escondida fuente, que no apagó sed de extranjeros, en los pirenaicos montes; donde había también un pueblo nunca domado y más amante de la libertad que de su propia vida.

El resumen de lo dicho sobre la Runa, no lo haremos condensado en una afirmación categórica. Sería una presunción indocumentada y ridícula en la que no ha de caer el autor de estos comentarios;—léase, pasatiempos.



## La antorcha de Occidente

En los comentarios del Sr. Campión a la obra de Mr. Bédier se nombra varias veces, de pasada, el monasterio de San Zacarías, aquella «antorcha del Occidente y luz de la cristiandad» tan misteriosamente extinguida, tras una vida cuya brevedad no impidió fuera gloriosa y famosísima, y que ha interesado invariablemente a todos nuestros escritores.

No encajan en estos breves entretenimientos, ponderaciones de ningún género, ni podríamos hacerlas parecidas a las que en la carta del santo mártir se contienen. Nos abstenemos igualmente de transcribirlas porque el famoso texto es sobradamente conocido.

Desaparecido el ilustre cenobio, según es general creencia, en una invasión sarracena acaecida a poco de la visita que le hiciera San Eulogio; no ha sido posible hallar de él vestigio alguno, suponiéndose por unos que su enclavación fuera en Francia, por otros en Ron-

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

cesvalles, Ibañeta,<sup>1</sup> o el Pirineo aragonés, y por la mayoría en los montes de Cilveti—quizá en el propio lugar del caserío.—

Las investigaciones que en este sentido realizaron hace veinticinco años, cuatro respetables y sabios miembros de la Comisión de Monumentos de Navarra, dieron un resultado completamente negativo. En efecto, a primera vista se observa, que el lugar hundido y quebrado del pueblo, corresponde exactamente a su nombre de Zilo-beiti=agujero de abajo, pozo. Sin cuatro palmos de terreno llano, sin horizonte, y no siendo paso, sitio de tránsito, por ningún concepto pudo hallarse allí el monasterio. Por otra parte, las construcciones antiguas que en el pueblo pueden verse, fueron estudiadas debidamente por los señores citados, y descalificadas en su pretendida antigüedad.<sup>2</sup>

Sirvámonos ahora de unos apuntes de viaje.

En una excursión por aquellas tierras, llevada a

---

1 El obispo de Pamplona Sr. Oliver y Hurtado, supone que donde se encuentra la derruida capilla de Ibañeta, pudo hallarse el monasterio de San Zacarias. «Roncesvalles» opúsculo.

2 Véase el Boletín de la Comisión de Monumentos con el informe de los comisionados presentado en la sesión de 16 de Agosto de 1895.

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

cabo en septiembre de 1920, y en la que se siguió el itinerario que el padre Moret supone al Santo--por tierras de Roncesvalles-- pudimos subiendo de Biskarret a Tiratún o Ateaún, descartar Cilveti, pueblo, de entre los lugares probables. Y es por su situación a todas luces impropia de tal objeto, como se ve comprobado por el informe de los muy competentes señores comisionados.

Decididos pues a encaminar nuestras pesquisas en otra dirección más provechosa, y a no perdonar dato, interrogatorio ni esfuerzo alguno que pudiera traducirse en luz y conocimiento, valiéndonos de cuantos medios aparecían como conducentes a tal fin, se proyectó y llevó a cabo el siguiente recorrido.<sup>1</sup>

Bajada a Cilveti por Tiratún: interrogatorios. Paso de Cilveti a Eugui por Guruciaga; indagaciones en Eugui. Salida por la calzada romana remontando el Arga. Examen de Ola-zar y Ola-berri, las antiguas fábricas de municiones y ferrerías. Del collado de Urkiaga, dejando Artesiaga a la izquierda, pasar al

---

1 Formaban la expedición: Sr. Saragitea, párroco de Valcarlos; el director del Diario «Garcilaso»; el doctor Samaniego y el teniente Suárez. Mas quien esto escribe.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

norte de Cilveti; por Lizarchipi y la falda de Adi a Lizarzu, y de nuevo a Tiratún.

Recogimos en Cilveti, cuantas noticias había respecto a ruinas, y sin prescindir de ninguna se fué estudiando el terreno. Fueron otras tantas pequeñas decepciones; dónde se veían los restos de una borda, dónde los de un polvorin, dónde un pequeño reducto...

Sin embargo, visto todo, cuanto a Cilveti y a Eugui rodea, y subiendo el curso del Arga, dos lugares quedan como merecedores de una inspección técnica y más detenida.

Uno es la pradera de Erzábal, junto a Guruciaga, en el paso de Cilveti a Eugui. Es un collado donde la montaña forma una esplanada de suave declive, bastante extensa y en posición excelente. Domina el pueblo de Cilveti y permite pasear amplia y libremente la vista por sus montañas. Es además lugar de paso.

Allí, ocultas por un bojeral impenetrable que se eleva en medio de la pradera, hay largas filas de piedras amontonadas, restos indudables de una construcción. Puede por un lado verse la pared transversal que marca el fin, pero por el opuesto, las hileras de piedra se pierden, a veces interrumpidas en el inculto y cerradísimo matorral. Logrando penetrar en su inte-

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

rior, donde no hay un solo claro, se ven más piedras formando hileras en distintos sentidos.

Como dimensiones aproximadas se pueden dar veintiséis pasos de anchura, por una longitud que se aproxima a los cien.

En el lugar llaman a estos restos la Ermita, y manifestaron los más ancianos, haberla siempre conocido en su actual estado. Ermita de San Adrián; la llamó uno, y añadió haberse celebrado unas rogativas siendo él niño. Agregó que el recinto se veía por aquel entonces tan derruido como al presente; que impetraron agua del favor divino y que se mojaron sumamente al regreso. Esto es cuanto allí se sabe de las ruinas de Erzábal, junto al collado de Guruciaga, a una pedrada del camino de Eugui...

Sin embargo, algo agregaremos. El sitio parece muy adecuado al objeto. Está solamente a una hora de la calzada romana, que debió ser por mucho tiempo el paso de Pompælo a las Galias más frecuentado, y siempre el más suave.

El señor «Garcilaso» observó ser la situación de Erzábal análoga a la de San Juan de la Peña por todos estilos, y la distancia del emplazamiento supuesto hasta la antigua vía, aproximadamente la

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

que media entre Leire y los caminos romanos de Tiermas.

Encontramos quizá significativo el nombre de Guruciaga, esto es, «lugar de cruces» dado al pequeño puerto que es paso hacia Eugui y Pamplona. El sitio, como decimos, dista muy poco de Erzábal: un tiro de piedra; y su nombre trae involuntariamente a la memoria, el recuerdo de aquellas cruces que los peregrinos compostelanos plantaban «en el puerto, al dar vista a la tierra llana» y junto a las cuales oraban de rodillas y con el rostro vuelto hacia el sepulcro del Santo Apóstol. Este Guruciaga, pudo ser un calvario como los que se encuentran en las alturas próximas a algunos monasterios.

Consignaremos también, que las dimensiones citadas, si no son quizá suficientes para la planta de un cenobio que albergaba cien monges, exceden con mucho a las ordinarias de una ermita, y que tal vez trabajos de cata y excavaciones descubrieran una prolongación de los aparentes cimientos.

A título de curiosidad, anotaremos la opinión que de Cilveti hace Icil-beti, o Ixil-beti, es decir, «siempre callando» «por que allí había unos frailes que no hablaban nunca». Sabido es que los benitos—y de benitos

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

eran los cinco monasterios que visitó San Eulogio,— observan y guardan silencio casi continuo, como mandamiento o recomendación contenida en uno de los artículos de su Orden...

El otro lugar a examinar, es una vasta extensión de terreno cercado de ruinas, que encierra muchas huertas de Eugui.

Si oscuro y desconocido fué el fin del monasterio, no lo parece menos su origen. Si damos en titularlo fundación carlovingia, como tantas otras, tropezamos con el parecer del P. Moret, quien sostuvo contra otros historiadores que los francos no dominaron ni tuvieron señorío en Navarra. Nosotros señalamos su advocación a San Zacarías, padre de San Juan Bautista; observando que a San Zacarías Papa, debía Carlomagno su corona imperial; pago por los estados de Lombardía que Pipino el Breve agregó a los dominios pontificios.

El autor que comentamos, hablando de los montes de Cisa dice:—«En esos montes pienso yo que debieran buscarse los restos del desaparecido monasterio de San Zacarías». Si como creemos entiende solamente por ciséreos los Montes de Roncesvalles, esto contras-  
taría radicalmente con lo supuesto por el P. Moret.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

Su viaje como comisionado a Cilveti, hace suponer que entonces admitía la posibilidad de un hallazgo, y el infructuoso reconocimiento del lugar propiamente dicho, no parece motivo suficiente para desechar la hipótesis de un emplazamiento exterior más o menos próximo.

Las indicaciones topográficas de la carta de San Eulogio, son particularmente precisas. Decir, como dijo el santo viajero, que el Arga desagua en el río Cántabro, o sea el Ebro, y no en el Aragón, no constituye el notorio e imperdonable error geográfico de que se le culpa. Puede ser ello cuestión opinable y de apreciaciones, hasta cierto punto.

Hasta aquí las notas de un diario de viaje. Si el resultado de éste, no fué brillantemente decisivo, sin juramento se nos podrá creer que tampoco hemos dejado de lograrlo por falta de voluntad en la empresa, o patrios entusiasmos en el corazón.



### Roncesvalles nombre vasco

Aunque desprovistos de conocimientos etimológicos y hasta de Gramática vasca, siempre miramos con simpatía las interpretaciones euskéricas de nuestros topónimos. En realidad pocas serán las personas que poseyendo nociones de vascuence no hayan intentado descomponer y descifrar algún nombre geográfico vasco, o considerado vasco en un esfuerzo de imaginación.

Quizá hubiéramos pasado por alto las notas y apreciaciones sobre la etimología de Roncesvalles contenidas en los comentarios a la obra de Mr. Bédier, sin la aparición de un artículo que ha sido visto con agrado y acogido con interés tanto por la importancia histórica y literaria de Roncesvalles que hizo universal este nombre, cuanto por tratarse, no de una fantasía infundada, sino de una respetable y autorizada opinión, sostenida, o por lo menos admitida como probable por

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

el erudito Paul Reymond, el insigne León Gautier <sup>1</sup> y el muy culto Sr. Mongelos. <sup>2</sup>

Nosotros, para recoger lo que antes se ha dicho, y sin ánimo de establecer comparaciones; prescindiendo del copioso resto anotaremos algo de los dos principales investigadores que aceptan el origen latino.

El príncipe de sangre y también de los lingüistas vascófilos Luciano Bonaparte, que estudió detenidamente la etimología de Roncesvalles, y reunió distintas variantes del mismo nombre, no vió más razón en pró de su ascendencia latina que su concordancia de significación con Orreaga. <sup>3</sup>

Nuestro ilustre Campión aumentó la lista de nombres; <sup>4</sup> pero todos pertenecen a un mismo tipo de raíz

1 «La chanson de Roland» édition classique. Pag. 155.

2 Artículo publicado en el «Boletín de la Comisión de Monumentos».

3 Rev.<sup>a</sup> Euskara, año IV, pág. 113.

4 Euskariana tomo III de la V serie.—El príncipe Bonaparte nombra Roscida vallis—de formación poética, y único que difiere por tanto—Rencivals, Rencival, Rencival, Roncivals, Renchevax, Roncevax, Runcivallis, Roncevallis, Roncavallis, Roncavallus, Roncevaux y Roncesvalhes. El Sr. Campión añade a éstos: Rainchevaux, Runciavallis, Runciavalle, Roncavallis, Roncesvalles, Ronças y Ronçasvals—De la obra de Mr. Gautier «La chanson de Roland» édition classique, podemos entresacar y agregar a los dichos: Runcioevallis de la *Crónica de Turpin*, Roncesvals estudiado por Hugo Meyer. Runcivallis del *Roland* en versos latinos. Runtseval de la *Keiser Karl Magnus's Kronike*. Ronçival en *Karlamagnus Saga* (z=ts). Roncivalle de los poemas italianos. Roncevaux

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

latina en cuyo estudio e interpretación conviene con Bonaparte. Resumiendo diremos que ambos escritores, ven en Roncesvalles la traducción mas o menos libre de Orreaga, sitio de enebros o enebreal.

Ignoramos desde qué fecha es conocido este nombre de Orreaga, y así, aunque carezca de valor probatorio, vamos a consignar una popular tradición—es posible no pase de conseja—que lo hace muy posterior al románico Roncesvalles, y por tanto desvirtúa la hipótesis de ser éste traducción del vasco Orreaga. Cuenta la leyenda, que se refiere a la aparición de la Virgen, cómo la milagrosa imagen fué hallada sobre una rama o brote, «aga»<sup>1</sup> de enebro, «orre»; y que de ahí se formó el nombre de Orreaga, dado primero exclusivamente a aquel santo lugar y extendido después al caserío.

Particularidad mucho más curiosa y notable es el nombre de «Arrontzabal» que nos descubre el Sr. Mon-

---

contenido en el *Remaniement* de Paris. Rainscevans. Philippe Mousket. Rosçabal de Mr. P. Reymond y Arrontzabal del Sr. Mongelos. Finalmente el Roscivalle de la *Rotta de Roscivalle*, que con el ya dicho Rosçabal de Reymond parecen pertenecer al tipo *literario* Roscida vallis.

1 «Aga» = «Palo o garrote. En posposición quiere decir estaca o rodri-gón. *Pikoaga*: estaca de higo. *Fagosga*: estaca de haya». Dice. Basko-Español de J. Francisco Aizkibel.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

gelos, como dado al monasterio en la antigüedad y existente en documentos. Nos sorprende por no haberlo visto en la enumeración de variantes de los citados autores; quienes de haberlo conocido, quizás dieran nuevo giro a sus investigaciones. Mr. Paul Reymond tampoco supo de ese Arrontzabal; aunque la semejanza de los dos casos Larzabal=Larceveaux, Roscabal=Roncevaux, bastó para orientarle hacia las fuentes vascónicas.

El Sr. Mongelos fué inspirado por la frecuente concurrencia del adjetivo *zabal*=ancho, en la formación de los toponímicos vascos y su gran exactitud descriptiva en el caso que nos ocupa. Se expresa así: «...viniendo de la parte de Luzaide, la llanura de Burguete... siendo amplia y hermosa como lo es, debe parecerlo más por contraste, a quien acaba de trepar por las angosturas y gargantas de la Nive. Nada tiene de inverosímil que a un viajero euskalduna le llamara la atención lo «ancho» del paisaje y que éste recibiera por ende, el calificativo de «zabal».

No solo parece así, añadimos nosotros, al viajero de Luzaide desde Ibañeta, sino a quien llega de Aezkoa por Nabala<sup>1</sup> Zakarloa o Arrobi; al que de Valderro,

---

1 Nos recuerda por asonancia nada más, al rey moro Ibnabala, que

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

alcanza a dominar el alto de Mezkiriz, y sobre todo a quien sube de Alduides y desde Mendichuri pasea su vista por la maravillosa explanada, verdaderamente notable por «zabal» y más dada su altitud.

Observaremos también, que aunque en nuestro vascuence, llanura propiamente, se traduce por «zelai»; no es menos cierto que «zabal» vale tanto como «llano extenso y despejado». Así que Zabaleta y Celayeta, Zabala y Celaya no difieren gran cosa entre sí.

Continúa el Sr. Mongelos: «¿Serían, acaso, los otros componentes del hipotético «Arrontzabal» los vocablos «erri y on» formando «Erronzabal» (pueblo bueno, ancho), transformado después en «Arronzabal», y más tarde en «Ronceval»? Sabido es que esta última es una de las formas que el famoso nombre propio revisió en los manuscritos franceses de la Edad Media, y de ésta trata principalmente Mr. Gautier». Más inmediato todavía parece «Ronzaval»,<sup>1</sup> que de probarse lo dicho calificaríamos de nombre de transición vasco-latina, o mas propiamente de primer románico; dada la eliminación de la vocal inicial.

---

en las crónicas legendarias del ciclo Carolingio, aparece feudatario y aliado del Emperador.

<sup>1</sup> «Roncavalle» — Campión — Pronunciado con la ç suena así.

Solamente a título de curiosidad y sin que pueda traslucirse en ello insinuación de ninguna especie; diremos que si uno de nuestros montañeses hubiera de exteriorizar y expresar con palabras la antedicha impresión de sorpresa por lo espacioso del paisaje, no dudamos que diría, gramaticalmente o no: «Ibañetako mendia artzetik utzi ta, *arron zabal* agertzen da...» «Pasando el monte de Ibañeta, *completamente llano* —despejado, anchuroso— se ve...»

La cuestión que finalmente propone el Sr. Mongelos, se puede resumir así: Dando por cierta la existencia del nombre vasco: ¿vino «Roncesval» o «Ronzaval» etc. de «Arronzabal», o éste de aquellos?

Entre los dos inversos procesos que lo dicho supone, a saber: la aceptación latina del nombre euskérico, o la tergiversación vasca del latino, siempre será más verosímil la primera, como siempre es más fácil y probable que el nombre primitivo, el nombre de origen sea dado por los naturales y en su lengua, y que luego con el tiempo sobrevengan adopciones más o menos modificativas del sonido y variantes del sentido por los idiomas extraños.

En fin; aunque nada en estudios de esta índole puede darse por definitivo, reconozcamos al menos, que

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

la que Mr. Gautier llamó dudosa etimología latina de Roncesvalles, ya no triunfará por exclusiva.

El Sr. Mongelos, bibliotecario de Navarra y excesivamente modesto dado su saber, se desentiende de la cuestión final y hace un llamamiento a los doctos para que la resuelvan. Bien podemos afirmar—y no por modestia—que no se abrió nuestra humilde puerta respondiendo a ese aldabonazo.

BND

## El camino del Emperador

Algunos escritores franceses, con un escepticismo muy sospechoso, han dado—no precisamente ahora—en atenuar el desastre de Roncesvalles, que paladinamente confesaron sus antepasados coetáneos y aun testigos del memorable suceso.

Hay entre ellos quien lo reduce a la simple pérdida de los bagajes en una sorpresa de bandidos, y no falta quien niegue el encuentro en absoluto.

Esto por un lado. De otra parte tropezamos con los cronistas castellanos introduciendo fraudulentamente un Bernardo del Carpio<sup>1</sup> —que de existir no pudo hallarse en la pelea—y con los mismos castellanos ayudando a los árabes en la reivindicación de su parte de gloria correspondiente.<sup>2</sup> Aparece con este motivo un rey moro Marsilio, que aún creemos lleva al Bernardo

---

1 «Chronica Hispaniae» de Rodrigo de Toledo.

2 «Crónica general» de Alfonso X.



## COMENTARIO DE COMENTARIOS

---

la ventaja de haber gozado de existencia y popularidad; siquiera sean la vida ficticia y la gloria funambulesca que halló en el retablo de Maese Pedro...

Así es que la gloriosa Historia de Navarra, en la que se han fijado sobre irrefutables fundamentos y sobre irrecusables testimonios documentales, los límites aproximados de la «facienda» de Roncesvalles—que abarcan mucho campo muchas vidas y mucha gloria, mal que pese a sus detractores cis et ultra pirenaicos—nuestra Historia, decimos, bien pudiera al llegar a este capítulo dibujar a guisa de viñeta o pórtico, la conocida divisa del príncipe de Viana: dos lebreles royendo un hueso, y debajo su leyenda:

*Utrique róditur*

No faltan tampoco los investigadores imparciales, y finalmente no hay que olvidar que a plumas francesas debemos las primeras noticias.

Siguiendo con los comentarios del Sr. Campión (Euskariana vol. III de la V serie) a Mr. Bédier (Les legendes épiques) y para poner en antecedentes al lector, le diremos que son dos los pasos que del puerto de Ibañeta bajan a Francia: uno, la quebrada grande de Valcarlos, por donde serpentea la moderna carretera, y el otro, el camino por Bentarte y Château-Pignon,

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

que no sale a Arnegui sino a Saint-Michel y Saint-Jean-Pied-de-Port, y que la cuestión que se dirime consiste en determinar cual de los dos tomó Carlomagno en aquella jornada, sin que a este esclarecimiento puedan contribuir las imprecisas indicaciones de las crónicas antiguas.

Los modernos escritores franceses que han estudiado sobre el terreno, se inclinan por el camino alto: Bentartea. El autor de la Chanson de Roland elige también el mismo para el ejército de su héroe, sin que esto sea en modo alguno un argumento probatorio. Más lo son las consideraciones de Mr. Bédier: «... los topógrafos posteriores (a Mr. Paul Reymond) cayeron en la cuenta de que el camino verdadero de un ejército con bagajes es el otro, el puerto de Bentarte o de Cisa. Es un camino de cresta, en algunas partes una pista ancha... por mucho que llueva, el agua se escorre enseguida... Así en todos los tiempos le frecuentaron las tropas que querían pasar a Francia y al revés: hoy le llaman camino de la artillería y también camino de Napoleón porque Soult le atravesó. Está puesto casi fuera de duda que si Carlos tomó por Roncesvalles, el puerto de Cisa fué su camino».

**El padre Moret, que distingue y menciona ambas**

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

---

rutas, dice por el contrario que el barranco de Valcarlos es el paso ordinario a Francia, y en su sentir, surgió el ataque de los navarros cuando el ejército carolingio se había encauzado por él. «... Carlomagno habiendo pasado con la avanguardia la llanura grande de Burguete y Roncesvalles y subido la montañuela de Ibañeta, comenzó a entrar con las tropas deshiladas por la Quebrada grande o canal que corre a Valcarlos.

Dexáronle pasar los navarros y empeñarse bien adentro en la Quebrada...»

Oigamos al Sr. Campión:<sup>4</sup> «De mi inquisición minuciosa infiero que la hipótesis de los autores modernos no le saca ventaja de ninguna especie a la antigua, pues ni concuerda mejor con los textos históricos conocidos, ni le patrocinan textos fehacientes recién exhibidos, ni esclarece obscuridades, ni se apoya tampoco en la caña o en el báculo de la tradición. Por lo tanto sigo creyendo que Carlomagno se retiró por Luzaide (Valcarlos)».

El insigne autor de Euskariana opina pues con el docto analista, pero fuerza es convenir en que no se halla apoyo alguno sólido en pró de esta primera opinión, y en que se le puede responder con sus mismas

---

Se autoriza la copia para la investigación.

4 Euskariana vol. III, serie V. Gobierno de Navarra

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

palabras. La tradición, como es natural, sigue «el passo ordinario» sin pararse a dilucidar si siempre lo fué, ni detenerse en semejantes disquisiciones, pormenores y detalles.

A nosotros permitásenos una breve digresión, que al cabo no lo es.

Es cosa probada que la romana vía hispano-aquitana señalada con el número xxxiv en el Itinerario de Antonino, o sea la tendida de Astúrica a Burdigala, cruzaba el Pirineo por Roncesvalles. Sobre el camino se hallaban mansiones o simplemente lugares, cuya identificación y distancias intermedias son así:

Alba=Salvatierra, Araceli=Arbizu xxi, Alantone=x xvi, Pompelone=Pamplona viii, Turisa=hacia Espinal xxii, Summo Pyreneo viii. Teniendo en cuenta que la milla romana equivale a kilómetro y medio.

Seguimos tanto en la dirección de la vía como en las localizaciones del Itinerario Antonino en Navarra, los más modernos estudios de especialistas en la materia, que lo interpretan así. (Saavedra, Fernández Guerra, Coello).

La consideración de rutas erróneas en escritos anteriores dió lugar en consecuencia a la sospecha de otras Turisas o Iturissas. Y así se ha creído ver en Sangüe-

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

---

sa, Irún y San Esteban de Lerín. El P. Moret difundió su reducción a Ituren, más verosímil que las anteriores, pero también y sin citar como decisivos los últimos estudios ya nombrados, pudiera argüírsele que el Itinerario intercala a Turisa entre Pamplona y el Pirineo, mientras que Ituren se encuentra del otro lado de Velate. Tampoco se hallarán, suponiendo otra ruta, tan cabales distancias.

Opinando con los sabios arqueólogos modernos, vemos también al Sr. Campión al expresarse en la siguiente forma tratando el interesantísimo tema del «Camino navarro de Santiago» — cuya indudable influencia en Navarra no se ha estudiado todavía. — «El camino de Santiago que pasaba por Navarra... Aprovechábase de un trozo de la vía romana tendida entre Burdigala y Astúrica, la cual, desde Carassa en Ultrapuertos subía hasta Summo Pyrenæo, y desde aquí, por Iturissa, bajaba a Pompaelo». «La Guía de los Peregrinos en el Códice Calixtino contenida, trae el itinerario por jornadas... La primera desde la villa de San Miguel que está al pié del puerto de Cise que mira a la Gascuña, hasta Biskarret: ésta es pequeña. La segunda desde Biskarret hasta Pamplona y ésta es corta...»

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Quede pues sentado que un camino romano pasaba el puerto de Auria (Roncesvalles). Y que éste era el señalado en el Itinerario de Antonino Augusto. Añadiremos que no faltan vestigios de la vía antigua en término de Roncesvalles, y también que probablemente se unía en el puente de Zubiri con la que pasa a las Galias por Eugui y el collado de Urkiaga.

Ahora bien, esto admitido, se puede afirmar sin vacilación alguna y de acuerdo con la Guía, que la vía continuaba por el puerto de Cisa, esto es, Bentarteá, que en la descripción de Mr. Bédier aparece adornado con las características topográficas comunes a los caminos romanos, «... es un camino de cresta, en algunas partes una pista ancha; ... por mucho que llueva, el agua se escorre...» Lo mismo piensa el escritor que nos ocupa según el párrafo anteriormente copiado.<sup>1</sup>

---

1 Conocemos también un detallado plano debido al profesor monsieur Colas, de Bayona: "La vía romana de Burdeos a Astorga en su travesía de los Pirineos.". El autor en su mapa, la hace coincidir, la identifica totalmente con el Camino de Napoleón: de Ibañeta *faldeando* la vertiente meridional de Astobizkar, asciende al collado de Lepoeder y salvado el paso, tuerce en ángulo recto y sigue casi derechamente a Bentarteá, Chateau Pignon y San Juan; nó Saint Michel. A nosotros, la desventajosa situación militar del trozo de ruta en ladera Ibañeta-Lepoeder, nos hizo dudar de su autenticidad romana, no atestiguada

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

Además en el barranco de Luzaide no ha podido haber otra cosa que malas sendas de herradura, antes de la aplicación de los explosivos a la construcción de caminos... Así fué por siempre el otro, teatro del paso de ejércitos. En este inmenso alcázar de los montes de Cisa, Bentartea es la subida principal y Valcarlos la escalera de servicio, aunque otra cosa nos parezca viendo el abandono del camino alto.

Que la artillería del duque de Alba encontrara obstáculos y sufriera penalidades para recorrerlo cuando fué a sitiar San Juan Pie de Puerto, es naturalísimo máxime en época de humedades, y abriéndose paso por donde los corridos del terreno y los hundimientos han reducido la «ancha pista». No hay obra humana que sea eterna abandonada a sí misma.

---

por cosa alguna en cuanto a dicho trozo, y suponerlo variante de un camino que de Lepoeder descendiera sin rodeo, al llano de Roncesvalles, bien fuera por Arrañosin o por el Sanatorio; es decir, por la derecha o la izquierda del monte D. Simón. Explorando el sitio preciso del collado dimos con él. Bajo el hayedo se conserva magnífico, intacto largo trecho. Supone un considerable trabajo de construcción y desmonte, y en prolongación directa del resto del trayecto Lepoeder-San Juan, conserva igualmente su característica de camino de cresta. Impracticable por su pendiente, para el tránsito rodado, respondía no obstante a las necesidades de su tiempo y justifica la posterior variante de Lepoeder a Ibañeta y su propio abandono, absoluto desde entonces. Prueba indiscutible de su antigüedad es que deja la villa de Ron-

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Volveremos derechamente a la cuestión para decir que existiendo una hermosa vía—de suponer es tal estado en tal fecha—por el puerto de Cisa, y viniendo Carlos encaminado por ella desde Iruña, no parece haber probabilidad remota de que en Summo Puerto la abandonara, dejando lo despejado y abierto para adentrarse en las angosturas y profundidades de la barrancada, donde hay lugares como el peñascal de Chirriskin que son otras Termópilas, a las que no había de faltar sin Leónides en tierra de vascos.<sup>1</sup>

cesvalles de un lado, y prosigue por los terrenos llamados del Sanatorio y la Tejería de Burguete, paralelo a la carretera y donde es menos apreciable que en la montaña por el tráfico. Prueba de su pasada importancia, son los recalces y empedrados en lugares húmedos y la anchura de su levantada caja en todo él. Según hemos sabido después, este abandonado y poético camino, perdido en el bosque, no es desconocido de todos los naturales, y el docto canónigo de la Real Colegiata D. Pedro Echarri, lo calificaba, como nosotros, de vía romana. Considerando lógicamente que Carlo Magno se sirviera de ella para su ejército, como luego decimos, y que la variante de Ibañeta sea posterior, es probable que el emperador no llegara a ver el desfiladero de Valcarlos. Con esto queda señalado Lepoeder como el lugar de la sorpresa, y a fé que mejor que al encajonado Ibañeta, pueden aplicársele las frases de Eginhart: *in Pyrenei jugo, in Pyrenei saltus summitate*. Y Astobizkar, el campo de batalla, confirma su prestigio histórico y legendario.

1 Nos recuerda la descripción de Mr. Paul Reymond. "J'ai suivi le chemin du Val-Carlos. Par tout la gorge est extremely resserré. Il est impossible que toute l'armée ait passé par ce col; elle a dû se diviser, et selon moi, passer par Irun, par le Val-Carlos, par la route qui domine le Château Pignon et aussi par la vie antique de la vallée d'Aspe a



## COMENTARIO DE COMENTARIOS

El ejemplo reciente de la retirada carlista en «la deshecha» por Valcarlos, no tiene para nuestro estudio valor alguno; no encierra enseñanza ni indicaciones; como tampoco ningún otro episodio moderno atendiendo a que las circunstancias varían en cada caso; y los casos de los dos Carlos están separados por centurias en cuyo transcurso han nacido muchos pueblos, y han sido marcadas muchas veces para borrarse otras tantas las fronteras de Navarra.

Creemos pues, fuera el otro camino, y también que el nombre de Cisa y puerto de Cisa,<sup>4</sup> si no vale tanto como César, puede tener en su origen estrecha relación con la vía romana y ser particularmente aplicable a la vertiente septentrional pirenaica en boca de cuantos aquitanos hablaran la lengua de Lacio.

Sabido es que en cuestiones históricas, las afirmaciones absolutas deben ser la consecuencia de palmarias pruebas y de razonamientos ciertos y no de la congre-

---

Somport (Commune d'Urdox) Les passages difficiles du Val-Carlos ont une longueur de dix kilometres: dans beaucoup d'endroits deux hommes ne peuvent passer de front. Sur l'autre route y avait au moyen âge deux hôpitaux, Orisson et Reculus. Ces deux chemins partent de Saint Jean-Pied de Port, et viennent se rejoindre avant Roncevaux, pres de l'ancienne chapelle d'Ibagneta, (Memoire manuscrite).

<sup>4</sup> Vallis Sirsia en 980. Ciserei Portus en Turpin y Portae Coesaris en la Kaiserscronik.

## J O S E   M A R I A   D E   L U Z A I D E

sión de un número mayor o menor de probabilidades y conjeturas, sobre todo si van contrapesadas por autorizados pareceres. Así dejaremos a juicio del discreto lector, si se ha de proceder al desengaño de los turistas de nuestros días, que al bajar por Valcarlos a pie y devotamente, piensan ilusionados ir pisando sobre las gloriosas huellas del emperador Carlomagno.

BND

## El de los reales desengaños

¿No habéis reparado en el encanto de los viejos caminos olvidados? ¿No habéis sentido dentro del alma su fuerza evocadora y poética? Esos antiguos caminos que como las bellas ruinas poseen la suprema atracción de lo abandonado y de lo misterioso. Esos caminos grandes y atendidos antaño, en los siglos que fueron para ellos de vida y movimiento, cuando sintieron sobre sí el hormigueo del tránsito. Testigos que fueron del estruendo de las invasiones y del gemir de los éxodos. Alegres con la marcha de las recuas trajinantes y marciales al paso de las señoriales mesnadas. Esos caminos que hollaron las plantas desnudas y a menudo sangrientas, de viandantes y peregrinos. Caminos que vieron cruzar muchas veces las doradas literas y las armas resplandecientes de una comitiva real... ¡Oh los viejos caminos un día famosos y donde hoy crece libremente la hierba!

El tiempo, que consigo lleva la natural mudanza de

Se autoriza la copia para la investigación.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

as cosas y de los usos humanos, ha llevado a otras rutas la población y el discurrir de las gentes; y las generaciones modernas—doblemente encauzadas por otras vías—abandonan los vestigios gloriosos y desconocen el suave encanto de los caminos viejos.

Desaparecieron estos en la tierra llana, devorados por las tierras de labor, fundidos y aprovechados a veces con las modernas carreteras. Pero en la montaña, en nuestros Pirineos, sea en la escondida soledad de una hondonada, en la ondulación de puertos y collados, o bajo el cerrado ramaje de los bosques, hállanse a veces como retazos, de esos caminos perdidos hasta del recuerdo. Retazos súbitamente interrumpidos sin causa aparente, pero que conservan a trozos intacta la primitiva forma. Su importancia pasada parece imponer respeto y moderación a los ímpetus conquistadores de los bojes, los acebos y las zarzamoras...

El viajero poeta que acierta a encontrarlos, desearía seguirlos, seguirlos indefinidamente, incansablemente... Adivinar su ignorado destino lejano y contemplar como en cinematográfica cinta, el variado y curioso desfile de sus caminantes...

Estas o parecidas impresiones nos fueron sugeridas últimamente al considerar el camino y puerto de Ron-

Se autoriza la copia para la investigación.

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

cesvalles, antigua vía romana, y del que hablábamos en el anterior capítulo al recordar el paso de Carlomagno, y comentar las opuestas opiniones que sobre este particular sustentan el Sr. Campián y Mr. Bédier.<sup>1</sup>

No creemos apartarnos totalmente del plan propuesto en nuestros comentarios, al consignar aquí una página a la historia de ese camino que indudablemente es el más rico en recuerdos de cuantos fueron arterias de este antiguo reino.

Como detalle curioso se observa cuántos fueron los personajes que de Francia subieron el puerto<sup>2</sup> con pretensión y traza de conquistadores o en busca de una corona que les estaba destinada y aguardando tras los Pirineos. Y que fueron muchos también los que de Navarra bajaron condenados o vencidos; sin lograr, o para siempre perdida la corona real de sus sueños. Fuéales a los primeros ciertamente menos penosa la ruda ascensión, batientes las alas de sus ambiciones, que a los últimos el fácil descenso bajo el peso inexorable de sus derrotas o la amarga opresión de sus engaños.

---

1 Euskariana, vol. III, serie V.—Les legendes épiques.

2 Bajo la general denominación de puerto de Roncesvalles entendemos por igual Bentartea que Valcarlos; los dos caminos.

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

Es seguro que este histórico puerto fué atravesado muchas veces por los legiones romanas como se desprende de la vía entonces construída y de su consiguiente utilización; y es probable que lo fuera igualmente por otras tropas de las que no ha quedado el perdurable recuerdo que después dejaron las francas.

De las incursiones serracénicas a través de los montes de Afranc—Pirineos—alguna parece señaló su paso por Roncesvalles con la ruina de su monasterio. Pero las más fueron por los montes de Aragón.

Lo que hizo inmortal en Europa el nombre de Roncesvalles fué la tremenda derrota que infligieron los montañeses al ejército de Carlomagno en circunstancias bien conocidas como lo son los detalles todos de la hazañosa jornada.

Veintidós años después, los hayedos de Ibañeta veían pasar a Ludovico hijo de Carlomagno que tras de sujetar a los vascos aquitanos «aspirando al dominio de Navarra y convidado de su proximidad» escribe Yanguas, pasó los Pirineos y llegó a Pamplona, pero como dice el señor Campión recordando oportunamente la sentencia de César, «apenas fué dueño del terreno que pisara y hubo de retirarse deslucidamente asegurando con rehenes sus tránsito por Luzaide (Valcarlos),

Se autoriza la copia para la investigación.

© Gobierno de Navarra

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

donde agoreaban nuevas derrotas los ecos de la bocina de Roldan».

Los condes Eblo y Aznar, el año 824, fueron enviados por Ludovico, que no renunciaba a establecer un dominio transpirenámico. Mas volvieron de Iruña y «en la misma cumbre del Pirineo»—dice el Astrónomo—fué deshecha su gran armada y apresados ambos caudillos. Parece que seguían la ruta de su señor, como éste siguió la de su padre. Así lo indica también, el que muchos confunden esta batalla, que fué con asistencia de moros, con la primera de Roncesvalles en la que no los hubo.<sup>1</sup>

Ya van tres muestras de nuestra histórica paradoja: fácil subida y difícil bajada del puerto de Roncesvalles, el funesto a las ambiciones, el de los reales anhelos y reales desengaños.

Aunque no se ve precisado en la Historia, bien pudo ser éste muchos años más tarde, el camino de algunos presuntos reyes y reinas que en distintas épocas vinieron a coronarse en Navarra. Así los dos Teobaldos y Don Carlos II llamado el Malo.

---

<sup>1</sup> A. Campión. Ensayo apologético histórico y crítico acerca del Padre Moret y los orígenes de la Monarquía de Navarra. Cap. XIV = Eblo y Aznar fueron derrotados en Roncesvalles según Madriazo. Tomo I pág. XV. Introducción a su obra.

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

Poco después de morir Don Enrique, último de la casa de Champaña, una sombra fugitiva cruza rápida el Pirineo: la reina viuda Doña Blanca, durante la minoría de su hija, busca asilo en la corte de Francia, para esquivar las asechanzas a su persona por los reyes de Castilla y de Aragón—1275.

De nuevo se estremecieran los montes de Roncesvalles al paso de un gran ejército, de no hallarse habituados a verlos; y si hostiles, vencidos. Don Pedro el Cruel de Castilla destronado por su hermano bastardo, tuvo que refugiarse en Bayona entre los ingleses. Conseguido el apoyo del príncipe de Gales, logró también el tránsito libre por Navarra. Y por Roncesvalles pasaron las tropas del aventurero Príncipe Negro, a reconquistar Castilla para el rey Don Pedro—1367.

Ahora aucedo al ejército un brillante cortejo. Vense no ya duros hierros sino recamados terciopelos. Va también en demanda de una corona real, pero no a ganarla por la fuerza de las armas, pues le basta la de la belleza. No le acompañan odios ni las negras ideas de la venganza, sino las radiantes ilusiones del amor. Es madamoisela de Cleves, hija del duque de Cleves y sobrina del de Borgoña, que con magnífico aparato y



## COMENTARIO DE COMENTARIOS

acompañamiento de damas y nobles, viene a Navarra conducida por el príncipe su hermano y el señor prior de Roncesvalles, para desposarse con el heredero del trono, el ilustre príncipe de viana--1439.

Contrastando con el alegre cuadro de una princesa que va a sea reina, contemplamos el tristísimo que ofrece una reina legítima conducida por la fuerza y desposeída de sus títulos.

Esto ocurrió con Doña Blanca de Navarra, quien no obstante las humildes súplicas que hiciera al rey su padre, fué obligada a partir custodiada por el famoso mosén Pierres de Peralta. Percatada del inminente riesgo que corrían su vida y su corona, al pasar por Roncesvalles a 20 de Abril de 1462, protestó e hizo constar que si alguna vez abdicaba en su hermano, sería forzosamente y contra toda su voluntad. Después la llevaron por San Juan Pie de Puerto a Orthés, en cuyo castillo sufría largo cautiverio cuando la muerte la libertó, creyéndose fuera envenenada por los pretendientes condes de Fox.

Como providencial castigo, cuando el verdugo se hallaba recorriendo el que fué calvario de su víctima, le sobrevino súbita muerte. Aprovechando la ausencia del rey Don Juan, ocupado a la sazón en la guerra de

## J O S E M A R I A D E L U Z A I D E

Cataluña, reunió Don Gastón de Fox cuantas gentes pudo en sus tierras de Fraucia, con ánimo de coronarse, sin más espera, rey de Navarra; y entró en ella por Roncesvalles «donde—dice Yanguas—le sorprendió su fin, y acabó para siempre con la fatal pasión que le agitaba sin cesar para empuñar el cetro»—1472.

Diez años más tarde, el rey Don Francisco Febo, en un viaje al Bearne, se hacía acompañar por el conde de Lerín de quien quería deshacerse, y así, encargó a un caballero, que llegando a Roncesvalles lo matara. Pero el conde, avisado a tiempo, fingió una caída de caballo en Aoiz y mientras el rey continuaba hacia el Pirineo, él se volvía secretamente a Pamplona. Desde aquel momento el monarca—que siguió al Bearne,—era un condenado a muerte. Aunque tampoco faltan fundamentos para atribuir el veneno que tomó,<sup>1</sup> a la oculta mano del rey de Castilla.

En tiempo de la inicua conquista de Navarra, la artillería del duque de Alba, mandada por el capitán Diego de Vera, atravesó lenta y penosamente el puerto de Roncesvalles para sitiar San Juan. Más tarde el

---

1 Como nuestro trabajo es mas bien literario, recogemos esta versión del veneno, muy común en la Historia, pero que parece desmentida por la moderna crítica.

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

virrey Miranda pasó para desalojar a los franceses de Château Pignon: esto fué lo que llaman la última tentativa agramontesa.

En el año de 1714, la princesa Isabel Farnesio, hija de Eduardo II, príncipe de Parma, contrajo matrimonio con el rey de las Españas, Felipe V. Casada por poder, venía para reunirse a su real esposo, y después de haberse detenido por breve espacio en San Juan Pie de Puerto, subió por Roncesvalles.<sup>1</sup>

En la guerra con Francia por el año 1793, el general Caro sostúvose toda la campaña sin ceder sus posiciones. El más sangriento combate se libró en Château Pignon, Castillo Peñón, de Poeñán, u Olanpiñón que dicen los *luzaidarres*, y que se encuentra subiendo de Francia por Saint Michel, más abajo de Bentarte.

En el pasado siglo aun se registran en Roncesvalles, un ambicioso que sube y un desengañado que baja. Napoleón representado por el ejército del mariscal Soult, cruzó por allí a España en la guerra de la Independencia. Y Carlos VII, que al terminar la última

---

<sup>1</sup> «Elizabeth Farnese» por Edward Armsbrong. M. A. London 1892. Citada por Constance Hill en su obra: «La Princesa de los Ursinos en España».

## JOSE MARIA DE LUZAIDE

guerra civil, pasó para internarse en Francia; en 26 de febrero de 1876.

A estas noticias, todas ellas del dominio público mas elemental, no hay duda que podría sumar otras muchas concernientes al famoso paso de Roncesvalles, cualquiera que posea un conocimiento minucioso de la Historia. Sólo entre los peregrinos que lo recorrieron en todas las edades, habría muchos dignos de dejar su nombre al camino. Camino universalmente conocido en esos tiempos de las romerías, como lo prueban aquellos versos del precioso poemita latino conservado en la Colegiata:

*Via requirentibus est universalis  
Beatorum<sup>1</sup> límina; non est via talis  
Jacobum petentibus,<sup>2</sup> nec sic generalis*

Por lo demás nuestra ligerísima y rápida relación solo servirá para que algún pastor poeta y bersolari, de los que apacientan sus rebaños en las laderas de Astobizkar y Girizu, tome pié de ella—que a fé que se presta — para componer una canción donde se escuchen en el viento, no solo los gritos galos y los irrintzis vascónicos de la inmortal pelea; sino los jura-

---

<sup>1</sup> Se refiere a San Pedro y San Pablo, y a los romeros españoles.

<sup>2</sup> Trata de Santiago, y de los peregrinos extranjeros.

## COMENTARIO DE COMENTARIOS

mentos y amenazas de D. Pedro el Cruel, confundidos con los madrigales y amorosos suspiros de D.<sup>a</sup> Inés de Cleves. Trova que cante también, en el esmalte verde de las praderas y sobre la sangre de los francos floreciente en «liligorris», las gotas de rocío, que son lágrimas de la princesa Blanca.

Y es que este puerto, el de las reales ambiciones y los desengaños reales, es el más histórico y navarro del antiguo Reino; desde las orillas del Adour a las riberas del Ebro.

BND

Mayo de 1922.

BND

# Índice

	<u>Páginas</u>
Prólogo . . . . .	I
Recuerdos de un escolar . . . . .	1
Contrabando... . . . .	25
El jardín parroquial . . . . .	59
Un paisaje y una historia . . . . .	79
Bordagarai . . . . .	117
En la frontera . . . . .	145
La pipa del bearnés . . . . .	161
Los santos lugares de Roncesvalles . . . . .	193
Roncesvalles, poema histórico del siglo XIII . . . . .	207
Nuestra Historia y nuestra Lengua . . . . .	223
Comentario de comentarios . . . . .	245